



Jilotlán

DE LOS DOLORES

DANTE MEDINA

narrativa



Jilotlán de los Dolores

Dante Medina obtuvo el premio único de novela del Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2015. El jurado estuvo integrado por Martín Solares, Humberto Guzmán y David Mauricio Carrera.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

DANTE MEDINA

Jilotlán de los Dolores



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Ana Lilia Herrera Anzaldo
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Ana Lilia Herrera Anzaldo,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Jilotlán de los Dolores

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2016

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Indalecio Dante Medina Magaña

ISBN: 978-607-495-479-1

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/07/16

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A mi pueblo,
Jilotlán de los Dolores*

Hacer una novela es enredar y desenredar, como la vida.

TEOFILITO GUERRERO,
CRONISTA OLVIDADIZO DE JILOTLÁN DE LOS DOLORES

1. Un día

Un día, sin que mediara ningún acontecimiento meteorológico, sin que ningún gato pariera un pollo, un zopilote cantase como jilguero, un burro se pusiera a rezar en voz alta, Juventino apareció desnudo, en la Plaza, frente al Templo de Jilotlán de los Dolores.

Siempre Juventino había hecho lo que le daba la gana, pero encuerarse jamás. Si hubiera sido Tiburcio, el loco, nadie habría tomado ese hecho como inusitado. Pero tratándose de Juventino, hijo del Presidente Municipal don Mendo, quien sería, como era costumbre, en cuanto muriera su padre, Presidente Municipal él también, eso sí que escandalizó a las buenas personas que se dirigen a misa ese domingo, por lo que se persignaron.

Nunca, nadie, en ese día, pensó, ni por ocurrencia, que Juventino sería El Primer Desnudo. Con mucho comedimiento,

fungieron ignorar su desnudez, y, observando las reglas de las buenas costumbres, lo saludaron como si estuviera vestido, mirándolo a la cara.

Juventino, igual disimuló, como si no se diera cuenta, que andaba encuerado. Apenas si alguna muchacha indiscreta le hizo notar al oído a su amiga que una parte importante del cuerpo de Juventino era de menor tamaño que la de Juancho. Rieron las dos.

Y a las familias que se encaminaban a la misa, eso les dio un respiro para pensar en otra cosa, distraer a los menores de edad, y seguir caminando rumbo al templo mientras respondían gentilmente el saludo cordial de Juventino, él, como es bien sabido, tan amable, un joven muy educado que estudió en la Ciudad.

El sacerdote, el cura Talanquera, durante la homilía, no pudo ignorar el novedoso hecho y, ante los oídos de todos quedó claro que, una vez más, no iba a contradecir las decisiones de Juventino que, sin duda, estarían avaladas por don Mendo, su padre, que Dios conserve muchos años.

Hubo opiniones divididas. Un joven, de Los De Los Ranchos, prefirió mejor no comulgar este domingo, por cosas que prefería no confesar, por respeto a Nuestro Señor. Un joven, de Los De Jilotlán, festejó en la cantina de don Fulgencio, a gritos, que alguien le pusiera un alto a las viejas costumbres, y dijo que él no hacía un despropósito parecido nomás porque le tenía miedo a su papá.

Vino el lunes, y detrás de él todos los días de la semana.

Juventino andaba de mañana por la Presidencia Municipal aprendiendo trámites que le tocaría administrar en el futuro. Se presentaba en la cantina para tomarse un trago hacia las horas del mediodía y saludar a los amigos, dejaba su cabeza un rato en

manos del peluquero, comía con su padre, don Mendo, y por las tardes salía a tomar el fresco al Jardín del pueblo, que ahora apreciaba su piel mucho mejor, sin ropa.

Ya del martes en adelante, la gente se acostumbró a ver a Juventino desnudo. El lunes sí que, yendo a la escuela, los niños se doblaron de risa. Y lo pagaron caro. La maestra Martelina los castigó hincándolos frente a la pared con ladrillos en cada mano levantada al cielo, y sus madres les hicieron saber, con chicotazos, que hay que respetar a los mayores, sobre todo cuando se trata de gente decente, como don Juventino, el joven Juventino, y que en su familia no cabían los niños malcriados.

Así que a partir del miércoles, ni siquiera los fuereños, Los De Los Ranchos, y mucho menos Los De Jilotlán, volvieron a mirar la encueradez de Juventino, un buen muchacho que lo mismo valía vestido que desnudo, de buena familia remontada a más allá de sus tatarabuelos, gentes de mucho antes del temblor, y que fundaron el pueblo.

2. Catalina

Yo, que por desgraciada gracia de mis padres me llamo Catalina, estaba yendo con Josefa para la iglesia ese domingo, y de repente, que veo al Juventino con todo de juera. “Ira, mana”, que le digo a mi amiga Josefa, “ái tá el Juventino con todo de juera”. Ella se echó a reír hasta que le dio hipo y ni siquiera se le pasó con el saludo tan elegante de Juventino.

—Buenos días, Josefa —le dijo.

—Buenos días —le contesté yo, porque aquélla no podía contestar de la risa, y a mí mis padres me enseñaron que una gente bien criada debe de responder el saludo de las personas que la saludan a una.

A Josefa se le pasó el hipo cuando ya Juventino nos daba de camino la espalda y ella le miraba el trasero, con relamido de labios y exclamación pertinente.

—Tiene buenas nalgas, el Juventino —dijo, alebrestada—. Y sin granos —agregó, con ganas de cometer pecado.

“Tranquila, mana”, le dije yo. Pero malicié que la intranquilidad acababa de instalársele en todo el cuerpo.

—No exageres, Josefa —le dije al oído—, que tan gran cosa no tiene por delante. Apenas una minucia.

—¿Comparado con quién? —Me preguntó, retadora.

—Con el que quieras del pueblo —le atoré.

—¿A poco se las conoces a todos?

—Casi —le dije.

Nomás le sacateo a los casados, pensé, pero no se lo dije. Con una vez tuve. Fue la Mariana la que me paró una chinga por intranquilizarle al marido. Por pura amistad no me hizo moretones donde se me vieran. A cambio de eso tuve que prometerle que no me defendería, y ella se dio gusto desquitándose de lo que yo le había disfrutado al esposo: con una piedra pómez me rayó toda la panza y los muslos, porque según ella es ahí donde se me repegó más el gusto de su hombre.

Mirando a Juventino que se desviaba de la misa, como de costumbre, para irse a tomar tragos con sus compas como todos los domingos, vi que los ojos de la familia Cáritas también estaban mirando para allá. No quiero decir que su hija Emilia anduviera husmeándole por el cuerpo, ni que el Título sintiera envidia de un hombre ya de hombrura hecho, o que doña Refugio, esposa de don Esteban Cáritas, no suspirara de nostalgia por aquel antojo que se

le aparecía inesperadamente en la lobretez de su deseo, pero sí, eso fue lo que les pasó a los cuatro Cáritas, contando la envidia de don Esteban, quien desde las lluvias del año antepasado buscaba una respuesta a su resequeadad erótica.

—Yo aquí no comulgo, apá —dijo Itzael, uno de Los De Los Ranchos—; un encuerado es cosa del demonio.

—Eso háblalo con tu madre —le contestó Balandrón, su padre, quien sólo venía a la misa del domingo a Jilotlán de los Dolores para hacer negocios en la cantina de don Cuco y en la cantina de don Fulgencio, para luego más tardecito acercársele al Padre con una pieza de queso, del bueno, a cambio de que le contara, en detalle, las cargas de conciencia que su mujer, Nonamia, había acumulado esa semana. Y, como le gustaban tanto las cantinas, se quedaba meses en las afueras de ellas, tirado, y dejaba la talacha al Itzael, que todavía estaba joven y fuerte pal trabajo.

Poncianillo había empezado a emborracharse temprano. Por eso yo no le daba el sí. Aunque, como él me decía, cosas mejores le había yo dado. Él y la botella nacieron juntos, de la misma madre.

Desde la puerta de la cantina de don Cuco, donde haciéndose que hablaba de potreros y de reses tasaba con su ojo conocedor otro tipo de ganado, Poncianillo dijo, antes que nadie:

—¡Ah, cabrón, ya estoy pedo!

—¿Tan temprano? —Le dijo don Cuco.

Y Antioco, que era más práctico, y supuso que no podía ser, opinó que eso tenían que comprobarlo.

¿A qué venía esa afirmación?

—Es que estoy viendo encuerado a Juventino —dijo Poncianillo.

—¿No será una ilusión óptica? —Dijo Indalecio.

Muy serio y como si comprara una hacienda carísima, Antioco confirmó:

—Cierto es: está encuerado. Ésa es la pura realidad.

—Encuerado está —dijo don Cuco, pa luego echar la mentira que echa siempre—: y yo no bebo más que agua desde que mi muerta esposa Eutanasia se me murió dejándome solo ante la vida.

Que ahí quedara la cosa, que ahí le pararan. Y que ojalá que este domingo y este hecho no pasara a la historia del pueblo, como mal ejemplo. Así decían esos cuatro, don Cuco, Indalecio, Antioco, y Poncianillo, en la cantina, cuando yo pasaba, con Josefa del brazo, rumbo a la kermés del mediodía en la escuela. Un domingo más, aburridísimo.

Le rompió la monotonía a ese ratito la insolencia de Ramsés, hijo de don Cuco, quien a gritos desde un poste del portal les dijo a los tres que se escondían uno detrás de otro, ocultándose en la cobardía ajena:

—¡Hasta que alguien se atrevió! ¡Manada de acomplejados!

Nadie había escuchado en el pueblo, hasta entonces, la palabra “acomplejados”. Ni yo. Ni mi amiga Josefa, porque quiso que se la aclarara y le dije que, mejor, en cuanto viera a Indalecio, el director de la primaria, le preguntara a él, que tiene en su cuarto un diccionario donde todas las palabras están, y sí están, yo las he visto.

Don Cuco amenazó con pegarle a su hijo Ramsés, pero a Ramsés no le dio miedo, probablemente, pienso yo que estuve ahí, porque los otros dos que acompañaban a su padre no estaban del todo en contra de sus opiniones.

Yo creía que el lunes nos traería la paz que en este pueblo sin carretera siempre hemos tenido. Y no. Ningún niño en la escuela puso atención a las lecciones de la maestra Martelina. El revoltijo de información se enrevesaba con el acontecimiento: ¿Por qué se había encuerado Juventino? ¿Estaba loco y entonces el pueblo no tendría alcalde heredero en el futuro?

—¿Qué sería de la democracia? —Preguntó la maestra.

Los alumnos hicieron un esfuerzo para acordarse del significado de la palabra “democracia”.

La clase terminó, ese lunes, con los votos, por parte de la maestra Martelina, de que el martes siguiente, mañana, todo volvería a la normalidad, o, de lo contrario, les ordenaba, terminantemente, que, por ningún motivo, bajo ningún pretexto, con ninguna razón, voltearan a mirar a Juventino. Y, si lo vieran por algún descuido del ojo o de la distracción natural de la infancia, hicieran como que no lo habían visto, lo olvidaran, o, más precisamente, en su cabeza lo retuvieran, con la disciplina que ella les había inculcado, como si estuviera correctamente vestido.

Con este aleccionamiento del lunes, a partir del martes los niños ya sólo se doblaron de risa por dentro, o a solas o a escondidas. Prohibida la risa desde ayer. Había que respetar a Juventino, porque era el único del pueblo que estaba contra la educación de los niños y los jóvenes, y una postura tan valiente merecía ser tenida en cuenta en los tiempos que corren tan cobardes, decía la maestra.

—El martes lo vi como si nada, tempranito, tomándose un pajarete en el corral de los Motis, y ni las vacas le notaron que andaba en cueros —me dijo el mismo martes por la noche Josefa,

cuando fuimos al pan, y lo vimos, ya pardeando la tarde, camino de la cantina de don Fulgencio, donde recala hasta que cae la noche.

Para el miércoles, niños y grandes estaban avisados y prevenidos: Juventino anda encuerado y su gusto es, ¡y a nadie se le ocurra contradecirlo! Tanto los de aquí como los de fuera, respeto le debemos a su familia, fundadores del pueblo, dicen ellos. Y si a él le dio por encuerarse, por algo será, es cosa de él, y más vale que lo respetemos, por el bien suyo y por el nuestro.

3. Otro día

Otro día, cuando ya todos habían aceptado que Juventino anduviera desnudo por el pueblo, como aceptan que después de las lluvias vengan los calores, o que Tercicio tire balazos al aire cada vez que se enamora, sucedió que Poncianillo se sintió pedo de nuevo: en lugar de un encuerado vehía dos, dos encuerados, y del estupor se le metió una hache enmedio: vehía dos, eran dos, juraba que acababa de pasar un encuerado y ahora estaba pasando otro encuerado.

Uno fue Juventino, que, como de costumbre, se dirigía a la Presidencia Municipal. El otro era Zeferio, hijo de la viuda Elfega, al que apenas podía reconocerse sin ropa, porque siendo tan chiquito, la gente estaba acostumbrada a reconocerlo por el sombrero que

usaba y porque hacía mucho ruido con los huaraches al caminar. Silencioso y sin sombrero, daba dificultad reconocerlo. Tuvo que pasar, tempranito, rumbo a las parcelas de Obdulia, Poncianillo y Tercicio, y luego regresar a la hora del almuerzo, para que los que estaban en la tienda de Chito, “haciendo las once”, y los que estaban en la cantina de don Cuco tomando canela con alcohol desde temprano, “para el frío”, se dieran cuenta de que Zeferio había pasado temprano desnudo y ahora regresaba desnudo, como si tal cosa, mirando pal suelo como él de costumbre miraba, sin saludar a nadie.

Tan seriecito, Zeferio, tan buena gente. Con los ojos tan apagados como si estuviera haciéndosele noche a diario por dentro. Pisaba con dificultad entre las piedras, por la falta de costumbre al maltrato que sus pies tenían, pues su madre lo había criado en las comodidades del bienestar tranquilo.

A muchos les dolió verlo llegar a su casa, con su morralito, encuerado, con la mancha de jiricua en el pescuezo que su mamá le escondió desde niño con camisas de cuello alto, y les dolió que esa misma madre, viendo con qué desvergüenza Zeferio exponía a las habladorías del pueblo el collar blancuzco de su garganta, se echara a llorar, dequedito.

Zeferio entró a su casa, almorzó, volvió a salir hacia las parcelas, y luego por la tarde volvió a regresar hacia la hora de la merienda, cuando el sol le empezaba a dejar su lugar calentito al frío que luego arreciaría en la madrugada. A esa hora fue cuando a las señoras, que se dirigían al rosario de la tarde de ese martes, les pareció que era un desacato, una indecencia, un atrevimiento inaceptable, que Zeferio anduviera por el pueblo sin ropa ninguna,

y se lo fueron a decir al sacerdote quien, con el ave-maría-purísima en la boca, corrió inmediatamente a denunciar esa conducta indecorosa ante el Presidente Municipal en turno, don Mendo, padre de Juventino, que no faltaba más, castigaría en el acto esa conducta indecorosa, y ordenó a sus gendarmes, Narco y Mari, que lo encarcelaran con cualquier pretexto.

A la mañana siguiente, día miércoles, como lo marca la reglamentación de los abusos civiles, Zeferio estaba barriendo, él solo, el Jardín del Kiosco. Lo que en sábado y domingo hacen entre todos los borrachos Del Pueblo y Los De Los Ranchos, que se pasan de tragos, ahora le tocaba a él, nomás, porque en martes nadie se emborracha. Para evitar el escándalo y la alharaca de viejas y muchachillas que en su ir y venir traían y llevaban nixtamal y masa, jitomate visible y mariguana escondida, los dos policías que en lugar de barrer vigilaban, de tiempo en tiempo cubrían el cuerpo de Zeferio con un poncho que él tiraba al suelo todo el tiempo, testarudeando.

Todo eso era intolerable en un pueblo tan decente como éste. ¡Cuándo se había visto algo así en Jilotlán de los Dolores! Balbina, la nana de Indalecio, juró en la sacristía que nunca le volvería a hablar a Elfega. Fulgencia prometió que le prohibiría a su hijo Nabor juntarse con Zeferio, de por vida. Desde este momento del que ellas eran testigas, Tentación dijo que nunca jamás su marido, Melquíades, volvería a devolverle el saludo a Elfega. La única que se quedó callada fue Romelia: ella no tenía ni marido, ni hijo, ni a nadie a quien prohibirle nada, y además, ni siquiera estaba tan segura de que fuera tan de escandalizarse eso de que alguien se encuerara.

4. Tercicio

Yo, cada vez que me enamoro, echo balazos. Me llamo Tercicio, por culpa de mi abuelo, que fue revolucionario. No sé de dónde sacó ese nombre, pero es mejor que el de Numismática, mi hermana. Soy hijo de Cartapacio. Mi abuelo, pa los nombres, tenía imaginación.

Para eso no salí bueno yo. Lo mío es enamorarme, y las pistolas. Anoche, día lunes, vacié toda la carga de mi cuarentaicinco porque vi pasar las piernas de la Cenaida que de chiquilla de una temporada pa otra se le hicieron anchas y fuertes como de mujer. Se me templó el ánimo.

Me encontré al Poncianillo en la cantina de don Cuco. Ninguno de los dos tenemos nada qué hacer. Él renta sus parcelas, yo las mías, y tranquilitos nos esperamos entre copa y copa a que nos

paguen con la cosecha. Ey... Y a veces platicamos. De lo mismo, porque en Jilotlán de los Dolores nunca pasa nada, y la vida de cada quien nos la conocemos todos, hasta por adelantado.

La novedad de los últimos tiempos había sido la ocurrencia del Juventino de andar sin ropa paseándose por ahí, pero los calores y la familia de la que él venía lo explicaba todo. A uno de sus antepasados, dicen, le dio por indagar lo que era la muerte, y se tiraba quietecito, rígido, en medio del Jardín del Kiosco, esperando a que llegara la Catrina, con una soga de lazar en la mano para echarle un pial, llevársela a su casa, y amansarla a besos. O sea que el Juventino tiene de dónde salir así.

Fue ahí cuando, mientras yo le decía “¡salud!” a Poncianillo, él me dijo:

—Tercicio, tan temprano y ya me estoy sintiendo pedo.

—¿Por qué será, Poncianillo?

—El clima, a lo mejor. Ahora dan unos calores y unos fríos en Jilotlán como antes nunca.

—Ha de ser —le dije.

—¿Ves lo que yo veo? —Que me dice.

—¿Qué es lo que ves? —Que le digo.

—Un encuerado.

—Deja —le dije—, eso ya es cuento viejo, el Juventino que se las da de raro, y le gusta hacerse notar porque se cree notable.

—No —que me dice—. Éste es otro.

—¿Nostarás pedo? —Que le digo.

—Yo creo que sí —me respondió, pero no le creí, porque yo, personalmente, le he visto aguantar hasta el amanecer sin que ni siquiera se le trabe la lengua, cuantimeno la vista.

Voltí pallá, nomás por no ser desatento, y comprobé, por el pasito humilde y el tamaño de la persona, que estábamos ante otro encuerado, menos importante, y difícil de reconocer sin sombrero, Zeferio. Lo reconocí bien a bien por la mancha que de niños, en la escuela, nos cobraba por dejárnosla ver.

—No, nostás pedo —le dije a Poncianillo—. Zeferio va encuerado.

Nos esperamos, tomando tequila, hasta que regresara de las parcelas. Tres eran las que trabajaba. Una, mía; otra, de Poncianillo precisamente; y la tercera, de Obdulia, que a todos nos traía locos y no quería con ninguno.

Igualmente encuerado regresó, a la hora del almuerzo. Y de nuevo se fue para las parcelas, y de nuevo volvió para su casa, donde su mamá Elfega lo recibió, llorando, no sabemos por qué.

—Lo van a crucificar las viejas del rosario —me dijo Poncianillo.

—¿Cuáles? —Le pregunté, por seguirle la plática, porque yo sabía quiénes eran, ¿cuáles otras iban a ser en este pueblo donde no pasa nada y todo se repite?—: Balbina, la nana de Indalecio; Fulgencia, la madre de Nabor; la esposa de Melquíades, Tentación; y Romelia, que no agarra ni fiado...

—Pos porque no quiere porque yo aquí estoy.

—Poncianillo, tú estás cojo.

—Pero nomás de una pata, ¿y eso qué?

Pasaron los pájaros con las horas, el sol, y el viento, y mucha gente pasó. Sin novedad. Hasta que pasó el Padre Talanquera con las beatas, se detuvieron en casa de don Mendo, los policías fueron a casa de Elfega, sacaron encuerado a jalones a Zeferio, y se lo llevaron para la cárcel.

—¿Qué delito ha cometido mi hijo? —Dijo la viuda.

—Encueramiento —dijo don Mendo.

—Entonces tu hijo Juventino cometió el mismo delito —gritó Elfega.

—Pero él es hijo mío, mujer —trató de convencerla don Mendo.

—¡También Zeferio es hijo tuyo, Mendo! —Gritó más alto Elfega.

—Acuérdate de que tú eres viuda, mujer —dijo don Mendo, suavcito.

—¡Acuérdate de que de eso te aprovechaste, cabrón! —Gritó todavía más alto Elfega, escupiendo los zapatos impecables de don Mendo.

El miércoles, como a diario, volvimos Poncianillo y yo a beber, desde tempranito, a la cantina de don Cuco. Comíamos queso de Jilotlán cuando me le adelanté a Poncianillo, para que no volviera con su cantaleta de que está pedo, él que nunca se empeda y bebe siempre.

—No estás pedo, Poncianillo, ni te está fallando la vista: el que barre, el chaparrito, al que le echan la cobija los policías una y otra vez, y una y otra vez se la quita, es Zeferio, aunque no traiga sombrero. Lo reconozco por la mancha en el gaznate. El otro encuerado es Juventino. Va rumbo a la Presidencia Municipal. A ver asuntos. Para cuando sea Presidente. Los gendarmes lo saludaron, fíjate. A Zeferio le acaban de dar un culatazo, para que aprenda a barrer bien, o al menos para que deje de andarse encuerando.

5. Chihuahua, vieja

La primera mujer, y todos se lo tomaron muy a impudicia, que se desvistió en Jilotlán de los Dolores fue Chihuahua, madre de Milcumbres, y abuela de Bocabajo, en el futuro. Era lo que menos se esperaba nadie. O sea, lo que nadie se hubiera esperado.

Como si aquello fuera ordeñar la vaca, saludar al vecino, darle de comer al caballo, o regar la calle, Chihuahua sacó su silla al portal, tomó su costura, encendió un cigarro, y se puso a guardar en su memoria todos los chismes que veía pasar por el pueblo, inventando lo más que podía, para la crónica de sus descendientes.

A eso estaban muy acostumbrados todos. Vestida. Que presentemente estuviera con sus senos colgándole hasta los muslos, dos que tres pelos trespeleques en su sexo, y más de cuatro mil arrugas arremolinándosele en el pellejo, daban ganas de reírse de cada uno

de aquellos que hubieran ofrecido, hace ya tantos años, sus ranchos enteritos, con ganado y siembras, por verla un segundo desnuda. Ahora, era gratis.

Que se dieran gusto aquellos que sobrevivieron al capricho. Porque Gervasio se ahorcó por ella. Con nota de despedida y todo, con escritura dispareja de enamorado. Ha sido el único suicida de este pueblo, y mucho nos honra: salimos en las páginas de un periódico de la Ciudad, en letra chiquita. ¡Cuánta muerte le hubiera ahorrado esta mujer a ese hombre, de encuerarse antes!

Más vale tarde que nunca, según algunos; mejor nunca, según otros; sin hacer caso a naidens, Chihuahua se encueró porque le dio la gana. Y así como por nada del mundo le enseñó su cuerpo a los que tanto lo deseaban, por nada del mundo le enseñaba su cuerpo a los que tanto ya no lo desean, ¿alguna queja?

Siempre fue bragada, Chihuahua, de nacencia. Dicen que desde el día de su nacimiento, cuando su padre la vio, plana de la entrepierna, dijo escandalizado, “¡ah, chihuahua!”, porque él lo que esperaba era un varoncito. Su mujer, Doménica, cerró las piernas, y ya que le disgustaba la clase de cosecha que daba su barriga, no volvió a dejarle la oportunidad de que le hiciera ningún hijo, y para que le doliera a Juanoto su impertinencia, bautizó a su hija como Chihuahua, que creció sanota como las becerras de primer parto a las que les dejan la leche entera.

En lugar de festejar en la cantina de don Fulgencio el nacimiento de su primogénita, Juanoto se fue a bailar su hermoso caballo, el

Jalisco, pero sin alegría: un son triste triste tristísimo arrastraba entre las patas el cuaco, no pidió aplausos como de costumbre, haciendo una reverencia respetuosa y coqueta, y Poncianillo dice que él le vio resbalarle una lágrima del ojo izquierdo.

Sánscrito pasaba por ahí, porque siempre pasaba por ahí, porque no había otro sitio por donde pasar, y porque Sánscrito es hombre de costumbres fijas, y en lugar de decir “Buenas tardes” a doña Chihuahua, mejor se desconcertó involuntariamente, y sin pensar las palabras dijo “¡Ah, chihuahua!”. Chihuahua le contestó, sin dejar de atender a su costura, “Buenas tardes”. Y la vida del pueblo siguió como de costumbre, sin acostumbrarse a los cambios.

Dos días después, un jueves, una niña de la escuela, vino a preguntarle a doña Chihuahua qué se sentía estar desnuda, si no tenía frío. Que ésa era una experiencia personal, le respondió doña Chihuahua, el frío o el calor dependen de si uno quiere tener frío o calor, o no tenerlos. La niña le dijo que eso lo pensaría cuando creciera, que por el momento no le importaba saber si tenía frío o calor, que ninguno tenía, pero que se lo había preguntado para que entendiera lo ridículo que una vieja pellejuda se ve encuerada. Que se fuera al carajo, le dijo doña Chihuahua. Que de allá venía, le dijo Jaimita, hija de don Jaime, y la pregunta se la mandaba su mamá, Fanfarria, que opina que encuerarse es un despropósito, y más a cierta edad, y estando tan jodida.

“¿Jodida yo?”, pensó Chihuahua. “¿Se me habrá pasado el tiempo sin darme cuenta?”.

Los de la cantina de don Fulgencio opinaron que sí, pero no abrieron la boca para no ofender tantos recuerdos personales en los que la desearon. Los de la cantina de don Cuco tampoco dijeron nada, lo que confirma que, por única vez, estaban de acuerdo los parroquianos de las dos cantinas.

Al fin y al cabo, me digo yo, ¿qué sabe una niñita de lo que siente una mujer cuando se desviste, orgullosa, honrosamente, a la edad en que nadie espera ese gesto de ella?

¿No hay valentía en eso?

En todo caso, Chihuahua conservará el honor de haber sido la primera mujer que se desvistió en Jilotlán de los Dolores.

6. Chihuahua, joven

Llamarme Chihuahua y estar tan grandota me hizo bastante perra.

Sin duda crecí tanto por ser hija única. Cuando Caraemonja paría, mi padre les miraba a los cachorros la cosa por debajo, mataba a los que no tenían nada, y dejaba vivir a un único perrito, que se ponía robusto y crecido, como yo.

Él en persona les aplastaba la cabeza contra una piedra, igualito como mi madre se la aplastó a él cuando yo era muchachita porque se lo encontró, de madrugada, en el campo, encima de Naguasflojas, haciéndole con entusiasmo lo que mi mamá ya no dejaba que le hiciera a ella.

—¡Por malacabeza! —Le dijo, y le sorrajó una piedra del tamaño de una sandía en la mera maceta.

Naguasflojas se limpió la chorreada de sangre de la cara, y empezó a encomendar su alma a Dios, pa morir en paz asesi-nada. Pero mi madre no pensaba ensuciarse las manos, ella no era una matona, sino una esposa que estaba arreglando asuntos familiares, que a la demás gente no le importaban. Mira, le dijo a Naguasflojas...

—Mira, Juanoto se cayó del caballo cuando iba pa su siembra (porque iba pa su siembra, yo misma le di de desayuno café con tequila, oscura la mañana), tú lo viste porque regresabas de alguno de tus mandaditos que haces de noche en servicio de Los De Los Ranchos, ¿entendiste?

—Sí, doña Doménica. Gracias, doña Doménica.

—Las que ya te agudaron, méndiga.

Al entierro no convidaron al caballo, y nadie le volvió a dirigir la palabra, ni a ofrecerle siquiera un manojito de hierba. Se murió de hambre, o de humillación, o de coraje; Jalisco tenía casta, pura buena ley animal, y le taladraba su honra de macho la acusación de haber matado a Juanoto, su amo, mi padre. Lo encontraron con los huesos secos al sol, pero con la dignidad intacta. Así quisiera morir yo.

Me puse buena, según veía los ojos de los solteros del pueblo. A cual más se le caía la baba. Yo a propósito me vestía lo menos provocadora posible y largaba el chisme de que quería ser santa. La desesperación crecía entre los jariosos: le calculaban que tan buena yegua pariría crías resistentes. Vinieron a verme cuatro mamás, Romelia, Ponciana, Tercicia, y Zoila. Que me alejara de los malos pensamientos, que cualquiera de los cuatro hijos de ellas sería un buen marido, buenos muchachos y trabajadores.

—Yo te doy por calado a mi hijo Itzael, sin vicios, y va a heredar mi parcela y mis chivos —le dijo Romelia, a quien se le había metido en la cabeza que Itzael era hijo suyo.

—Mi Poncianillo será bueno pal trago y eso, pero es muy responsable —dijo Ponciana.

—Con sus rarezas de la edad, yo a Tercicio te lo entrego limpio —dijo Tercicia.

—Yo lo que puedo garantizar de mi Gervasio —dijo Zoila— es que está loco por ti, no duerme ni vela, no reconoce ni madre ni padre, ni Dios ni Santísima Virgen. Anda, hablando entre mujeres, enculao.

Les agradecí la visita, me hice la zonza, y les di la bendición.

Creo que se pusieron de acuerdo pa mandar a la Josefa, porque la Josefa vino, haciéndose la mosquita muerta.

—Deveras ta enculao de ti el Gervasio, mana. Y no sabe qué hacer.

—Dile que coma caca.

—¿Y si come caca lo vas a querer? —Me preguntó la Josefa.

—¿Con la boca oliéndole a caca? ¡Tás loca, tú!

—Te vas a condenar, Chihuahua —me amenazó la Josefa, que normalmente era muy mansita.

—¿Y de dónde sacas, Josefa, que yo me quiero ir al cielo?

—¿Y entonces pa ónde quieres jalar después de muerta?

—Pal panteón, Josefa, las tumbas sólo tienen puerta de entrada.

Aparte de dos o tres tarugadas de muchacha, lo sangrona que fui, y que a mí los hombres me resultaron indiferentes, nunca hice ningún atrevimiento. Hasta que me vino a la cabeza una pregunta: ¿Y por qué no?

Jamás me había preguntado: ¿Y por qué no?

Me sonó tan bonita esa frase. A nadie tenía que darle cuentas. No padre en vida, ni madre en vida. ¿Por qué no seguir la moda, que dicen es de buen gusto, y escandalizar mucho a los demás, y escandalizarme un poquito yo misma, que no me escandalizo de nada?

Frente al espejo me dije: ¡qué jodida estás! Es buen momento de darles a todos lo que a gritos pidieron. Y me encueré, y como todas las tardes salí al portal de mi casa, desnuda completamente, a hacer mis labores de diario, y a saludar a los que iban pasando. El primero fue Sánscrito.

—Buenas tardes, doña Chihuahua.

—Buenas tardes, don Sánscrito.

Y seguí cosiendo, en el frescor de la tarde.

7. Fuensanta

Un día, se demostró que el fin del mundo no estaba cerca y que la gloria también se abría para los desamparados: Fuensanta se encueró.

Y de manera espectacular.

Nadie hubiera esperado, de distraídos que somos los hombres y de envidiosas que son las mujeres, que Jilotlán de los Dolores diera, sin milagro de por medio, una hembra tan de exportación, como de portada de revista masculina. Y miren que eso es mucho decir, porque en Jilotlán de los Dolores feas, lo que se dice feas, no hay. Nuestras costumbres lo impiden: nadie en su sano juicio va a cruzar un toro de casta con una vaquilla ñenga, no. La vez en que Cástulo fue a querer casarse con Justina, el Juez de Paz, Mardoño, les armó guerra: que no, que no, les dijo, taban muy feos los dos,

¿qué crías esperaban que salieran de un par de engendrados así? Y los echó pa la calle encomendándoles que cada uno se buscara una pareja mejorcita que ellos, pa mejorar la raza. ¡Mira pues!, que se dejaran de desfiguros.

Por eso en Jilotlán, salvo las excepciones, puro guapo y bonita hay.

Pero como Fuensanta, pocas.

Casi ningunas, para ser exactos.

De ahí que el espectáculo haya sido inolvidable. Que yo sepa, jilotlense que se diga de allá, imposible que cierre los ojos y no tenga tatuada en la parte de adentro de los párpados una figura femenina dividida en dos: lo que ve la pupila derecha es a Fuensanta, yendo a la iglesia, vestida; lo que ve la pupila izquierda, es, en primer plano, sin paisaje que estorbe el espectáculo, a Fuensanta desnuda. ¡Día memorable y eterno para los ojos!

Sucedió así, tan inesperadamente como en otras ocasiones. Fuensanta se levantó tempranito, fue al baño, dejó en el camino la ropa interior de su juventud, y regresó a su cuarto, apenas vestida con una mirada ambigua. Don Cablote, su padre, se fue a trabajar, desayunado, y su madre, Cunegunda, se arrimó al fogón a quitarse los piojos con una peineta. Ninguno de ellos dos supo lo que su hija hacía en ese momento, hasta que el Padre Talanquera, que ya desde entonces oficiaba en el pueblo, quebrantó el secreto de confesión.

Sobre su cuerpo perfecto, Fuensanta se puso una camiseta, después un algodón, luego un vestido, encima una sotana, un traje de noche, un crespón, una estola, una gabardina, un abrigo. Dijo que ahorita venía, poquito después de las once, y se fue para la calle sin

decirle a Cunegunda qué la sacaba de la casa a esas horas, tan arropada, y de tacones altos.

Hacía calor, se dijo casi luego luego que salió de su casa Fuensanta, y aventó el abrigo, cosa que fue muy observable desde la cantina de don Fulgencio. Sin dejar de caminar entre el calor, Fuensanta deslizó de sus hombros el abrigo, luego la gabardina, después la estola y el crespón, el traje de noche, la sotana, el vestido, el algodón, la camiseta, y entrando en la cantina de don Cuco, a la hora de hacer las once, con detrás de ella el reguero de ropa que marcaba la desnudez de su cuerpo desde su casa, les dijo “Hola, muchachos, ¿cómo me queda mi nuevo traje? ¿A la medida?”.

Poncianillo, Indalecio, Antioco, Tercicio, Nabor, Melquíades, Sánscrito, don Cuco, y hasta los que no estaban ahí, se quedaron boquiabiertos. Los que estaban en la cantina de enfrente, la de don Fulgencio, también salieron para quedarse, igualmente como los del otro lado de la calle, boquiabiertos. Ese día todo el pueblo abrió la boca. A Antioco, además, se le nubló la cara como pa un tormentón que anegara la Tierra. Aquello parecía ya no tener remedio.

A dónde iríamos a parar.

Fuensanta estaba feliz. Parecía florecer. ¡Qué bonito es aventar la ropa y quedarse una encuerada! Qué bonito es, pensaban todos los que habían pensado que nunca la verían desnuda, ni en sueños.

Un airecillo fresco y limpio recorrió el pueblo. Ni solteros ni casados tuvieron un sueño apacible esa noche. Por todas las habitaciones, debajo de las camas, arriba de las camas, merodeaba un aroma de jazmín, flor de naranjo, y almizcle: era Fuensanta, que había perfumado Jilotlán de los Dolores antes de irse a dormir.

8. Antioco

Todos taban tan bocabierta, y yo tan a punto de llover por dentro y por fuera como diluvio universal, que me fui pa la ordeña de mi apá una semana. Él no se la podía creer: “Y ora tú, Tioquito”, me decía, “¿de ónde te salieron las ganas de trabajar? Si a ti el único esfuerzo que se te conoce es alzar el brazo pa llevarte la copa al hocico?”. “Pos ya ve, apá”, le contestaba yo sin dejar de ordeñar, “la vida es frágil y hasta el latir del corazón de un pájaro puede acarrear terremotos”. “¡No me hable así, muchacho méndigo!”, me dijo, y me soltó un manotazo, nomás eso le faltaba que además de güevón su único hijo le saliera poeta, que es como quien dice puto. Ni siquiera le contesté que me ofendía que me dijera Tioquito, porque ése sí que es apelativo de maricón.

Pensaba quedarme en el rancho para el resto de mi vida, ordeñando y ordeñando hasta no dejarle ni una gota de leche en las ubres a ninguna res, pero Fuensanta me escribió, y me eché a llorar. No abrí la carta; nomás tocar el sobre y soltar el llanto. Itzael, que la hizo de mensajero porque iba pa Los Ranchos, se asustó mucho, y dijo que eso era brujería, maldeajo y hechizo, y cómo no si las palabras ahí escritas eran de una encuerada, ¡qué bueno que él trajo ese maldito fetiche precavidamente envuelto en su paliacate! Y mientras él echaba a correr haciendo cruces con su machete, yo decidí que ya era tiempo de abandonar esa pendejada del trabajo, dedicarme a lo que sí hacía con gusto y no por sufrimiento, quitarme ideas tenebrosas de la cabeza, y volver a ser sonriente. Leí la carta, me aprendí de memoria los sucesos que contaba, la tiré al río, y aquí ya estoy, otra vez, en la cantina de don Cuco, con mis compas.

—Andabas perdido, Antioco, ¿o te llevó tu papá a trabajar a güevo, como dicen? —Me preguntó Poncianillo.

—No, taba experimentando pa convencerme bien a bien que el esfuerzo no se hizo pa mí —le contesté—. ¿Y qué tienen de nuevo, pues?

—Nada —dijo Indalecio—, nomás que les di el día libre a los chiquillos de la escuela, porque está haciendo mucho calor, y pa castigarme me dejé de tarea a mí mismo venirme pa la cantina.

—Eso es casi de diario, Indalecio, así que novedad novedad no es —dijo Tercicio.

—Ey... —dijo Nabor, para no quedarse fuera de la plática.

—¿No ha habido nuevos encuerados, entonces? —Les pregunté.

—No, fíjate, como que se ha calmado la cosa. Nomás los cuatro que ya sabes, siguen en cueros: Juventino, Zeferio, Chihuahua, y Fuensanta, que fue la última —dijo Melquíades.

—Pero eso ya es novedá vieja —dijo Sánscrito—. Novedad nueva son los destrozos en la familia de Fuensanta, que se malician desde afuera, aunque nadie los sepa con detalle.

—Yo sí los sé —que les digo.

—Tú qué vas a saber si ni estabas aquí —me dijo Sánscrito.

—Pos ái donde la ven, yo andaba noviendo en secreto con la Fuensanta.

Que se me ríen todos en la cara. Que ellos ya estaban muy curtidos pa que los quisiera acalambrear con esa mentirota.

—De cierto, verdad de Diosito santo —les dije—, que me condene si digo falsedad.

—Ah caray —dijo Nabor, impactado.

—A ver, pos danos pruebas —dijo Indalecio, al que los chiquillos habían vuelto desconfiado.

Y me puse a contarles lo que yo sabía por la carta de Fuensanta. Que su padre, don Cablote, no vuelve a salir a la calle.

—No se le ha vuelto a ver, y no se sabe si vive o si muere —dijo Poncianillo.

—Vive —le contesté yo—, aunque de sus ganas él quisiera estar muerto. Decidió encerrarse a piedra y lodo, para que su casa sea su tumba. No puede con la pena: todo el día está metido en su cuarto, y cuando anochece sale a mirar la luna. La va a mirar hasta volverse hombre-lobo, y entonces va a agarrar pal campo, a matar vacas, empezando por las suyas que ya empezaron a morir de hambre sin quien las atienda.

—¿Se habrá vuelto loco? —Preguntó don Cuco, el cantinero y dueño de la cantina, que era de edad de la misma camada de don Cablote, y no fueron a la escuela juntos nomás porque en su niñez no había escuela todavía, nomás la doctrina.

—Lunático —precisó Indalecio—, una especie de fijación lupina, una parafilia lobezna de ascendencia esquizofrénica y sintomatología neurótica.

Todos hicieron un gran “¿qué?” con la cara, pero ninguno quiso ser el pendejo que no había entendido, y nadie habló. Yo seguí con mi hebra.

—Cunegunda tuvo un trapiés de cara, el mismo día que pasó todo: Fuensanta se encueró, don Cablote se enlunó, y a Cunegunda se le torció el rostro, como si media cara se le hubiera echado pa trás, pa ver si alguien la seguía. Fuensanta cree que por alguna enfermedad de los piojos se torció así de feo. Ahora cuando habla, su voz sale escondida en una pared con eco, y no se sabe si le habla al que está delante de ella o a su sombra que está detrás.

—Ésas son rarezas que han de venir de familia —dijo Melquíades—: que al mismo tiempo Fuensanta se encuere, don Cablote extravíe un tornillo, y Cunegunda se tuerza...

—¿Y qué rareza de familia les encuentras a Juventino, a Zeferio, y a Chihuahua? —Dijo Sánscrito.

—Como no sea que Juventino y Zeferio son de mismo padre, don Mendo —dijo don Cuco— uno legítimo y otro bastardo; uno hecho por la buena, y el otro por la mala...

—¿Y Chihuahua qué? —Preguntó Tercicio.

—Pos pa mí que sí es hija del Juanoto y la Doménica, ¿qué no? —Dijo Poncianillo—. ¿Y a ésos qué rareza les ven?

—Como no sea que Doménica no se dejaba montar, que mató a Juanoto y le echó la culpa al caballo, que precisamente también el caballo se volvió loco, yo nada de peculiar les veo —dijo Indalecio, con un gestito de malicia provocador.

Pregunté si Fuensanta seguía saliendo todas las tardes al portal de su casa, con su costura, encuerada.

—Sí, en cuanto baja el sol —me contestaron.

—Y las dos cantinas, la de don Cuco y la de don Fulgencio, se retacan a esa hora, porque como desde las dos se ve claritamente hasta ella...

A ver si me le arrimo una de estas tardecitas, dije, con ganas de llorar, pero me acordé de quién era yo mismo, y me eché a reír, con mucha tristeza.

9. Talanquera

A la hora de más lleno, la de la misa de doce, el cura Talanquera preguntó en la homilía: “¿Alguien sabe por qué nuestra feligresa Chihuahua no viene a misa?”.

Nadie dijo que sabía pero todos sabían.

El propio cura había vetado, desde tiempos de Juventino, que entrara a la iglesia desnudo, y esa prohibición hecha a un notable del pueblo, futuro presidente de Jilotlán de los Dolores, tenía que ser válida también para otros, de menor rango, que cometieran la misma infracción: Zeferio, Chihuahua, Fuensanta.

“¿Y Fuensanta, por qué tampoco viene?”, preguntó el cura, que era en realidad a donde quería llegar, sólo que le dio una vueltecita a la retórica.

De nuevo nadie dijo nada, pero todos sabían.

“Si la montaña no va a Jesucristo”, dijo el cura, “Jesucristo irá a la montaña”, exhibiendo en una misma frase su ignorancia y la intención de ir a ver a Fuensanta personalmente.

El mismo domingo, el cura Talanquera fue a casa de don Cablote, de Fuensanta, y de Cunegunda, quien le preguntó con una de sus caras qué se le ofrecía, lo que a él le perturbó bastante y sólo supo decir que bendecir a las personas y confesar la casa. Con la cara de atrás, Cunegunda le dijo que al revés, pendejo. El padre levantó el Cristo al cielo, y la cara de adelante se disculpó ensaliándole la mano al cura, y diciendo que su otra cara de ella era una desconsiderada.

Cunegunda dejó entrar al cura Talanquera, aunque le advirtió que no se le ocurriera acercarse al cuarto de don Cablote, porque mordía. ¿Y Fuensanta? No, ella no, ella es bastante dócil, canta todo el día en el patio, y por la tarde se sale con su costura al portal, y no se mete con nadie. Con lo único que agrade es con su hermosura; inquieta al más quietecito.

Si lo sentiría el cura, que por eso estaba ahí sin querer admitirlo. A confesarla vino, y no a tomar chocolate, así que agradecido, y que se la trajera, le dijo a Cunegunda. Está cantando, objetó Cunegunda, que ahora era feliz desde que su marido le dejaba toda la noche la cama entera para ella, y su hija no le dirigía la palabra. Por primera vez en su vida, podía por fin enteramente dedicarse a las uñas de sus pies y a las uñas de sus manos, y tenerlas limpias como una virgencita santa recién nacida.

“¿Y cómo a qué horas deja de cantar Fuensanta?”, preguntó el curita. “Nunca”, dijo la madre, “nunca. Canta siempre, y a mí me alegra mucho el lado diurno de mi cara; la parte de noche de mi

rostro es la que de todo sufre: mi marido aullando, mi hija grite y grite mientras escribe cartas y cartas. De día se está en paz, porque don Cablote duerme y Fuensanta canta, ¡pero viera de noche!”. ¿En verdad no quiere un chocolatito, el padre?

Que no. Que vino a confesar a Fuensanta. En el nombre de la Santa Madre Iglesia.

Cunegunda la trajo al pasillo y Fuensanta venía mohína y encuerada de que le hubiesen interrumpido el canto. Al cura Talanquera se le cortó la respiración. Por fin en su jodida vida veía a una mujer desnuda. Él sabía que a eso había ido a esa casa y por eso se hacía güey. “Hija”, le dijo, saliéndosele el aliento; ella no le contestó “Padre”, de ninguna manera.

Que si quería confesarse, le preguntó el cura. Que no, le dijo Fuensanta; ella nunca cometía pecados, porque, para que se fueran entendiendo, ni le gustaban. No iba ya a la iglesia, y eso es un pecado. “Dios está en todas partes, y ahí, por voluntad suya, no admiten desnudos, y yo, por voluntad mía, soy una encuerada”.

El Padre Talanquera temblaba como epiléptico, y con los ojos pegados al cuerpo de Fuensanta repetía que su deber de sacerdote era bendecir aquel lugar. Ella le dijo que se despreocupara, que el agua bendita, lejos de ahuyentar a los demonios, les refresca la piel, y les quita el calor de la lumbra para siempre. ¿Y a mí quién me quita esta quemazón por dentro?, debió pensar, según creo yo, el cura Talanquera, con aquella mujer desnuda frente a él, de rodillas.

¿Y la calentura? ¿Ésa con qué se quita, padre?

Ahí estaba Fuensanta, desnuda, de rodillas frente a él, y los cojones como petardos que le reventaban. Dios pudo más, o su cerebro enfermizo, o cualquier entelequia que quieran aducir los

teólogos o los psiquiatras, pero él, abriendo las piernas para no testerearse los testículos hinchados, le dio la bendición, o la absolución, o la extremaunción, o la excomunión, o no supo qué, y salió caminando como burra recién parida, rumbo a la iglesia, deseando que Facunda no hubiera terminado el aseo, y por otra vez, piadosamente, le hiciera el favor de aligerarle la carga de espermatozoides.

Saliendo de la casa, casi de huida, tuvo que confesarse que el confesado era él: fue ahí, con su voluntad en contra de su voluntad, porque quería ver a Fuensanta de cerquita, en vivo, ya no en sueños, a gusto, detenidamente, cada vello de su piel y cada peca de su rostro, cada pecado de su superficie corporal, mirar todo aquello que los demás veían, en público, y que a él le estaba vetado ver, por su ministerio, como si no fuera hombre y tuviera todo lo que los hombres tienen, sólo porque a su madre se le ocurrió que él tenía que ser cura, por beatito, por sumiso, por azorrillado.

Pero la vida, ese día, tan caprichosa últimamente en Jilotlán de los Dolores, le tenía sorpresas.

A zancadas iba pa la iglesia, cuando se topó con Irenita. Irenita era tantamente mayor, que los más grandes la daban por su mayor. Dicen los de la cantina de don Fulgencio que cuando los españoles llegaron a fundar la villa, ella ya estaba ahí, con una bandera, esperándolos. Más antiguo que ella, ni la calle principal; ni los ancestros le llegan a la vejez de ella. Bueno, pa acabar pronto, ella nació viejita.

¿Y por qué hablo de ella si estoy hablando de la calentura del cura?

Ah, sí.

Quedamos en que el Padre Talanquera andaba yendo, en aquel atardecer ya anochecido, de casa de Fuensanta al curato, y se santiguaba dando brinquitos porque el demonio le encajaba agujitas de sabor por el fundillo, y en un momento tuvo que frenar la prisa de su trote a trancos, de pronto la realidad le dio una sorpresa, pa que se le quitara lo alebrestado: Irenita, la casta Irenita, la piadosa Irenita, la que desde niña ya era vieja, la que nació anciana, la más asidua en el rosario, se le cruzó al padre y le dijo, sencillamente, “Buenas noches”, y él, automáticamente, y pensando en la noche en que él pensaba pasar soñando en compañía de Fuensanta, contestó “Buenas noches”.

Tardó días en darse cuenta de que Irenita iba desnuda.

10. Tiburcio

Vimos salir al padrecito hecho la mocha, como conejo que vio al tigrillo, de casa de don Cablote, y ninguno en la cantina de don Fulgencio pensó que fuera por él que lo estuviera correteando, por lo atontao que anda últimamente, sino que a lo mejor Cunegunda le quiso levantar la sotana, y a él la carne vieja no se le antojaba y decidió escapar, en el nombre Dios, que es una hipocresía muy válida cuando uno no quiere pasar por poco macho.

Eso creímos, pero la realidad era de otro modo.

—Y no sabemos si lo llegaremos a saber, ¿verdad, Tiburcio?

—Me dijo Cástulo, el que quiso casarse con Justina, y el juez Mardoño no los dejó, por feos.

Yo me hice el loco, nomás por no perder la fama de loco.

—A lo mejor sí, a lo mejor sí —dijo don Jaime, padre de Jaimita.

—Yo creo que ya casi lo andamos sabiendo —dijo don Chito, el que tiene la tienda.

—Entonces vamos a ser los primeros —dijo Ramsés, hijo de don Cuco—, porque en la cantina de mi apá don Cuco nada se sabe, puras habladeras sin sustento.

—Pos el que sepa algo, que cuente —dijo Esteban Cáritas, el esposo de doña Refugio.

Yo vi que don Chito y don Jaime se miraron: los dos sabían que los dos sabían. ¿Quién hablaba primero? Ninguno quería parecer avorazado, pero a cual más de cada uno se le quemaba la lengua por soltar el chisme. Estaban tanteándose, como cuando se encuentran dos personas de frente en una banqueta estrecha y dudan, porque ninguna de ellas sabe a quién le toca bajarse y ceder el paso.

Jaime carraspeó, y no nos quedó claro si le estaba dejando la palabra a don Chito, por mayor, o es que él iba a empezar a hablar. Don Chito también carraspeó, confundiéndonos igualmente. Y así siguieron hasta que Esteban Cáritas, impacientado, les dijo:

—¡Hablen de una vez cualquiera de los dos!, y ahí se van complementando.

Y se pusieron a hablar los dos al mismo tiempo. Decían que el padre iba como poseído rumbo a la iglesia, que caminaba a trancos y bufaba, mirando pal suelo, y que se encontró con Irenita, y que la saludó sin voltear a verla, y que se metió con urgencia lóbrega al curato, y que... y que... y que... Se quedaron hablando solos porque eso ya lo sabíamos todos, y nos pusimos distraídos diciéndonos “¡salud!”. Cuando vieron que no los pelábamos, se les pasó la tormenta de palabras, y empezaron a contar por turnos ordenados.

—Si no saben algo que nosotros no sepamos, pa qué cuentan; y si saben algo que nosotros no sepamos, ¡pues entonces cuenten como cristianos, y déjense de alegatas! —Dijo Esteban Cáritas.

Don Chito autorizó a Jaime a que empezara, al fin y al cabo el que era padre de Jaimita era él.

—Como saben—empezó prudentemente Jaime—, mi hija Jaimita le hace los mandados a Irenita, por lo viejita que ya saben que ella está.

—¡Eso también lo sabemos! —Dijo Esteban Cáritas.

—Ya viene lo que no saben —dijo don Chito—: Irenita mandó a Jaimita a mi tienda, de prisa, anocheciendo ayer, a comprar algo que yo no vendo. Me dijo que decía Irenita que de emergencia le mandara unos condones. “¿Unos qué?”, le pregunté, algo espantao de que una niñita se supiera esa palabra. Y le iba a dar una nalgada cuando su inocencia me detuvo: “¿Y qué es eso, condones, oiga?”, que me dice. Y se la llevé de una oreja a Jaime, aquí presente.

—Y yo se la recibí agarrándole la otra oreja, la oreja que don Chito no le tenía agarrada, y entre los dos la interrogamos. Jaimita, como buena mandadera, cerró en firme la información en su boca, y se echó a llorar en defensa propia.

—¿Y luego?, ¿y luego? —Dijo Esteban Cáritas, porque le pareció que la pausa de suspenso que hacían los dos era demasiado suspensiva como para comer tanta ansia.

—La están haciendo mucho de emoción —dijo Cástulo, desesperándose.

—Ahí va, ahí va —dijo don Chito.

—Decidimos, después de un breve conciliábulo entre nosotros dos, ir al centro del problema —dijo Jaime—. “No hay que

culpabilizar al mandadero”, opiné ante don Chito. Y él estuvo de acuerdo en que fuéramos a buscar a la que mandaba hacer el mandado y enterarnos por qué lo había mandado.

—Nos dirigimos a la iglesia, donde siempre está Irenita —dijo don Chito—, pero ese día no nos la hallamos hincada y rezando, sino detrás de una banca, risa y risa sordita, y en cuanto nos vio nos hizo señas con la mano de que nos escondiéramos, que le echáramos silencio y discreción al acontecimiento.

—¡Don Chito y yo no nos la podíamos creer: estaba encuerada!

—¡Ni zapatos traía, nada de nada!

—Sí, don Chito, ¡traía el escapulario colgándole en medio de los senos caídos!

—¡Eso también ya lo sabíamos! —Volvió a protestar Esteban Cáritas, que ese día andaba necesitado de novedades como nunca.

—¿Lo del escapulario? —Preguntó, retador, don Chito.

—¡No, lo de los senos caídos! —Se le escapó la afirmación a Esteban Cáritas.

—Sí, sí lo sabíamos —se le salió sin querer a Cástulo, por las prisas de hablar.

Yo, Tiburcio, me alcancé a callar. Fama de loco tendré, pero de pendejo no.

—¿Y cómo lo sabían?

Acallamiento más callado pocas veces ha sobrevolado tan bajito una cantina de Jilotlán de los Dolores.

Como burlándose de nosotros, una hormiga pasó por delante de la puerta con un pedazo de galleta tres veces más grande que ella en el lomo, y nos miró con sorna. Todos la miramos a un tiempo, pero ordenadamente, para que ninguno de los demás notara

nuestra estupefacción en los ojos: Cástulo la miró, Chito la miró, Esteban Cáritas la miró, Ramsés la miró, Tiburcio la miró, Jaime la miró; y al final, como dueño de la cantina, y para no ser mal anfitrión, don Fulgencio la miró. Sánscrito, que es de la cantina de don Cuco, y que andaba espiando por las afueras lo que decíamos, la pisó y la aplastó ostensiblemente, para provocarnos.

Eso hizo que nos repusiéramos, solidariamente. Y el relato siguió.

—“¿Pa qué quieres los condones, Irenita?” le preguntó en secreto don Chito a Irenita —dijo Jaime.

—“Pal Padre, pal Padrecito”, le contestó Irenita a Jaime, porque estaba tan entretenida que ni siquiera se fijó quién le hizo la pregunta —dijo don Chito.

¿De qué se trataba todo aquello?

Los dos, don Chito y Jaime, cuentan, voltearon para donde estaba viendo Irenita: en un confesionario, el Padre Talanquera le estaba dando epifánica y jubilosamente con todo el desquite de su juventud reprimida a Facunda, la que hace el aseo en el curato y en la parroquia, por cualquier boquete que le quedara cerca. Facunda, con susto y placer en la cara, de vez en cuando salmodiaba: “Ave María Purísima”. Y el Padre Talanquera, sin distraerse de la disposición natural que se estaba descubriendo para ese tipo de tareas, automáticamente le respondía: “Sin pecado concebida”.

—¿Y pa qué querías los condones, Irenita, pa qué? —Le preguntó Jaime, que no quería quedarse con la duda, y nosotros tampoco.

—Pos pa qué iba a ser —le contestó—, pal padrecito, ¿qué no saben que los padrecitos no deben de tener hijos? Es pecado.

Así ha de ser, pensaron ellos. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Pues ya qué, ni modo! —Dijo Irenita, y se fue para su casa, porque la función había terminado, y ella hizo lo que pudo, pero se quedó esperando los condones que le encargó a Jaimita— ¡Ah, qué muchacha ésta tan destantiada!

Hizo tan poco caso de la discreción, Irenita, que el Padre Talanquera, desahogado de su frustración llamada Fuensanta, los vio a los tres, que se iban de la iglesia como si nada hubieran visto, y también Facunda los vio, y ellos salieron del brazo de Irenita los dos, y en el atrio, Irenita, con una cara beatífica, declaró en voz alta: “¡Alabado sea Dios!”.

Y aunque don Chito y Jaime juraron no divulgar ni contarle a nadie este singular acontecimiento, (y callarse que ahora sí les consta que Juancho sigue siendo el que la tiene más grande), ¿cómo iban a ocultárselo a sus compañeros de cantina?

—¡No, pos cómo! —Dijo irónicamente alguien de nosotros, con la seguridad de que cualquiera hubiese podido decir esa frase, menos Ramsés, que estaba despavorido, como si el alcohol lo estuviera intoxicando, y los ojos, opaquecientes, huyeran del espejo de su alma.

¿Así que el loco soy yo, Tiburcio?

11. Epitafio

Epitafio es abstemio. Por eso en lo que llevamos platicado nunca lo hemos visto ni en la cantina de don Fulgencio, ni en la cantina de don Cuco. Vive solo y dice que las vacas hablan, que él las entiende, y que pregunta que les hace ellas se la contestan educadamente, porque las vacas son por naturaleza muy corteses.

Otra de sus rarezas es que sólo se alimenta de pájaros. Nada más eso come. Siempre trae su resortera, un morralito con pájaros muertos, y se le oye venir desde lejos porque le gusta raspar en el empedrado sus huaraches “de garbancillo” mientras avanza a paso lento. En la cantina de don Cuco no falta quién diga: “Oigan, por ahí viene Epitafio”; y en la cantina de don Fulgencio tampoco falta quién diga: “Ya empiezo a oír a Epitafio, no tarda en pasar”. Hasta Tentenpié, a donde sale a que le dé el aire, lo oye clarito. Y Epitafio

pasa con su humo por la puerta de una cantina o por la puerta de otra, según el rumbo que lleve, como si la música de sus huaraches fuera cantando. Y así como llegó el sonido, se va yendo.

Ya casi ni nos detenemos a mirarlo: nos hemos acostumbrado a oírlo. Él no saluda a nadie porque de continuo tiene la boca ocupada en fumar. De repente algún guasón le grita desde el Jardín: “¿Qué dicen las vacas, Epitafio?”. Y él contesta sin levantar mucho la voz: “Te mandan muchos saludos”. Y luego agrega, a mediano voz: “Y a tu mamá también”. Los chiquillos se le acercan para reírse un rato y espantar con las risas el calor, se le arriman lo más que pueden, y entre la pauta de los huaraches y el humo de su cigarro en la boca, Epitafio recita el recado completo: “Las vacas me encargaron que te dijera: ‘me saludas a cualquier hijodelachingada que te pregunte por nosotras, y a su puta madre también, de parte nuestra’”.

De suyo, Epitafio es muy comedido. Y no ofende a nadie. Son las vacas, que lo quieren mucho, las que pierden los estribos cuando se burlan de él, y les salen palabrotas que ellas, normalmente, no acostumbran utilizar. Aparte de estos acontecimientos, que se repiten cada semana y para nosotros ya ni chiste tienen, a Epitafio *lo vemos* poco, y de la presencia de su persona tenemos el testimonio del oído: sabemos cuándo de por dónde viene, cuándo y por dónde se va, por sus caminitos acostumbrados. Los chicos, cuando están de ociosos (que es pocas veces porque el día entero están ocupados jugando), lo siguen unas cuantas calles, para recoger algunas plumas de las que él va dejando regadas, unas de colores, otras blancas, otras cenizas, para luego jugárselas a las canicas o a los volados, e ir encumbrando como campeón al que se haga dueño de las más lucidoras.

Y por eso, porque no estamos acostumbrados a verlo, no lo vimos ninguno de ninguna de las dos cantinas, cuando se dirigía al portal de la casa de Fuensanta, donde ella cosía, al fresco de la tarde, desnuda.

Desde la cantina de don Cuco y desde la cantina de don Fulgencio se alcanza a ver, clarito, el portal de la casa de Fuensanta. Al principio todos nos la pasábamos volteando para allá, gozando del privilegio de ver a aquella mujer tan hermosa encuerada. Luego se nos pasó el brete; después, la ignoramos; y ahora hemos vuelto a nuestras pláticas de hombres entre nosotros. Y como siempre son las mismas, Poncianillo dijo:

—¡Ah, cabrón, ya estoy pedo!

—¿Tan tarde? —Le dijo don Cuco.

—¿Y en qué lo notas? —Le pregunté yo.

—Lo noto, Melquíades —me contestó— en que estoy viendo a Epitafio encuerado, con su humo.

—¿Cómo lo vas a ver? —Dijo Antioco— ¿Si no lo hemos oído venir?

—Y si Epitafio no se oye venir, es que no viene —dijo Sánscrito—. ¡Eso lo saben hasta los de la cantina de don Fulgencio, que son muy brutos!

—Ey..., los listos vienen a mi cantina —dijo don Cuco.

—Haiga sido como haiga sido, y con ruido o sin ruido —dijo Nabor— ahí está Epitafio, hablando con Fuensanta.

Todos volteamos a verlo; era la primera vez que lo veíamos sin haberlo oído antes. Fue tan notoria la sorpresa que mostramos, que los de la cantina de enfrente, la de don Fulgencio, voltearon a ver. Y

con tanto revoloteo, hasta las mujeres que estaban chismeando en la tienda de don Chito, salieron a la calle al argüende.

Indalecio tomó, mesurada y calculadamente, su pose de director de la escuela, y les dijo que les daría una breve lección de física auditiva, método de observación, y realidad cotidiana, así les dijo.

—A Epitafio no lo oímos pasar y sin embargo pasó; a Epitafio no lo oímos llegar y sin embargo llegó. La realidad nos prueba que Epitafio está ahí. Y nuestros ojos, no son, en este caso concreto, subjetivos sino objetivos porque *todos* vemos lo mismo. ¿Qué fue lo que sucedió para que *pareciera* que se alteraron las leyes de la física que son inalterables y universales?

Nadie le hizo caso a Indalecio, porque estaban muy atareados en procesar un asombro tras otro: Epitafio le daba pájaros muertos, desplumados, es decir, encuerados, con plumas nomás en la cabeza, a Fuensanta, que cantaba y cosía.

Indalecio siguió:

—¿No lo deducen? Es sencillo, si aplicamos una rigurosa observación: ¡no oímos venir a Epitafio porque Epitafio no trae huaraches!

Ahora sí le hicieron caso a Indalecio. La cantina entera de don Cuco exclamó, como si el portento fuera un mapache pidiendo limosna en latín: “¡Epitafio no trae huaraches!”. Y la cantina entera de don Fulgencio dijo más fuerte, queriendo ser ellos los de la primicia: “¡Epitafio no trae huaraches!”. Y las mujeres de la tienda de don Chito, para no quedarse atrás fingieron que ellas habían captado desde antes: “¡Epitafio no trae huaraches!”.

E Indalecio siguió, lleno de pedantería, para probar lo ya sabido y aceptado por él: que él era el más inteligente del pueblo:

—Y, tal como lo pueden comprobar por ustedes mismos, no lleva huaraches, ¡porque va completamente desnudo!

Y, cual torero en plaza de toros, Epitafio levantó tres pájaros con el brazo izquierdo, su resortera con el brazo derecho, volteó hacia la cantina de don Cuco, hizo el brindis; volteó hacia la cantina de don Fulgencio, e hizo nuevamente el ofrecimiento; volteó hacia las damas de la tienda de don Chito, y presentó su homenaje. Saludó a los niños que jugaban en la calle. Le sacó una profunda humareda a su cigarrillo. Luego, con voz clara y templada, fuerte y sonora, le dijo a Fuensanta:

—Princesa, aquí le mandan las vacas, unos pajaritos sabrosísimos, para su cena. Dicen las vacas que lo más bonito de su cuerpo, es su presencia.

Fuensanta recibió los pájaros y los besó, uno por uno, y los tres al mismo tiempo. Y con los ojos llenos de lágrimas, le agradeció:

—Le ruego, caballero Epitafio, que les lleve a las vacas el mensaje de que he recibido con gran regocijo su presente.

Indalecio vio que nadie en la cantina entendió ni la palabra “regocijo” ni la palabra “presente”, y de puro cabrón no las quiso explicar; por algo él era el único en Jilotlán de los Dolores que tenía un diccionario.

—Todos los días, como a estas horas, al pardear la tarde —dijo Epitafio—, le traeré sus pajaritos de la cena —y mostró su resortera—, las señoras vacas quieren que usted coma bien, y que se ponga gorda, como cualquier vaca sana.

—Se agradece —dijo Fuensanta—, se agradece —y siguió cosiendo y cantando.

Lo que siguió fue silencio y sonambulismo. Epitafio se fue con su humo sin hacer ruido, las dos cantinas y la tienda de don Chito cerraron sus puertas porque a todos les urgía regresar a sus casas a enfrentar el insomnio, y los niños se asilenciaron por haber visto que el sexo de Epitafio tenía pico de pájaro, y plumas.

12. Nabor

Sáncrito estaba espiando desde la cantina de don Cuco, el día en que pasó esto que les voy a contar, y que sí es novedad de las que deberían salir en los periódicos, pero como aquí no hay periódicos...

—¡Te estás haciendo güey, Sáncrito, como que platicas y no dejas de cuidar la puerta pa ver si pasa en quien estás pensando!

—Le dije a Sáncrito.

—No, si sí estoy en la plática, ¿no ves que hasta de tiempo en tiempo digo “salud”, Nabor?

—Pos yo a los que veo platicar son a Antioco y al Padre Talanquera, que ahora son más amigos que antes, que ya lo eran

—les dije mirando para todos.

Ese día, estaban Indalecio, Poncianillo, Sánscrito, Antioco, Tercicio, Melquíades, Nabor (que soy yo), o sea todos, más el Padre Talanquera, que desde la noche que supo lo que era carne de mujer, decidió que su obligación era ir a la cantina, y como Chito y Jaime, quienes lo espieron y descubrieron, van a la cantina de don Fulgencio, pues a él le tocaba ir a la cantina enemiga, a la de don Cuco, a la nuestra.

El padre agarró su estilito, y en lugar de decir “salud”, como se usa, él levanta la copa y dice:

— ¡Ah qué bonito es ser hombre!

— ¿Verdad? — Le contesta Antioco.

— ¡Toy completamente de acuerdo con ambos dos! — Apoya Tercicio.

Yo veía que Sánscrito no dejaba de espiar, y sabía a quién le quería poner una emboscada. A Funámbula, una prietita de grandes ojos negros muy abiertos, bastante retobada, a la que el Juez de Paz, Mardoño, se negó a registrar con el nombre que sus papás, Tomasillo y Numismática, habían escogido: Sonámbula, porque con esos ojotes parecía que, aunque estuviera dormida estaba despierta.

“Ah, lo que quieren decir es ‘Funámbula’, que se escribe con eFe y no con Ese, que son éstas”. Y les dibujó las letras, y como ninguno sabía leer ni escribir, le creyeron. Emilia Cáritas, hija de Esteban Cáritas, que fue la madrina, se acuerda.

— Y me acuerdo yo — dijo Tercicio —, pues ya estaba en ese entonces crecidillo, y mi hermana Numismática se quedó con esa falsa idea hasta que yo se lo pregunté a la maestra Martelina, ella me dijo la significancia de esa palabra de Funámbula, y Numismática

se puso tan encabronada que persiguió dándole con un leño por todo el corral a mi cuñado Tomasillo, gritándole: “¡Cómo le fuiste a poner nombre de cirquera a mi hija, burro, bestia, tarugo!”.

—A lo mejor por culpa de él tú te llamas “Tercicio” y no “Tarsicio”, que quiere decir “el valiente, el atrevido” —dijo Indalecio—. Ay, amigo, así son los ignorantes, seguros de sí mismos —y suspiró—: Si Mardoño hubiera tenido el diccionario que yo tengo, habría leído ahí que Funámbula significa, literalmente, “Acróbata que realiza ejercicios sobre la cuerda floja o el alambre”.

Hizo un pequeño silencio, para que lo admiraran.

—Eso ha de ser cierto —dijo Melquíades—, aunque yo no lo haya oído nunca.

—Y si no fuera tan ignorante Mardoño —concluyó Indalecio—, sabría que Mardoño no se escribe “Mardoño” sino “Mardonio”. Ah, qué difícil es acabar con la ignorancia.

—Y la flojera que da combatirla, ¿verdá tú? —Dijo Tercicio— Si el director de la escuela se la pasa en la cantina —agregó, mirando a Indalecio.

Nos reímos camaradamente.

Menos Sánscrito, que estaba muy ocupado en espiar a Funámbula, de quien lo que menos le interesaba era cómo se llamara ni por qué se llamara así.

Lo que a él le desacomodaba el alma era su caminar de barquito travieso, aunque como por el río de aquí nunca había pasado ningún barco (si ni a una chalupa arrastraría la poca agua que lleva), él, que jamás había salido de Jilotlán de los Dolores, el único barquito travieso que conocía por experiencia era el cuerpo de Funámbula.

Faltaba un último “salud” para que empezáramos a aburrirnos como tantas tardes, cuando un grito inesperado anunció novedad.

—¡Ah, cabrón, ya estoy pedo! —Dijo por tercera vez, en lo que va del año, Poncianillo, y nos alarmamos; cada que decía esa frase, aparecía un encuerado nuevo.

Y, en efecto, muy quitado de la pena, venía del portal hacia la iglesia, Cástulo, desnudo de todo a todo, y risueño.

Nos quedamos viéndolo, quietecitos como ratones encarados de sopetón con el gato. Se paró frente a la cantina, y nos dijo:

—¿Quihúbo? ¿A poco no habían visto nunca un encuerado?

—Tan feo no —se le salió a Antioco.

—¿A poco a ustedes les gustan Juventino y Zeferio? —Preguntó Cástulo, embroncándose con todos, y sumiendo la barriga y tratando de enderezar las piernas chuecas.

—No, a mí las que me gustan son Chihuahua y Fuensanta —se relamió Melquíades.

—¡Órale, no me pise el maíz sembrado, compañero! —Brincó Antioco— La Fuensanta es acá, de “miguelito”, o sea deste su servidor, mía pues. Lo de la Chihuahua sí no es asunto mío.

Para seguir alegando, Cástulo los provocó:

—¿Entonces, la Irenita también les gusta, no?

Y una tercia de vaquetones, Poncianillo, Tercicio, y Melquíades, le cantaron a coro: “¡taba, taba, taba!”, pa que entendiera que “les gustaba”, del verbo “ya no”, del tiempo pasado, cuando ella estuvo potable, suponiendo que hace mucho ella hubiera estado potable.

Sánscrito nomás pelaba los ojos, como viendo pa dentro, o a lo lejos, en esa lejanía donde acostumbran retozar los venados, algo que nosotros no podíamos ver.

Indalecio, que era el científico de la cantina de don Cuco (la cantina de don Fulgencio ni siquiera tenía científico), pidió a la concurrencia permiso para *inquirir*. (Cuando se ponía pedante, que era nomás en las horas en que estaba despierto, él no preguntaba, él *inquiría*. “Yo no sé *inquirir* más que bebidas alcohólicas”, le dijo un día socarronamente Antioco.)

—Vamos a ver, Cástulo, franca y sensatamente, cuéntanos, ¿por qué te encueraste?

Cástulo hizo pucheros, como si hubiera recibido una puñalada de su propia mano en el estómago.

—Confiesa, hijo —le dijo el Padre Talanquera—, estás entre gente de bien.

—¡Por culpa de Dios, padre, que me hizo tan feo! —Respondió Cástulo.

—Dios es misericordioso, hijo, y todopoderoso —le dijo el padre.

—¡Y si todo lo puede, ¿qué le costaba haberme hecho menos feo, aunque fuera poquito?, nomás con alcanzar el derecho a casarme con la Justina!

—Dios no te hizo, Cástulo —le dijo Indalecio—, sino la naturaleza.

—¡Pos lo mismo le digo a la naturaleza, a Dios, y al diablo, y a la madre que me parió! —Gritó, desesperado, Cástulo.

Dijeron “salud” para que se desahogara y le pasaron un trago de tequila, que se bebió de un sorbo; después dijo:

—Ya qué remedio tenía yo: soy feo vestido, soy feo encuerado. Al menos así no paso calores, como ustedes.

Aquella quejadera y aquella alegadera hubiera seguido toda la tarde o hubiera acabado en el silencio. Una de las dos cosas. De no haber sido porque Tercicio levantó la voz para decir:

—¡Oye, Poncianillo, vuelve a decir que estás pedo!

—¡Ah, cabrón! ¿Y ora eso pa qué? —Brincó Poncianillo.

—Porque ahí viene Ramsés, el hijo de don Cuco, con la piri-nola de fuera.

Y sí, no era una “ilusión óptica”, como decía Indalecio. Ramsés venía, muy quitado de la pena, hacia nosotros.

Como ya estábamos entrenados para esos imprevistos, en cuanto se acercó le hicimos la pregunta correcta y al grano:

—¿Y tú por qué te encueraste, Ramsés?

—Por joder a mi padre —respondió campantemente—. Como él no me quería en su cantina de “curas y finitos”, del grupito de sangrones al que ustedes pertenecen, me encueré pa cambiarme a la cantina de don Fulgencio.

A esa cantina ya van dos encuerados, Juventino y Zeferio, y a ésa voy a ir yo, y tú también, Cástulo, vente, vámonos, allá nadie te va a “hacer el feo”.

Los ojos de Sánscrito se abrieron como platos. ¿Por qué le escandalizaban tanto las palabras de Ramsés?

No, no era eso.

—¡Miren! —Gritó Poncianillo— ¡Y no estoy pedo!

Miramos pa donde apuntaba.

Sánscrito veía una imposible aparición: en este pueblo rascuacho, de río sediento, innavigable porque en él ni las penas se ahogan, estaba atravesando el Jardín, a toda vela, un barquito travieso

de enormes ojos negros, Funámbula completamente encuerada,
con flores en el pelo.

13. Mucho y poquito

Las demás apariciones de desnudos ya ni chiste tuvieron.

Mucho sorprenderse y estupefactarse en calladito cuando se encueró Juventino, el hijo del Presidente Municipal don Mendo, que también sería Presidente Municipal cuando su padre se muriera; mucho escandalizamiento y meterlo a la cárcel y hacerlo que barrera el Jardín al Zeferio cuando se encueró; mucho morbo y calentura y muchísimo darse gusto cuando Chihuahua se encueró, y a darle a hacer historias de que Gervasio, el hijo de Zoila, se ahorcó por ella, y su padre Juanoto muerto por un caballo asesino, el Jalisco, y que Doménica su esposa había matado a Juanoto y que Naguasflojas lo sabía y que guardó el secreto para salvar su vida; mucho andarse fijando en los pellejos de la pobre Irenita, que a la edad ya de vieja se le ocurrió encuerarse; mucho

entusiasmo por la belleza de Fuensanta, cuando salía a coser y cantar al portal de su casa, mucho darle a la lengua en la cantina su enamorado el Antioco, mucho darle vueltas de riata de charro a la tragedia de sus padres: que don Cablote se enlunara encerrado en su casa, y que doña Cunegunda torciera en dos partes su cara, una pa delante y otra pa atrás; mucho ponerle oído al Epitafio cuando se encueró, que si andaba sin huaraches o si las vacas le hablaban o si su pájaro con pico y plumas; mucho hacerle el feo a Cástulo, al de la también fea Justina, y mucho atosigarlo a preguntas entre todos los de la cantina de don Cuco hasta ponerlo triste; y mucho preguntarle a Ramsés, pa que les dijera que se encueraba para enfrentar a su padre; y mucho pelar de ojos, mucho, cuando sin explicación Funámbula, la amada de Sánscrito, la hija de Tomasillo y Numismática, sobrina de Tercicio, se encueró nomás porque sí...

Hasta que de tanto mucho, se les acabó el mucho, y se quedaron sin mucho.

La última vez que se admiraron, los de la cantina de don Cuco, fue el día en que vieron a Funámbula desnuda. Los de la cantina de don Fulgencio de lo más que se acuerdan con admiración es del día en que el encuerado Cástulo le llevó pájaros de parte de las vacas a la encuerada Fuensanta. De ahí para adelante, de una cantina y de otra, puro aburrimiento.

Cuando apareció Justina encuerada, de tan fea, no llamó ni poquito la atención de nadie, nadie quiso oírle decir que se había encuerado por amor a Cástulo, y que nadie impediría que dos feos encuerados se casaran, aunque las leyes prohibieran las ceremonias de casamiento desnudos; ni poquito llamó la atención que Justina fuera, históricamente hablando, la Primera Encuerada Fea del Pueblo de Jilotlán de los Dolores, lugar donde feas no hay; ni poquito llamó la atención que Chito, el de la tienda, que Esteban Cáritas, que Tiburcio el loco, que Jaime el padre de Jaimita, se encontraran en el Jardín, se saludaran como si trajeran sombrero y ropa, y se dirigieran a su cantina, la de don Fulgencio, a quien hallaron desnudo, ni poquito llamó la atención de nadie; como a nadie sorprendió ni poquito que en solidaridad con su marido, según podría creerse valemadrístamente porque eso no interesaba ni poquito, que doña Refugio Cáritas, esposa de Esteban Cáritas, se presentara, desnuda, a la tienda de don Chito, donde la esposa de don Chito, encuerada, les daba su mandado a Balbina, la nana de Indalecio, y a Martelina, la maestra de la escuela, completamente desnudas, charlando; ni poquito desvió la atención de nadie que Zoila, la mamá de Gervasio, pasara, como a diario, rumbo a la iglesia, a reclamarle a Santa Cunegunda, la patrona del matrimonio, ¿por qué había permitido que su hijo se ahorcara?; y lo mismo ni siquiera poquito llamó la atención lo que antes hubiera sido noticia de toda una tarde: que Mariana se encuerara y el pueblo entero viera lo que todo el pueblo había oído decir: que le habían rayado la panza con piedra pómez pa marcarla por haberse metido con el marido de otra; y ni poquito tampoco, hizo que ni una hoja moviera el aire, ni que alguien dejara de platicar de sus cosas

en cada una de las cantinas, cuando Jaimita, hija de Jaime, caminó por el portal hasta la tienda de don Chito, y pidió, para Irenita, de parte de ella, una crema para la piel, una cobija para el frío de la noche, un poco de miel para endulzarse la boca... pero que Jaimita fuera encuerada no perturbó, ni poquito, ni a su propio padre.

Jilotlán de los Dolores estaba perdiendo, o ya había perdido, su capacidad de asombro. Mucho hacer escándalo al principio, mucho interesarse; y ahora poquitísimo, menos que poquito, ni poquito.

Bueno, esto no hubiera sido sino una anécdota más en la larga historia de peripecias que ha vivido, desde su origen, Jilotlán de los Dolores. Como aquella que dice que un volcán destruyó el pueblo, mató a todos los que pudo (que eran los más valientes, y por eso se le enfrentaron al volcán), y los cobardes huyeron, se salvaron, construyeron un nuevo pueblo, y durante siglos su afán consistió en educar valientes y educar cobardes para, en caso de que otro volcán, o un diluvio (nunca se sabe), intentara destruir a este pueblo eterno, la mitad se salvara, y la estirpe de los jilotlenses continuase para siempre. Un volcán exterminó a los más valientes de entonces; el diluvio de cuando hubo diluvio, mató a los más cobardes después. Con esas dos experiencias en que la población quedaba reducida a la mitad, también quisieron prevenir los puntos neutros, pero en eso ni valientes ni cobardes conseguían ponerse de acuerdo: educar a un grupito de jóvenes que no fueran ni cobardes ni valientes: el fracaso generaba maricones. Hoy en día, en que el

suceso son los encuerados, el único neutro es Tentempié, que no es ni valiente ni cobarde, ni cobarde ni valiente, y él no es ni hombre ni mujer y ella no es ni mujer ni hombre, y le gustan tanto los hombres como las mujeres, y para evitar confusiones, pide que no le digan ni “él” ni “ella”, sino, simplemente, para l@s amig@s, “ello”.

Ésa es la larga historia de Jilotlán de los Dolores: nunca aprendió la diferencia entre “mucho” y “poquito”. ¿Es mucho un volcán? ¿Es poquito un diluvio? ¿Es poquito la mitad de pobladores cobardes cuando el acontecimiento es volcán? ¿Es mucho la mitad de pobladores valientes cuando toca diluvio?

La duda era mayor, y de importancia más grande, en este momento porque para enfrentar esta ola de encuerados de nada servían ni los cobardes ni los valientes. Hacía falta otra cosa. Y la única “otra cosa” que tenían era, precisamente única, una sola, Tentempié, y con “eso”, si lo que estamos viviendo se convierte en tragedia, no se asegura la pervivencia de Jilotlán de los Dolores.

No quedaba sino esperar. Porque el advenimiento de tantos encuerados no estaba terminando: apenas empezaba.

Ya no se podía negar ni ocultar...

Y esta vez no era un volcán.

Y esta vez no era un diluvio.

Y lo peor: no sabíamos si a lo que nos enfrentábamos era a *mucho* o a *poquito*.

Y nadie se ponía de acuerdo: unos decían que esto era *mucho*, otros decían que esto era *poquito*.

14. Armonía

Llena de encuerados estaba la cantina de don Fulgencio: estaba Juventino, el hijo oficial de don Mendo, encuerado; estaba Zeferio, el hijo putativo de don Mendo, encuerado; estaba Cástulo, el enamorado de Justina, encuerado; estaba Ramsés, el hijo de don Cuco, encuerado; estaba Chito, el de la tienda, encuerado; estaba Esteban Cáritas, el esposo de doña Refugio Cáritas, encuerado; estaba Tiburcio, el loco, encuerado; estaba Jaime, el padre de Jaimita, encuerado; estaba don Fulgencio, el dueño de la cantina, encuerado. Estaban todos, y todos estaban encuerados.

Y en la tienda de don Chito, también había encuerados; mejor dicho, encueradas: estaba Balbina, la nana de Indalecio, encuerada; estaba Funámbula, la enamorada de Sánscrito, encuerada; estaba Irenita, la siempre vieja Irenita, encuerada; estaba Justina, la de

Cástulo, encuerada; estaba Mariana, a la que le rayaron la panza con piedra pómez, y se le nota, encuerada; estaba Martelina, la maestra de la escuela, encuerada; estaba Refugio Cáritas, la esposa de don Esteban Cáritas, encuerada; estaba Zoila, la madre de Gervasio, encuerada; y estaba encuerada la esposa de don Chito, que no tiene otro nombre que la esposa de don Chito, el de la tienda, porque él se la trajo así, sin nombre, De Los Ranchos.

Chihuahua estaba en el Jardín, comiéndose una paleta para el calor, con las piernas cruzadas, para que un ratoncillo que mero-deaba alrededor de ella, no se le fuera en un descuido a meter por ahí, confundiendo cualquier agujero con ratonera. Y Fuensanta estaba en su portal, cantando, cosiendo, mientras comía pájaros recién cortados del árbol de los pájaros. Y Epitafio *no estaba, andaba*, caminando con su cigarro de dilapidar humo, dándole recados de las vacas a todo aquél que lo requiriese, muy quitado de la pena, con su pájaro de fuera; y estaba Jaimita, en la calle, jugando con otros niños, que le preguntaron:

—¿Y tú por qué andas encuerada, Jaimita? —Dijo Sinecuanón, el primogénito de don Chito y de la esposa de don Chito.

—Pos porque me entró la gana, así nomás... —le respondió Jaimita.

—¿Y qué se siente? —Preguntó Sinecuanón.

—Pos a toda madre —contestó Jaimita—. ¿Por qué no les preguntas a tus padres, que andan encuerados, Sinecuanón?

—Porque me pegan si les falta al respeto.

—¿Edá que tú te encueraste, Jaimita, porque se encueraron tu papá don Jaime y tu mamá? —Dijo uno de los Motis, de los que tienen corral de ordeña.

—Jaimita se encueró por obediencia a su papá —opinó Caraemula, hermano de Funámbula.

—¿Y entonces por qué tú no te has encuerao, Caraemula —lo encaró el Motis—, si tu hermana Funámbula anda todo el día por ahí enseñando todo, encuerada?

—Está esperando a que primero se encueren sus papás, Tomasillo y Numismática —opinó Alicia en el País de las Maravillas, la hija menor de Mardoño, el Juez de Paz.

—Si hasta la maestra Martelina ya se encueró... —dijo Título, el hijo de Emilia Cáritas, llamado así porque cuando ella se fue a la Ciudad a estudiar para traer un título lo trajo a él.

—Eso es porque los maestros mandan, y pueden hacer lo que quieran, y uno no puede criticarlos ni juzgarlos... —explicó Simploncillo, hijo del ahorcado Gervasio y de Naguasflojas, pero él no lo sabía— ¡Si pos pa eso son maestros!

—¿Me preguntaron a mí, o nomás preguntaban para ponerse a chachalaequear entre ustedes? —Dijo, impaciente, Jaimita.

No, no, que no. Que querían la respuesta de ella, de su boca.

—Pues me encueré porque quería saber lo que se sentía andar encuerada, pa que se les quite, mensos —los retó Jaimita—. ¡Y ustedes lo que son es unos cobardes porque andan vestidos!

El insulto caló.

Los chiquillos corrieron aspavientosos, a quejarse con sus papás y mamás, de lo que Jaimita les había dicho: ¡cobardes, nos dijo, amá!, ¡cobardes, apá, nos dijo!, ¡nos dijo cobardes! Cada uno fue con sus progenitores:

—Amá, apá, ¿soy cobarde porque no me encuerdo? —Dijo llorando Sinecuanón, a don Chito y a la esposa de don Chito. Ellos

se miraron a ver, encuerados, como si lo que les preguntara fuera cómo se hacen los niños. Y, como no supieron qué responderle, le pegaron.

—Amá —preguntó el Motis—, ¿es malo andar vestido?

—Ah qué muchacho tan parecido a su papá: deje de andarse juntando con encueradas, eso son puras malas influencias.

Caraemula fue con su hermana Funámbula:

—Hermana —le dijo—, si tú eres mi hermana y te encueraste, y nuestros papás Tomasillo y Numismática no se encueran, ¿me tengo que encuerar yo o no me tengo que encuerar?

—Tás muy chamaco pa tomar partido —le dijo Numismática, y lo dejó con la misma duda con la que Título llegó corriendo a la tienda para preguntarle a su mamá, Emilia Cáritas:

—Oiga, amá, si yo soy su hijo, ¿por qué yo ando vestido y usted encuerada?

—Es una cuestión de principios, hijo —le respondió—, cuando crezcas comprenderás.

—Y entonces, Jaimita ¿ya creció o ya entendió?

—Algo así o las dos cosas —le dijo Emilia Cáritas a su hijo Título.

Simploncillo tuvo que recurrir a su abuela Zoila, porque aunque él no sabía quiénes eran sus padres, sí sabía que Zoila, la mamá de Gervasio, el ahorcado, era su abuela.

—Abuela —le preguntó—, ¿me encuero o no me encuero?

—Ésa es una decisión personal, hijo, depende de lo que quieras en la vida —le contestó.

—Tú andas encuerada, abuela, y yo soy tu nieto —le dijo Simploncillo, que sabía pensar.

—Yo soy yo, y tú eres tú —le respondió—. Mi hijo Gervasio se quiso suicidar, yo sigo viva.

Nunca le habían hecho al Juez Mardoño una consulta tan de jurisprudencia difícil. Le preguntó su hija Alicia en el País de las Maravillas:

—Apá, ¿es legal o es ilegal andar encuerado?

Se quedó pensativo para seguir pasando por profundo de pensamiento ante su hija.

—¿Trae problemas? —Insistió Alicia en el País de las Maravillas.

Esa respuesta sí la tenía ensayada, y con tacto, sentenció:

—Lo ilegal puede llegar a traer problemas, a veces; lo legal, siempre trae problemas.

—Si yo me encuerara, ¿sería legal o ilegal? —Preguntó Alicia en el País de las Maravillas.

—Traería problemas —le contestó el Juez Mardoño, convencido de su sabiduría en materia de leyes. Y seguro de que, contestara lo que contestara, se encuerara o no se encuerara Alicia en el País de las Maravillas, pronto habría problemas en Jilotlán de los Dolores; eso era cíclico, y él había vivido lo suficiente para saberlo.

Como presintiendo un diluvio, don Cuco dio unos pasos afuera de su cantina, algo que raramente hacía, para no descuidar a la

clientela. Lo siguieron los parroquianos de siempre: Indalecio, Poncianillo, Sánscrito, Antioco, Tercicio, Nabor, Melquíades, vestidos todos, como lo manda la costumbre. Miró para la cantina de don Fulgencio, y dijo, como si mordiera un freno de montura empapado de orines:

—No me acostumbro a ver a mi hijo Ramsés encuerado.

Como para hacerle frente a un volcán, cuando sintieron que la lava de todos los vestidos salía de la cantina de don Cuco hasta la puerta, la totalidad de los encuerados, don Fulgencio, Juventino, Zeferio, Cástulo, Ramsés, Chito, Esteban Cáritas, Tiburcio, Jaime, salieron también, con ánimo de responder igualmente con sabor a orines el ataque a uno de los suyos. Don Fulgencio iba a tomar la palabra, pero Ramsés, con un gesto de nudista, le hizo comprender que a él le tocaba dar respuesta:

—No me acostumbro a ver a mi padre Cuco vestido. Y desde que nací, así anda.

El volcán podía arder; el diluvio, llover.

Desde la tienda de don Chito, oyendo que había novedad, salieron todas las encueradas que ahí estaba reunidas: doña Refugio Cáritas, esposa de Esteban Cáritas; la esposa de don Chito; Balbina, la nana de Indalecio; Martelina, la maestra de la escuela; Zoila, la mamá de Gervasio; Mariana, con su panza rayada de piedra pómez. Y salieron también oyendo que había novedad, las vestidas que ahí de costumbre hacían chisme: Cunegunda, la madre de Fuensanta (una desnuda), con sus dos caras; Doménica, la madre de Chihuahua

(otra desnuda); Elfega, la viuda, madre de Zeferio (un encuerado); Emilia Cáritas, la madre de Título; Naguasflojas, queriendo no ofender; Numismática, la madre de Funámbula (otra desnuda); Romelia, la que se cree madre de Itzael; Tentación, la esposa de Melquíades; y Tercicia, la madre de Tercicio.

De la tienda salieron, encueradas y vestidas, sin ánimo de tomar partido, nomás así, al puro argüende.

A ellas les tenía sin cuidado si se trataba, entre cantinas, de volcán o de diluvio. Cosa de hombres eso. ¿Que ardiera un volcán o que lloviera un diluvio, qué?, hombres pa todo hay, siempre.

Pasó un zopilote sin hacer ruido, bajito, como buscando carroña. Lo seguía un ángel, volando de puntitas, queriendo comérselo. Les hizo señas a los vestidos de la cantina de don Cuco que se aquietaran, les hizo señas a los encuerados de la cantina de don Fulgencio que contuvieran hasta la respiración. De las dos cantinas les ordenaron con gestos a sus mujeres de la tienda que ni se les ocurriera moverse.

Eso detuvo, momentáneamente, la controversia entre volcán y diluvio, entre valientes y cobardes.

Tentenpié, desde su ventana, asomó la cabeza para la calle, y olió largamente, la novedad.

15. Los De Los Ranchos

Un día, al siguiente domingo de estos sucesos, Los De Los Ranchos bajaron al pueblo a la misa y a comprar mandado. Ya tenían noticia del acontecimiento que Itzael había ido contando por todas las rancherías: que, como cosa del diablo, Juventino se había encuerado. No le hicieron mucho caso: Juventino era hijo del Presidente Municipal, y a los hijos de los que mandan les da por los caprichos. Y cuando Itzael fue contando que ahora el que se había encuerado era Zeferio, el hijo de la viuda Elfega, y que a lo mejor una maldición divina había caído sobre Jilotlán de los Dolores, en la mayoría de los ranchos se rieron, y le contestaron que Zeferio era un faceto, y que se merecía que lo hubieran metido a la cárcel para que se le quitara lo ocurrente.

De ninguna de las mujeres les quiso Itzael contar, ni de Chihuahua, ni de Irenita, ni de Fuensanta, porque en los ranchos, cuando uno llega con nuevas, se amontonan, junto con las mamás y los papás, las muchachas, los chiquillos, las chiquillas, los perros con sus cachorros, las marranas con sus puerquitos, y las gallinas con sus pollitos... Y ante tanta mujer y tanto menor de edad, no se pueden contar las cosas que sí se dicen entre puros hombres. Lo que Itzael no sabía es que las chiquillas, por su cuenta, ya habían llevado información, a través de los chiquillos, a las muchachas de la casa, que les contaron a sus mamás, quienes les contaron a las gallinas mientras les daban su maíz, que como buenas chismosas les contaron a las marranas para que disimularan mientras recogían restitos de su comida, y las marranas, claro, fueron a contarle a los perros que, como son el mejor amigo del hombre, les contaron a los hombres, y en todos los ranchos se supo que las chiquillas habían visto el pajarito de Cástulo, andando por los montes, encuerado.

Y aunque ya tenían todas estas noticias, nunca se imaginaron que fuera tan tantísimo aquello: igual que la viruela, que cae y les pega a muchos, pero no a todos; y así como en la viruela se ve rojear a los enviruelados entre los demás que están sanitos, sin repegárseles mucho, así se veía a los desnudos pasar junto a los vestidos, sin dirigirse la palabra y hasta volteándose las caras unos a otros. Los De Los Ranchos no hallaban qué pensar, porque nunca habían visto una epidemia de ésas. Repegados a la pared, se fueron por las sombras hasta el templo, al cabo ellos a lo que venían era a misa. Hasta Cantaquedito y Nomeolvides se metieron a la iglesia, donde lo único diferente a otros domingos que notaron, fue que

había menos personas. El Padre Talanquera, como si nada, dio la santísima comunión, rezó por los pecados de todos, porque todos somos pecadores, confesó de pasadita rumbo al curato a Nonamia, que lo acosaba con sus ruidosos pecados, y salieron todos al atrio, aunque más les hubiera valido quedarse adentro.

El atrio estaba lleno de encuerados que desde ahí, por una bocina, habían escuchado la misa en la que, por cierto, nunca se habló de ellos, ni tampoco se les dio la comunión. La parvada de ojos de Los De Los Ranchos, revoloteaba sin que en todo el horizonte apareciera una ramita dónde pararse: salió don Cuco, y se cruzó con su hijo Ramsés, sin darle la bendición; salió la viuda Elfega, y pasó al lado de su hijo Zeferio, como si de un árbol se tratara; salió Antioco y ni un hola le dirigió a su novia Fuensanta, junto a la que pasó su mamá, Cunegunda, y le puso la más fea de sus dos caras a su propia hija; lo mismito hizo Sánscrito con Funámbula, de quien sabemos está muy enamorado; Indalecio puso semblante de no reconocer a Balbina, su propia nana; salió Doménica, la madre de Chihuahua, huérfana de Juanoto, y le torció la boca; salieron unos niños de los que van a la escuela, y le hicieron una seña pelada a la maestra Martelina; salieron Romelia, Ponciana, Tercicia, las mejores amigas de Zoila, la madre del ahorcado Gervasio, y la miraron de arriba abajo con desprecio; salió Poncianillo y dejó a Irenita con la mano tendida, que quería saludarlo, amistosa como ella es; salió Melquíades y fingió no oír a Epitafio, que le traía un recado de las vacas, un recado amable, de los buenos; a Cástulo le echó una mirada retadora Tercicio, y a Justina, su amada, Naguasflojas le sacó la lengua; Nabor, el hijo de Fulgencia, miró para el cielo cuando Tiburcio se le puso enfrente, y Fulgencia, la madre de Fulgencio,

se le rio en su mera panza a Mariana, por las rayaduras de piedra pómez que tiene; salió Mardoño, el Juez de Paz, con su hija Alicia en el País de las Maravillas, y les dieron notoriamente la espalda a don Jaime y a su hija Jaimita; salieron Tomasillo y Numismática, padres de Funámbula, pasaron junto a ella, que estaba con don Esteban Cáritas y doña Refugio Cáritas, y los rodearon como se evita un charco, para no ensuciarse la ropa; en ese momento, Emilia Cáritas salía con su hijo, lo jaló de la mano para que no viera a sus abuelos, y lo volvió a jalar para cambiar el rumbo y no toparse con don Fulgencio, el dueño de la cantina; ya casi por último, salió Facunda, la que barre la iglesia y asea el curato, a la que se coje el Padre Talanquera, y haciéndose la desentendida, casi les da con la escoba en las patas a don Chito, el dueño de la tienda, y a la esposa de don Chito; y por último, salió don Mendo, el Presidente Municipal, padre de Juventino, y saludó con gesto diplomático a su hijo.

Itzael hacía la cruz: los conocía a todos, de caras y de nombres. A los que estaban en la iglesia, vestidos, los fue mentando, mientras salían y se topaban, arisca y agresivamente, con los encuerados, en el atrio.

Tentenpié, del que todos se olvidaban con facilidad, aunque lo tuvieran presente, faltaba por salir. A él le gustaban las salidas espectaculares y llamativas, por eso se esperó hasta que no quedara nadie, y todavía hizo una pausa: salió vestido de colores muy chillantes, saludando a todos, vestidos y encuerados, a los más hoscos con él, los saludaba de mano, a los más amigables, de beso, y a los íntimos, de pellizco; pero los saludó a todos, hasta a Los De Los Ranchos, que estaban como petrificados, por lo que a ellos les echó piropos para que se pusieran colorados y se relajaran.

Y vino lo que tenía que venir, porque siempre viene en estos casos: los vestidos agrupados del lado izquierdo, los encuerados agrupados del lado derecho, habían dejado a Los De Los Ranchos en medio de vestidos y desvestidos. Ahí estaban, de entre los más conocidos, porque Los De Jilotlán poco conocen y reconocen a Los De Los Ranchos: estaba Itzael, claro, hijo de Balandrón y de Nonamia, la ruidosa que siempre va chiflando, gritando, pajueleando como arriero; estaba Juancho, otro que reconocen por su fama de que la tiene más grande que nadie, y sus hermanas, Amfibia y Nereida, que fueron a espiar cuando se bañaba en el río, se hundieron en el agua respirando con unos cañutitos, lo vieron, y ellas fueron las que contaron en el pueblo que Juancho la tiene grande, grandísima, como de burro pero de burro que la tenga grande; estaba el papá de Juancho, Cantaquedito, él que casi nunca viene al pueblo porque es de religión huraño, y su mamá Nomeolvides, todavía más piadosa de la religión huraña, por eso se casó con él, para poder caminar detrás de alguien valiente que fuera delante de ella, saludando con el sombrero, y escondiéndola detrás de su sombra; estaba el hijo Motis, con Motis padre y Motis madre, los que tienen un corral de vacas de ordeña. De ahí en más, pura gente desconocida, del montón, gente De Los Ranchos, que en ese rato se sentían como acorralados por el tigrillo, en medio de la pradera, sin saber para dónde correr.

En nombre de los encuerados, don Fulgencio, el dueño de la cantina de don Fulgencio, les preguntó: “¿De parte de quién están?”. Y en nombre de los vestidos, don Cuco, el dueño de la cantina de don Cuco, les preguntó: “¿De parte de quién están?”.

Itzael les respondió a los encuerados que no sabían.

Juancho les respondió a los vestidos que no sabían.

Esas respuestas les gustaron a los dos bandos. Aunque ambos ambicionaban mucho tener de su lado a Los De Los Ranchos, mucho más temían tenerlos del lado del enemigo. Con un empate que dejaba satisfecho a todo el mundo, desnudos y encuerados se dispersaron cada grupo pal lado que acostumbraban.

Itzael y Juancho no quedaron contentos, temían lo que pudiera pasar en el futuro; por ejemplo, que el enfrentamiento llegara a la aniquilación y que, el que consiguiera vencer, resentido por la frialdad de la postura de ellos, les prohibiera regresar a Jilotlán de los Dolores, por su mandado, y su misa... Era cómoda esa postura, pero sólo de momento. En el fondo, no le estaban apostando a ningún equipo: ellos podrían perder, ganaran los que ganaran... Decidieron una asamblea urgente. Como recua de ovejas, se fueron en manada a las orillas del pueblo, y se instalaron a la sombra de un árbol, a discutir del futuro de su estirpe, nada menos que de su destino. Alegaron bajito y a gritos, se insultaron y se perdonaron, algunos hombres se agarraron a golpes, algunas mujeres se desgñaron, hubo quien sacara la pistola y quien el machete, pero no faltó quien se ofreciera a matar un becerrito propio para la carne, ni quien trajera un saquito de frijol para compartir, y las mujeres se acomodieron todas a hacer salsita de jitomate en el molcajete, a poner nixtamal, a moler el maíz para sacar la masa, a echar las tortillas, mientras los hombres ponían la lumbre, cortaban la carne en cecina, hacían los monos de fuego para aluzar en la oscuridad y ahuyentar a fieras nocturnas y nagueles en aquel campamento improvisado, y Amfibia y Nereida cantaron a dueto hasta el

amanecer, para espantar la tristeza, con Nonamia pegando gritos a cada falsete.

Desde Jilotlán de los Dolores se oía el alboroto. Pero no les hicieron caso: así son Los De Los Ranchos, se dijeron. Nomás a Tentenpié se le antojó ir a asomarse, para ver al Itzael y darle otro pellizco como el que le dio en el atrio, y para ver a Nereida y darle una mordida, ¡porque cómo se le antojaban esos dos!

Amaneciendo el lunes, ya se habían puesto de acuerdo, tenían una decisión, y una estrategia.

Pero no le dijeron a nadie nada, y se dispersaron para sus ranchos.

16. Funámbula

Lo que nadie vio, o no quiso ver, ese domingo a la salida de la iglesia, fue que entre tanta enemistad había familias sólidas, que se querían, pienso yo (Funámbula, hija de Tomasillo y Numismática, antes novia de Sánscrito), que no me saludaron porque, como Fuensanta, quise saber a qué sabía la libertad de andar desnuda, qué se sentía conocerse el cuerpo en el espejo de los ojos de los de la cantina de don Cuco, que me desvestían con la mirada, y en la imaginación de cada uno aparecía un cuerpo desnudo mío que no era, verdaderamente, el mío. Fue una forma de decirles, como nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo: “Éste es mi cuerpo”.

Frente a tantas familias que se peleaban, vi a las que resistían las dificultades, y me dije: “Yo no soy para Sánscrito, él no sabe

lo que es una familia unida”. Y le volteé la cara en el atrio, para que comprendiera. Ni él ni todos los que estaban enemistándose porque un trapo estaba de por medio, como los que se pelean por la bandera, un estandarte de virgen, o los colores de un equipo, fueron capaces de ver pequeñas islas de felicidad, con fauna y flora, que flotaban en el atrio, en las que gente amándose bogaba en los remansos, desnudos: en una iban Justina y Cástulo, feos, en una cabaña fea, con cabras feas, borregos feos, gallinas feas, patos feos, y árboles de zapote, que dan frutos feos, y ellos dos con una sonrisa de alegría cínica; en otra iban Esteban Cáritas y su esposa Refugio Cáritas, con gallinas altruistas, caballos generosos, bueyes condescendientes, mulas tolerantes, y flores de alcatraces y de claveles, de las que ponen en los templos, y ellos dos con una sonrisa de alegría beatífica; en otra más iban don Chito, el dueño de la tienda, y la esposa de don Chito, con recuas de burros trayendo mercancía, cigüeñas ofreciendo niños en abonos, ratones alquilándose a destajo, gorgojos con planes de negociación, y flores de temporada muy en precio, girasoles, aves del paraíso, tulipanes, amapolillas silvestres, y ellos dos con una sonrisa de bienestar; todavía en otra más, la última, iban Jaime y su hija Jaimita, rodeados de unicornios, pegasos, lamias, y sirenas, en un prado en el que florecían a cada segundo nuncajamases y parasiempres de todos los colores que ya hemos inventado y de todos los colores que nunca inventaremos, y ellos dos con una sonrisa de cariño filial.

Nadie vio esta parte. Sólo don Mendo y Tentenpié.

Mi madre, Numismática, nomás vio su propia envidia porque yo me había encuerado, y a ella, mi padre Tomasillo la hubiera matado si ella se encuera. Mi abuelo materno, Cartapacio, y mi tío

Tercicio, mejor le dieron rumbo al alcohol para no afrontar que tenían una pariente como yo, que era yo. Y mi hermano Caraemula menos, pues puso la cara que tenía desde su nacimiento, y con ella va a morir, el pendejo.

Porque la gente, cuando no quiere ver, no ve. Y cuando quiere ver lo que ve, eso es lo que ve. A mí me tenían por tontita, porque para ellos soy “apocada”, un poco más emparejadita a lo que son las demás muchachas del pueblo. Jamás se les ocurrió que debajo de mi vestido hubiera una persona, que además de cabello mi cabeza tuviera ideas, que mi cuerpo albergara otros proyectos que ser víctima del deseo. Si hasta se les olvida que sé leer, y lo aplico, y lo utilizo. Le he cambiado a Indalecio definiciones de palabras viejas y hallazgos de palabras nuevas, por besos. Es un intercambio ventajoso para los dos: a mí los besos me sobran, él tiene un diccionario.

No ve, la gente, y por eso tampoco vio, que la estrategia de Los De Los Ranchos era diplomáticamente muy sutil. Tomaron partido sin tomar partido. Tomaron los dos partidos. Estaban asegurando su futuro. Como en el juego de “¿con quién te vas, con Melón o con Sandía?”. Cuando les preguntara Melón, responderían “con Melón”; cuando les preguntara Sandía, responderían “con Sandía”.

Bastaba verlos. El siguiente domingo, Los De Los Ranchos llegaron a Jilotlán de los Dolores, haciéndose como que estaban de parte de los vestidos y haciéndose como que estaban de parte de los desvestidos. Miren si no, si es que todavía saben ver: Nomeolvides, la mamá de Juancho, se encueró del listón de una de sus trenzas, y la pobre estaba tan avergonzada, que se sentía

bastantemente desnuda; Cantaquedito, su esposo, se desabrochó los dos botones de arriba de su camisa, algo que jamás había hecho sin la llama del quinqué apagada; Juancho, en un esfuerzo mayor por cumplir los acuerdos de la asamblea plenaria aquella de toda la noche, se quitó el sombrero y entró al pueblo encuerado de la cabeza, muerto de pena, él que no se descubría el cráneo ni para dormir, porque ya se estaba quedando prematuramente pelón; el hijo Motis, despistado, pelaba los dientes, creyendo que así estaba encuerando algo, mientras el padre Motis le había abierto un portillo a su pantalón a la altura del ombligo, y la madre Motis se quitó un zapato, segura de que así estaba desnudando algo como le dijeron que hiciera; Itzael de plano se quitó la camisa, y dejó al aire su pecho peludo; su papá Balandrón se hizo dos agujeros para andar presumiendo las rodillas, y su mamá Nonamia, a chifle y chifle, andaba por el centro de Jilotlán presumiendo que su vestido no tenía tela a la altura de sus nalgas, sin impresionar a nadie: mejores nalgas desnudas se paseaban sin tanto alboroto a diario por el pueblo; Amfibia y Nereida tuvieron una idea simpática, que primero le platicaron a Juancho: “Juancho”, le dijeron, “pélate el pantalón por delante, pa que se te vean las verijas”, “Tán pendejas”, les dijo Juancho, “ustedes lo que quieren es que me lleven a juerzas pa un circo”, “Bueno, allá tú”, le dijeron, “nosotras te estábamos hablando como mujeres, y como mujeres y hermanas te decimos que lo único que tienes de valía en tu persona es eso, pero allá tú si no lo quieres presumir y... promover”; y ellas decidieron promover lo que de valía tenían ellas: Amfibia consideró que lo mejor de ella era su chichi izquierda, y ¡qué casualidad!, Nereida también pensaba que lo mejor de ella era su chichi, pero la derecha; nada más

fácil que hacer el uno-dos: Amfibia le abrió un boquete a su vestido en la chichi izquierda, y Nereida le abrió un boquete a su vestido en la chichi derecha; y así se pasearon, del brazo, por el pueblo, causando una sensación perfecta de diplomacia aplicada: los vestidos quedaron satisfechos de que la chichi derecha de Amfibia y la chichi izquierda de Nereida estuvieran de su lado, y los desnudos quedaron satisfechos de que la chichi izquierda de Amfibia y la chichi derecha de Nereida estuvieran de su lado.

Tanta habilidad y astucia, nunca sospecharon Los De Jilotlán de los Dolores que tuvieran Los De Los Ranchos.

De hecho, ni cuenta se dieron y, al interior del pueblo, sin haber aprendido la lección, siguieron peleándose.

17. Los lentes

Un día, sin que cayera un meteorito en plena iglesia para espabilar la modorra del pueblo, sin que pasara una procesión con un recién nacido al que adorarían en una cueva del monte, una invasión de pájaros nublara el cielo y llenara el Jardín de caca, un muchachillo se pusiera a rebuznar y le crecieran las orejas, a Poncianillo se le ocurrió primero que a nadie ponerse lentes oscuros para no volver a ver encuerados, aunque se pusiera pedo.

Llegó a la cantina, cojo como era, gordo como era, con sus lentezotes; parecía gente de la ciudad.

—¿Y ora, esa payasada desde cuándo? —Le dije.

—¿Y eso por qué de qué? ¿Ya no es uno libre de hacer lo que le dé la gana, Sánscrito? —Me contestó.

—No, eso sí, pero tan de repente... —le dije.

—Pos esto ya parece el mundo al revés —dijo Antioco.

—¿Por qué lo dices, Antioco? —Le entró a la plática Melquíades.

—¿Por qué ha de ser? —Respondió Antioco— La gente se encuera y, que yo sepa, ni tú ni ninguno de éstos, ni Tercicio, ni Nabor, ni hasta Indalecio que se cree tan listo, les pregunta por qué, o de qué se trata. Y si a Poncianillo le da por ponerse lentes oscuros, eso sí lo toman a cosa rara y se les hace asunto de asombro.

—La verdá es que yo sí iba a preguntarle —dijo Tercicio.

—Es que se ve como si fuera otro —dijo Nabor.

—Yo no quiero quedarme con la duda de saber a qué se debe —dijo Melquíades.

—Ya ven por qué le pregunté —les dije yo a todos.

—¡Pos entonces pregúntenle, y allá ustedes! —Dijo Antioco.

—Yo me excluyo —dijo Indalecio— porque conozco la razón, ya he deducido la causa, pero no pienso compartir mi respuesta.

Como regresando de un olvido, don Cuco dijo, con una voz que parecía venirle de lejos:

—Yo nunca le pregunté a mi hijo Ramsés por qué se había encuerado.

Poncianillo aprovechaba para disfrutar de la envidia que todos sentían de él, porque en Jilotlán de los Dolores nunca, nadie, había visto lentes oscuros: si los lentes sirven para ver a través de los vidrios claritos, ¿de qué sirven unos lentes ahumados, llenos de noche, que te tapan la visibilidad?

—¿Dónde los compraste, Poncianillo? —Le preguntó Tercicio, pa abrir brecha.

—Me los hallé —dijo Poncianillo, enigmático, porque tenía cara de enigmático con lentes oscuros.

—¿Ónde tú, pa irme a hallar unos yo? —Dijo Antioco.

—En la troje, en un cajón que fue de mi abuelo paterno —dijo Poncianillo.

—Entonces son lentes extranjeros —dijo Nabor.

—¿Y en qué lo notas? —Le preguntó Melquíades.

—En dos cosas —respondió Nabor—: en que son los primeros lentes oscuros que aparecen por aquí, desde que yo me acuerdo; y en que abuelos de la región ninguno de aquí tuvimos, todos eran de fuera.

—El pueblo mismo —dijo Indalecio— es producto de la inmigración.

—Ah —dijo Poncianillo, presumiendo—, entonces traigo lentes extranjeros, ¿qué tal?

Más envidia nos dio, todavía. Y nos llamamos.

Un ratillo después, pasó un perro. Luego pasó Tiburcio. Hicimos como si no hubiera pasado nadie. Luego llegó el cura Talanquera a la cantina, saludó con la cabeza, preguntó arrugando la boca que qué era aquello de los lentes, y no hubo quién tuviera ganas de contestarle, por el calor.

Discretamente, todos mirábamos los lentes de Poncianillo, admirándolos. Él veía pa la calle, y se le había quedado viendo a Funámbula, que acababa de aparecer ahí, cerquita, como sacando a la luz su cuerpo. Hace mucho que no les dirigíamos la mirada a los encuerados, ni ellos a nosotros, entonces, ¿por qué Poncianillo se le quedaba viendo a Funámbula?, ¿qué no sabe que estamos peleados contra ellos? Lueguito comprendimos: parecía que estaba

viendo a Funámbula pero no podía verla, aunque su cara apuntara para allá, porque con esos vidrios negros seguro no veía nada. Tardó Funámbula en sentir que la estaban viendo fijamente, y cuando ya se iba a enojar y a aventarle una piedra o una mentada a Poncianillo, vio la cosa aquella ridícula de los lentes, captó que aunque mirara pallá no la podía ver desde lo oscuro, y se echó a reír, a carcajadas, burlándose de Poncianillo.

Poncianillo volteó pa otro lado, se quitó los lentes, los limpió con los bordes de su camisa, y yo alcancé a ver que sus ojos azules estaban húmedos y al mismo tiempo con los brillos de la fiesta.

—Daca pacá —le dije, maliciándome algún truco de mago.

—N’hombre, si son míos —me respondió Poncianillo, como niño con juguete nuevo.

Con cierta astucia, Antioco le preguntó:

—¿Y cómo se nombran esos lentes?

—Lentes de sol —respondió Indalecio.

—¿Son para ver el sol? —Le preguntó a Poncianillo Sánscrito que, ante la prohibición de voltear a ver a Funámbula, una desnuda a la que amaba, estuvo buscándola infructuosamente en el reflejo exterior de los lentes de Poncianillo.

—Son —dijo Poncianillo, y se los guardó, envueltos en un paliacate, en la bolsa de la camisa.

Ahí hubiera acabado la cosa ese día, de no ser porque Poncianillo, medio pedo, dijo que ya se iba a la siesta, y de no ser porque Sánscrito se ofreció a acompañarlo, no juera a ser que se

rompiera la otra pata en el suelo disparejo, y entonces qué locomoción le quedaría para cumplir con su deber de venir a la cantina, como los hombres.

—¡Ah qué bonito es ser hombre! —Gritó el Padre Talanquera.

—¿Verdad? —Le contestó Antioco.

—¡Toy completamente de acuerdo con ambos dos! —Confirmó Tercicio.

De camino, Sánscrito le rogó:

—Poncianillo, déjame ver tus lentes.

—No —le dijo Poncianillo.

—Somos amigos desde chavalillos, ¿qué no?

—Pero ahora ya no somos iguales, porque yo tengo lentes y tú no.

—Pos empréstamelos pa ser iguales —le rogó Sánscrito.

Y eso operó un milagro de esos que hace La Virgen de la Borrachera.

—Ten pues —le dijo Poncianillo—, póntelos.

Sánscrito se los puso.

—Ora voltea pacá, ¿qué ves?

—¡Te veo a ti, Poncianillo, clarito!

—Pos me ves porque aquí estoy, Sánscrito.

De sopetón, Sánscrito entendió todo.

—¡Vaya que eres un completo cabrón, Poncianillo! —Dijo Sánscrito, amarillo del coraje.

—¡Soy más cabrón que bonito! —Repetía Poncianillo— ¡Soy más cabrón que bonito! —Repetía, mientras Sánscrito lo agarraba a patadas, y él se reía, se reía, panza pal cielo, carcajeándose.

Ya que uno se cansó de patear y el otro de reír, se abrazaron, tirados en el piso, aprovechándose de que nadie los veía porque, a esa hora, con el tantísimo calor, los vestidos estaban en las cantinas o en sus casas, así que había puros encuerados en la calle, y como esos ni voltean a ver a los vestidos...

Secándose la saliva de la risa y el sofoco, Sánscrito le dijo a Poncianillo:

—Empréstame tus lentes de sol, Poncianillo.

—¿Y pa qué los quieres, Sánscrito, pa ver el sol?

—No, Poncianillo, pa ver la luna, agosto, a mi gusto, ¡como tú la viste hace un rato! —Dijo, emocionado, Sánscrito.

—Esa razón es de mucha juerza, Sánscrito; mañana te los empresto. En cuanto se pare Funámbula frente a la cantina, te los doy, te los pones, y te dejo mi lugar junto a la ventana, pa que te quede cerquita la visión —dijo Poncianillo, emocionado también.

—Gracias, Poncianillo, tú sí eres buen amigo —le dijo Sánscrito, solemne, sabiendo que se le haría difícil la vida entre hoy y mañana.

Poncianillo alcanzó a advertirle.

—Nomás guárdame el secreto.

18. La semana de las uñas

Siguiendo el ejemplo de Los De Los Ranchos, y también por provocar, porque provocar era lo suyo, Tentenpié, con un esfuerzo de pudor, se quitó los zapatos, se quitó la media y el calcetín, y se quedó descalzo.

—¡Patarráiz yo, *qué horrors*, me he convertido en un patarráiz!
—Dijo a gritos desde su ventana que se oyeron en las dos cantinas, en la tienda de don Chito, y en el curato.

Pero ya todos estaban acostumbrados a sus desplantes.

Aunque él no fue el que provocó la moda de las uñas, él la copió nomás: a un andrógino como él, las invenciones tan transexualmente atrevidas no se le daban naturalmente.

Fue Mariana, la de la panza rayada con piedra pómez, la que primero vino a presentarse con esa moda. Un domingo, se pintó las

uñas de los pies, pasó por los portales, y atravesó el jardín, rumbo a la iglesia.

Sopló un aire estupefacto por las calles.

Una verdadera sensación en la misa del domingo.

A la salida de la misa, como siempre, encuerados y vestidos no se saludaron. Los mediovestidos (como los llaman los vestidos), los mediodesnudos (como les dicen los encuerados), trataban de significar, viniendo De Los Ranchos, que ellos estaban con unos y con otros: Los hay que se cortan media barba, los hay que se tapan un ojo para que se entendiera que uno está vestido y el otro encuerado, y llega a haber aquellos que se cubren la mano con un guante. A nadie engañan; o, mejor dicho, engañan a un bando y a otro, porque quieren ser engañados.

Un día después, el lunes, apareció por la plaza, con todas las uñas del pie izquierdo pintadas de rojo, y todas las del pie derecho pintadas de azul, Irenita.

A ver quién le atoraba a ese reto.

Las vestidas se encabronaron, pero ni por eso se quitarían los zapatos. Las encueradas se vieron críticamente los dedos de los pies, y los encontraron opacos, sin lucimiento.

Los hombres opinaron que las uñas en colores, mal, no se veían.

Sus esposas los apaciguaron. Por el momento.

Después, les fue imposible.

Chihuahua, Fuensanta y Funámbula, simultáneamente, el martes, salieron a pasearse con un color diferente en cada uña de cada uno de los dedos de sus pies. Diez colores que apreciaron, como se contempla el arcoíris, los vestidos porque, dado que cuando los

vestidos se encontraban con ellas, y bajaban la vista para no saludarlas, no les quedaba más sabroso remedio que mirarles los pies a esas bellezas.

El miércoles, Tentenpié tuvo otro de sus continuos ataques de crisis de horror: “¡*Qué horrors!*”, se dijo, “¿me estaré convirtiendo en una cosa vieja, olvidada, seré un ca-cha-rro acaso, con despostilladuras?”. Pidió al cielo que Dios no lo permitiera: “¡No lo permita Dios, Santísima Virgen de los Antojadizos!”. Sacó fuerzas de sus dos sexos, le echó güevos, le echó ovarios, y encueró sus dos pies: uno, hermoso y fino; el otro, firme y atlético; y pintó en las uñas de sus dedos todas sus fantasías, sus sueños, sus ansias psicodélicas. Inmediatamente después, enfrentándose al reto de su vida, cerró los ojos, ofreció ese sacrificio a la deliciosa memoria de Juventino, y sentadita en su ventana, él que jamás había sido exhibicionista ni ofrecida, sacó a presumir sus pies de colores, sin ánimo de hacerle competencia a Fuensanta, que cosía y cantaba al ladito de él, porque son vecinas. Pasó Epitafio echando humo, con su pájaro de fuera, y saludó: “Buenas tardes, señor y señora Tentenpié; buenas tardes, señorita Fuensanta, me asobajo ante sus pies de arcoíris y le entrego lo que aquí le mandan las vacas: estos pajaritos para la cena, con sus saludos”.

Parecía como si la belleza se hubiera instalado, en Jilotlán de los Dolores, en los bellos pies de las hermosas: Mariana, Irenita, Funámbula, Chihuahua, Fuensanta, y hasta esa cusca de Tentenpié. Pero el mundo igualmente les pertenece, ¡qué caray!, a las de patas feas; así que las encueradas menos lindas, menos jóvenes, y más calludas, también se pintaron cada una de las uñas de sus pies de un color diferente: Justina, Refugio, Zoila, la esposa de don Chito...

El jueves, Balbina y Martelina salieron a la Plaza con una invención: Balbina, la nana de Indalecio, traía las uñas de todos los dedos de sus pies pintadas de blanco; y Martelina, la maestra de la escuela, que había roto con Indalecio, dramáticamente, por algo más que estar afiliados a bandos opuestos, traía las uñas de todos los dedos de sus pies pintadas de negro. Blanco y negro. Balbina, que era rubia, blanca, decía, del brazo de Martelina, que ella era el amanecer; Martelina, morena y de ojos negros, era el atardecer. “Somos el Día y la Noche”, dijeron, al presentarse a la tienda de don Chito, entreverando las uñas de sus pies, “que se suceden, interminablemente, día a día, semana a semana, mes a mes, año a año”. Ofendido de que la hicieran de menos a él que presumía sus uñas de muchos colores, Tentenpié, desde su ventana, les gritó, con ganas de que entendieran el insulto: “¡Monocromáticas! ¡Yo soy el arcoíris!”. Y se metió a su casa y cerró la ventana, de prisa. Los de la cantina de don Cuco, y los de la cantina de don Fulgencio, se rieron, por primera vez desde hacía muchos años, de lo mismo y al mismo tiempo: pero eso no quería decir que se acercara una reconciliación entre encuerados y vestidos, eso era que parejamente se aburrían, más allá de convicciones y posturas vitales, y que un respiro de risueñez les venía como una bocanada de aire fresco, en esos calorones.

El viernes, Juventino dio un paso adelante, y un dedo atrás. Escribió, de su pie derecho a su pie izquierdo, una letra en cada uña, que decían J-U-V-E-N-T-I-N-O, empezando por el dedo primero de su pie derecho, y terminando en el penúltimo dedo de su pie izquierdo, donde se le acabaron las nueve letras de su nombre: diez dedos tienen sus pies, nueve letras su nombre, comprobó.

Ante esta discrepancia irreconciliable, que su nombre tuviera nueve letras y sus pies tuvieran diez dedos, sólo se le presentaban dos soluciones: o aumentarle una letra a su nombre o quitarle un dedo a sus pies. “Juventinos” o “Juventinón”, le parecieron opciones desechables; se cortó el dedo meñique del pie izquierdo. Y salió a la calle, pisando con precaución todavía, con cara de futuro Presidente Municipal, y muy orgulloso de estar emprendiendo la primera campaña publicitaria electoral, y de a pie, de la historia de Jilotlán de los Dolores, y planetas circunvecinos.

Jaimita, que se había convertido en la lideresa de los niños y que cuenta con la asesoría de Irenita, se apareció el viernes por la tarde comandando a todos los niños y niñas encuerados, con las uñas de los pies pintadas. En la escuela, a la hora de la clase de Artes Plásticas, Martelina les había preguntado si querían hacer alguna obra en especial: “Pintarnos las uñas”, dijo Jaimita, de inmediato. “¿Como yo?”, preguntó orgullosa la maestra. “No”, le contestaron, “como nosotros”. Y la maestra, que había estudiado pedagogía en la Ciudad, quiso saber cómo era eso; y se lo explicaron paciente-mente, porque las maestras que han estudiado pedagogía tienen muchas dificultades para entender a los niños. “En las uñas de los pies de los hombres, queremos dibujar el signo de los hombres ‘ô’; y en las uñas de los pies de las mujeres, queremos dibujar el signo de las mujeres ‘â’. ¿Nos entendió, maestra?”

El sábado, ya ni Zeferio, ni Cástulo, ni Ramsés, se quisieron quedar atrás. ¡Si ya hasta los niños les llevaban la delantera! A los tres, juntos, se les ocurrió algo que ni siquiera se le hubiera ocurrido inventar al narrador de esta historia, piensan ellos: Zeferio se pintó las uñas de sus dos pies de verde, Cástulo de blanco, y

Ramsés de rojo; y salieron a pasear, el viernes, a la hora de la serenata en que tocaba la banda militar municipal, proclamando que ellos eran la bandera mexicana.

Por fortuna, ya no le quedaban días a la semana, si no, ¿a dónde iríamos a parar con esa fantochada de las uñas y los colores y ese competir a ver a quién se le ocurre un diseño más original para las patas?

Ya no hay Dios ni orden.

Hubo, el sábado como nunca, revoloteo de pies con uñas imaginativamente pintadas de las desnudas, y rechinar de dientes de las vestidas que ¡por nada del mundo! saldrían a la calle descalzas como esas sinvergüenzas que andan coqueteando con los pies sin importarles alguna bacteria en la asquerosidad del suelo, hasta que sobrevino una novedad: vino Mardoño, el Juez de Paz, a decirle a don Mendo, el Presidente Municipal, que metiera a la cárcel a alguien para parar tanto atrevimiento. ¿Ya no había orden en el pueblo! “Ni pintura de uñas en la tienda de don Chito”, le iba a contestar don Mendo, pero se contuvo por la seriedad a la que lo obligaba su investidura pública. “¿Y a quién metemos? Porque en la cárcel no caben todas las que andan de uñas pintadas”, argumentó don Mendo, “y además, aquí no tenemos cárcel de mujeres”. Pues entonces que metieran a Tentenpié. Lo veía difícil, don Mendo, por dos razones de alta jurisprudencia (don Mendo hablaba así a veces, porque de muchacho había sido campeón de oratoria): una, Tentenpié era andrógino, por lo que sólo podían meter su lado macho a la cárcel, ¿pero qué hacer con su lado hembra?; dos, tipificado el delito, y encontrado a los culpables, los pies, ¿cómo encarcelar los pies de

Tentenpié, que son culpables de desorden público (para el Código son: “faltas a la moral por encueramiento bisexual de pies en vía pública”), sin encerrar al propio Tentenpié, que es inocente? El Juez de Paz se quedó pensativo, “¡caramba!” , se dijo, “¡qué hombre más versado en leyes es don Mendo, por algo es el Presidente Municipal!”.

“*Ya no hay Dios ni orden*”, pensaban las vestidas. ¿A dónde quieren llevar la desvergüenza las encueradas? Como ya se dieron cuenta de que los hombres vestidos, solteros y casados, no quieren ni voltear a verlas, y para eso acarean la mirada al suelo, se les ocurrió, a las endinas, poner sus atractivos en la mira de ellos, en el suelo, y pintarse las uñas de los pies para llamarles la atención. ¡Habrase visto viejas más cabronas!

Para el Padre Talanquera, seguramente después de haberlo hablado en sagrada confesión con el Juez de Paz, Mardoño (entre cuyos pecados estaba el haber sido rechazado por la parte femenina de Tentenpié), en su homilía del sábado por la tarde, en la misa a la que prácticamente sólo asisten ancianas sordas y ciegas que se duermen durante toda la ceremonia, informó que excomulgaba a los pies de Tentenpié, pero la boca de Tentenpié, que no había cometido pecado alguno, podía seguir tomando la comunión, como de costumbre, siempre y cuando, cuando viniera a la iglesia, trajera, igual que las mujeres para cubrirse la cabeza, una pañoleta para taparse los pies. Las viejitas cabecearon, y desde su boca sin dientes, dijeron en coro: “¡Sin pecado concebida!”.

El domingo, la salida de misa fue más tensa que de costumbre. De nuevo los vestidos parientes no saludaron a sus parientes encuerados. Hubo miradas de reproche ciego y actitudes mudas de

reclamación sorda. Los De Los Ranchos estaban ahí, impávidos, con su mendiguez de víctimas involuntarias: como si vendieran frutas o suplicaran perdón, uno pedía que notaran que traía una nalga al aire, otra que un listón de su trenza había desvestido la mitad de su pelo, otro que se había quitado un huarache, otro que enseñaba el ombligo, otras que ellas traían las chichis de fuera, otro que andaba sin sombrero...

—¿Y eso qué? —Dijeron los vestidos.

—¿Y eso qué? —Dijeron los encuerados.

Pos entonces que qué querían de ellos, dijeron, medrosos, Los De Los Ranchos.

Que se definieran de una vez, que dijeran de qué lado estaban, dijeron los encuerados.

Sí, que ya no siguieran engañando, dijeron los vestidos.

¿Y qué tenían que hacer, pues?, preguntaron Los De Los Ranchos.

Los encuerados fueron directos: ¿pensaban pintarse las uñas de los pies, sí o no?

Unos dijeron que sí, todos dijeron que no. ¿Cuándo se ha visto a un rancharo con las uñas de las patas pintadas, pues? ¿O quieren que convoquemos a otra asamblea?

Iba a haber bronca, se veía venir. Otra vez los encuerados y los vestidos tenían, verdaderamente, acorralados, encerrados en un corral humano, a Los De Los Ranchos, en el atrio de la iglesia. Como la bronca parecía más grave que de costumbre, el Padre Talanquera, avisado de la emergencia por Facunda, salió, y apenas dijo “Hermanos...”, Irenita le contestó, “¡Hermanos sus dos

cojones, que arrempujan parejo, y yo sé por qué se lo digo!”, y el cura arremetió para el templo y se encerró con llave, a rezar y a llorar.

El que paró la tragedia fue Tentenpié. Con su voz femenina se abrió paso entre la multitud diciendo: “permiso señorita, permiso caballero”, y se plantó en el centro del conflicto, precisamente donde habían acorralado, entre vestidos y desvestidos, a Los De Los Ranchos.

—A ver, a ver, a ver —dijo—. Ustedes, Los De Los Ranchos, ¿qué pierden con enseñar las patas, en lugar de venir aquí a crear problemas?

Amfibia y Nereida aventaron cada una un pie desnudo hacia adelante, y le enseñaron que Amfibia se lo había pintado del color del maíz y Nereida del color del paisaje, ¡pa que viera a lo que se estaba enfrentando! ¿Entonces?

Tentenpié tuvo que reconocer, con *horrors*, que Los De Los Ranchos no eran nada rancheros, y rápidamente, apelando a su lado masculino, recurrió a otra provocación:

—Y entonces, ante los acontecimientos actuales, ¿a qué le tienen miedo, ahora, los vestidos? ¿Tan difícil se les hace quitarse los zapatos y pintarse las uñas a su antojo?

No, difícil no es, pensaron los vestidos, si hasta sencillo parece... Pero, entonces, si ellos hacían eso, ¿las encueradas se iban a poner zapatos, para dejar de provocar a los hombres con sus pies seductores?

Ésa era una discusión para otro domingo, dijo Tentenpié, lo que urgía en este momento era organizarse para las fiestas de la Virgen de los Dolores, ¡que caían dentro de una semana! “¡Y nosotros

con alegatas aquí de si uñas o no uñas, que si de colores o no de colores! ¡Vámonos poniendo de acuerdo! No sean *horrorsosos*”.

Y, ante esta moción, que abría la fuga a un pretexto porque nadie en esas circunstancias quería fiestas para la Virgen, se fueron todos para sus casas, o para sus ranchos, preocupados por lo que habrían de imaginar de aquí al otro domingo, y cada uno con su pomito de acetona para despintarse las uñas.

La semana se había terminado.

19. Pos ya pa qué

O porque Sánscrito algo contó, o porque se lo maliciaron a Poncianillo, o porque de su boca salía una sonrisa satisfecha bajo las gafas que cualquiera que le mirara podía entender, los de la cantina de don Cuco empezaron a sospechar que ahí había gato encerrado, y montés.

—¡Epa, Poncianillo! —Le dijo Antioco—, ¿qué tanto pierdes el tiempo con los ojos tapados y asomao pa juera de la ventana!

—No tengo nada qué hacer —contestó Poncianillo, limpiándose la baba.

—¡Ira! —Dijo Tercicio— ¡Si hasta se le cai la baba!

—Antes de que se me caiga, me la limpio —aclaró Poncianillo.

—Presta pacá, pa que ahora me critiquen a mí —dijo Sánscrito.

—Cambio de baboso... —dijo Nabor.

—Ya déjense de misterios, y díganos qué se siente ponerse esas tiznaderas —dijo Melquiádes—, porque hacen la cara de felicidad de cuando uno está miando.

Indalecio y el Padre Talanquera se divertían, pero estaban contrariados. “Lo que es la ignorancia”, se decía uno; “Lo que es la candidez”, se decía el otro. Funámbula allá afuera y ellos sin poder echarle un ojo, mientras que Poncianillo y Sánscrito se atascaban de belleza con las pupilas dilatadas y sin parpadear.

El intelectual y el sacerdote ya no aguantaban más disimulación. Era un insulto para la ciencia; era una burla para la fe.

—O aclaran todo ustedes, o lo explico yo —les dijo Indalecio a Poncianillo y a Sánscrito.

—¡Es pecado engañar al prójimo! —Los sermoneó Talanquera. Dispuesto a acabar con la burla, Poncianillo habló así:

—Toma, pa que ya no estés viendo lo que no debes ver, las babas de otros. Tápate los ojos con mis lentes —le dijo a Antioco.

—Pero déjame la ventana también —le contestó Antioco, que estaba enamorado de Fuensanta pero no era bruto... cuando—: ¡Ay, güey, qué buenísima está la Funámbula, por mi madre! —Gritó.

—¿Edá que sí? —Confirmó Sánscrito, orgulloso de la belleza de su amada—. ¿Y en qué la reconocería, Poncianillo?

—¿En qué va a ser? —Respondió Poncianillo— En la pintura de uñas de los pies. —Y se echaron a reír a dúo, pa presumir lo bien que les salía, de tanto haberlo ensayado.

Ahí sí entendieron todos, de sopetón, que esos lentes oscuros estaban embrujados. ¿De qué otro modo si no lo oscuro, que es pa que no veas, hace que veas? Es como si entre más cerrada la noche, más clarito se viera.

La ventana se abarrotó, súbitamente, y hubo tal manoteo y alegata y alboroto porque a sombrerazos querían saltarse el turno, que hasta la cantina de don Fulgencio llegó la ola que salía por la ventana de la cantina de don Cuco.

—¿Y ora qué se tráin aquellos? —Preguntó Cástulo.

—Ya han de estar borrachos —dijo Ramsés, con voz autorizada, por algo él era, de todos los que estaban presentes, el que mejor conocía la cantina de su padre y a sus parroquianos.

—Pos a mí me parece, con el perdón de ustedes —dijo, prudentemente, Jaime, el padre de Jaimita—, que más que a gritos de borrachos, el rumor suena como a manada de jabalís en celo.

—Voy a oír bien, porque quiero estar de acuerdo con usted —le dijo Esteban Cáritas.

—Pos será el sereno, pero el alboroto es mucho —dijo, sensatamente, don Chito, el de la tienda.

—Por el momento no parece que nos vayan a atacar. Pero hay que estar preparados —dijo, políticamente estratega, Juventino, al que ya apodaban “El Diecinueve”; y no por el número de este capítulo, sino porque entre manos y pies apenas acabalaba diecinueve dedos.

—A lo mejor es una táctica de distracción —lambisconeó su mediohermano Zeferio, que quería llegar a Tesorero cuando Juventino fuera Presidente Municipal, y por eso quería ganarse su confianza opinando como él.

—Como puede que sí, puede que no —dijo don Fulgencio, porque ya se sabe que los cantineros no acostumbran contradecir a sus clientes.

—Lo que sí es cierto, es que alguna novedad nueva se traen —dijo, concluyente, Tiburcio, sin moverse nadita por no espar-tarse una mariposa que se la había parado en el ombligo, y le ras-caba la mugrita.

Y le pidieron otra ronda a don Fulgencio, para emparejarse con los de la cantina de don Cuco, porque en el fondo, y sin decirlo abiertamente, todos sabían, por experiencia propia que, estu-viera pasando lo que estuviera pasando, o no estuviera pasando nada, aquel jolgorio de la cantina de enfrente sólo bajaba del cielo cuando uno invocaba al diablo con unas copas de más, menos no.

—¡Pos a darle, muchachos! —Los animó Tiburcio, y con eso se acabó la discusión, y el interés momentáneo por lo que acon-tecía afuera.

Mujeres y niños, desde la tienda de don Chito, olían rayos de tormenta en las dos cantinas, pero su instinto campesino les ase-guraba que no habría borrasca ese día.

En la cantina de don Cuco, la concordia estaba frágil, a punto de quebrarse: todos alegaban alguna primacía para obtener su dere-cho a ponerse los lentes y quedárselos más tiempo.

—Yo soy el dueño de la cantina —decía don Cuco.

—¿Y qué? —Le contestaba Melquíades— ¿Se te debe algo?

—¡Yo soy el más viejo! —Decía Nabor.

—Pos la ventaja que sacas es que te vas a morir primero —le contestaba Tercicio.

—¡Yo soy el representante de Dios en este pueblo, y soy tan hombre como cualquiera! —Pontificaba el curita Talanquera.

—Dos preguntas lógicas, señor vicario —le contestaba, cabro-namente, Indalecio— : en primera: ¿dónde está la carta de Dios

donde lo nombra su representante?; y en segunda, ¿por qué si es usted tan hombre trae faldas?

—¡Yo soy el novio de Funámbula! —Argumentaba Sánscrito.

—¡Eras! —Lo contradijo Antioco— ¡Ya ni te habla!

—¡Yo soy el más gordo! —Acabó diciendo Poncianillo. Y ya le iban a contestar, cuando soltó la frase contundente—: Y el dueño de los lentes.

“Ah sí”, dijeron todos, “*eso sí*”.

Y con *eso sí* concluyó la alegata, se apaciguaron todos, y a cual más le pusieron a Poncianillo cara de perro, o sea, cara de ser su mejor amigo. Poncianillo, solemnemente, se acomodó en la ventana, sacó las gafas de sol, se las puso, miró para la calle, y pegó un grito:

—¡Ya ni la chingan! ¡Mientras estaban con sus pendejadas, arrebatándose los lentes, se nos fue la Funámbula!

¡Uy!, *eso sí* era pero muy de tragedia. Y hubo un silencio culpable. Al fin y al cabo todos se conocían desde hace un tiempalal, qué caso tenía pelearse, ¿verdad tú?

Antes de que se pusieran borrachos llorones, Poncianillo les cortó camino:

—Ái tán los lentes, póngaselos el que quiera —y los aventó sobre la barra de la cantina.

No, pos ya pa qué. Ya pa qué.

Y hubo un suspiro que se fue a posar en las campanas del templo, a susurrarles quedito: Pos ya pa qué.

20. Año sin novedad, como todos los años

Vino el invierno, como cada año, y los encuerados lo aguantaron, sin renunciar a su desnudez: se les amorataban las carnes, se les congelaban los pies. A los hombres, los testículos se les hacían chiquitos, y alpineaban con heroísmo tratando de subir hasta el bajo vientre, en busca de un refugio calentito. Las mujeres traían los pezones botados, abotagados, reventados: a las rubias, les resurgían como pitaya madura; a las morenas, uno hubiera jurado que estaba por nacerle de su seno una orquídea morada.

Vino el verano, como cada año, y los vestidos lo aguantaron, sin renunciar a sus ropas: por orgullo y provocación, para que esas desarrapadas encueratrices aprendieran, las mujeres salían con abrigo a la calle, en pleno mediodía, y se paseaban, bajo el rayo del sol, sonriendo por fuera ostensiblemente, y sudando por dentro

discretamente. De ventaja sacarían adelgazar. (Por cierto, entre las desnudas no hay ninguna gorda; así qué chiste tiene encuerarse.) Los hombres, para disimular el calor que los estaba asando, y mantener su postura y aguantar el sofoco, se reunían de dos en dos en la sombra de los portales, y durante horas fingían que se saludaban, que estaban completamente de acuerdo, para decir “sí” con la cabeza, muy efusivos y asertivos, y en ese movimiento echarse aire con el sombrero uno al otro, y el otro a uno, por turnos.

Vinieron las lluvias, como cada año, y los desnudos se bañaron en aquella delicia que caía de las nubes, y jugaron en los charcos, y se salpicaron de agua cristalina, y se empaparon el pelo, la conciencia, la carcajada, y fueron, bajo las gotas, niños. Los vestidos, en cambio, se guarecían bajo los aleros, se refugiaban en los portales, entraban precipitadamente a la casa de sus amigos, echaban a correr, se cubrían la cabeza con rebozos y sarapes, y se sacudían meticulosamente cualquier charpiadura que aterrizase en su ropa.

Vino la Navidad, como cada año, y con ella los Nacimientos. Le fue imposible al cura Talanquera evitar los Nacimientos Desnudos. Que respetara la fe de cada quien, le mandaron decir con su emisaria, Facunda, como cada quien la entiende, o le escribirían una carta al obispo contándole lo que ellos, el cura, Facunda misma, y don Chito y Jaime, y muchos más en el pueblo que no convenía mentar, ya sabían, y que el padrecito Talanquera le calculara de qué le estaban hablando.

Por primera vez en la historia de los pueblos católicos, hubo Nacimientos Desnudos, y no solamente privados, sino abiertamente públicos. Originalmente, se supo de dos: uno en la tienda de don Chito, que “pusieron” las mujeres y los niños, y otro en

la cantina de don Fulgencio, que “pusieron” los hombres. Pero eso no bastaba, porque a esos lugares no iba ningún vestido, ni el Padre Talanquera, que últimamente andaba muy cargado al lado de los enemigos: los de la cantina de don Cuco. Entonces, hombres, mujeres, y chiquillos, bajo el mando de la esposa de don Chito, de Cástulo el feo, y de Jaimita la hija de don Jaime, “pusieron” un Nacimiento en el Jardín de Jilotlán de los Dolores: el Niño Dios estaba encuerado, ¡como debe de ser!; el burro, la oveja y el buey andaban encuerados como andan ellos siempre; a la gallina la desplumaron para que hiciera juego con el conjunto; a Gaspar, Melchor, y Baltasar, los encueraron, y para que se diferenciaran desvestidos, les dejaron atrasito de cada uno su caballo, su elefante, y su camello, encuerados, y la sorpresa (¡por eso la encueradez es honestidad biológica y moral!) fue que, ya desprendidos de lo que les sobraba, vieron que el caballo era yegua, que el elefante era elefanta, y que el camello era camella, ¡qué aportación a la sabiduría bíblica!

“¡Aportación, mis güevos!”, gritaba, desesperado, hundido en el terror de la herejía, el cura Talanquera, e Irenita, que ya le había perdido la reverencia, le contestaba: “¿A ver? Muéstrenos qué armas porta, a ver si es tan muy muy. Ahistá el Juancho, que le puede atorar a las vencidas”.

Enseguida, lo más extraordinario del Nacimiento: San José, completamente peludo (idea de Tiburcio), en cueros; y la Virgen María, desnuda, con las uñas de los pies pintadas así: una verde, una blanca, una roja; una verde, una blanca, una roja; una verde, una blanca, una roja; y la última uña del último dedo del pie sin pintar, aportación de Juventino. Y, ¡y!, el Ángel de la Anunciación,

¡desnuditito también!, con chichis de mujer y pene de hombre, “¡un estupendo andrógino!”, aportación fervorosa y entusiasta de Tentempié.

—¿A que es único nuestro Nacimiento?, ¿qué, no? —Les preguntó Epitafio, pasando por ahí, a los de la cantina de don Cuco.

—No, pos eso sí: lo que es por aquí, nunca se había visto, desde que nosotros nos acordamos, uno de ese jáis... al menos por aquí —le contestaron.

Luego vino la Semana Santa, y con ella un faquir, como en ningún año, como nunca, pero ya el pueblo estaba acostumbrándose a que pasaran cosas como jamás, así que mucho caso no le hicieron. Se tragó unos cuchillos, y todos dijeron que qué chiste, con hambre todo es bueno; se tragó una botella vacía de tequila triturada, y todos los hombres opinaron que la gracia está en chingársela llena, ¡válgame tanta pendejez de pocohombre pa la bebida!; y no sabiendo ya qué tragarse para complacer al “respetable público”, agarró al paso la resortera de Epitafio y los lentes de Poncianillo, y se los tragó.

Encuerados y vestidos hicieron una línea de fuego, y de defensa, como no la hacían desde que quisimos, entre todos los hombres del pueblo, cuando éramos muchachos, raptar a Elfega para Gervasio, una mañanita en que ella había ido, sola, a lavar al río. “Tá bien”, dijo Elfega, “ya me chingué, y me doy por raptada, pero déjenme escoger tantito. Ya que me han de desgraciar, no me desperdicien la virginidá con el sonso del Gervasio”. “Pero si de él se trata”, le replicaron. “De él se trata que él quiera, pero no que yo...”, dijo, suplicante, Elfega. No supieron qué hacer, porque desde que raptaban mujeres para los amigos, nunca una situación donde la

respuesta no fueran arañazos y gritos, mentadas de madre y amenazas, habían tenido que enfrentar. “Métanmele un poco de estupor a la tragedia”, les rogó, y como nadie sabía lo que era “estupor”, aceptaron para no pasar por ignorantes. “¿Qué propones, entonces pues, antes de que te raptemos?” le preguntaron todos por la mirada con la boca de uno, en palabras. “Que si de darlas se trata, y no hay remedio”, dijo Elfega, “prefiero dárselas a don Mendo”. Tabá bien, bien dicho, bien hablado, le dijeron a Gervasio todos, se lo llevaron a la cantina, a la que él quisiera, para consolarlo, a la de don Cuco o a la de don Fulgencio, lo invitaban, sus amigos pagaban la borrachera, que aprendiera a perder, a ser hombrecito, y dejaron a don Mendo haciéndole a Elfega, en el río, a Zeferio.

La resortera de Epitafio y los lentes de Poncianillo fueron determinantes para que, de una cantina y otra, defendieran a uno de sus contertulios, y amenazaran con apretarle el cuello hasta que la respiración se le apagara, al faquir. “Sé no respirar”, les dijo, pálido de miedo. “Cálale”, le contestaron. Y no le entró al reto, y prometió que pagaría los daños de esos dos objetos que desgraciadamente ya había digerido, que le dieran chance, y mientras tanto, dijo Epitafio, ¿de qué comería sin su resortera?, y mientras tanto, dijo Poncianillo, ¿de qué disfrutaría, sin sus lentes? El faquir prometió que, mediante su magia, les devolvería todo con creces. Pensando que “creces” era una palabra para significar “réditos”, Epitafio, el desnudo, y Poncianillo, el vestido, aceptaron.

El faquir, por la mucha necesidad, flaquísimo como estaba, dijo que se enterraría una semana sin comer y sin beber, en un hoyo, en el Jardín del pueblo, a la misma distancia entre una cantina y otra, para no generar desavenencias. Que cobraría un peso por cada

persona que quisiera verlo, y que montaran una vigilancia mixta, de encuerados y de vestidos, para comprobar que no se escaparía ni de día ni de noche, hasta su resurrección el Sábado de Gloria. Se enterró, públicamente, y a través de un vidrio se le podía ver, ahí, en la tumba, y él parpadeaba para probar que seguía vivo y que no era un muñeco de trapo sino una persona.

Cuando los zopilotes se cansaron de hacerle guardia en redondo a aquellos huesos que no se decidían a apestar, revoloteando por encima de él hasta la fatiga, les preguntaron a las águilas qué pensaban ellas, que observaban con sus ojos de águila, y ellas contestaron que seguía vivo, que definitivamente respiraba, los zanates volaron hacia los cuatro rumbos gritando que en Jilotlán de los Dolores se habían vuelto locos, porque habían enterrado a un hombre vivo... La cháchara de los pajarracos llegó a Los Ranchos el mismo Jueves Santo en que Irenita dijo, parando la oreja: “Oigo una niña que llora”. Los zanates repitieron por los alrededores, por las cañadas, por los planes, por las laderas, por los cerros, por los aguajes, por las parcelas: “Oigo una niña que llora, oigo una niña que llora, oigo una niña que llora”.

El Viernes Santo, apenas despuntaba la mañana cuando Cantaquedito, con sus dos botones de la camisa reglamentariamente desabrochados, haciéndole sombra a su mujer Nomeolvides encuerada de una trenza, su hijo Juancho sin sombrero en la cabeza, sus hijas Amfibia y Nereida con su chichi más bonita al aire, y cada uno de ellos, en fila india, con una piedra en las manos del tamaño de su categoría, llegaron a Jilotlán de los Dolores: Cantaquedito, traía un piedronón de la talla de un metate; Nomeolvides, de un molcajete; Juancho, del peso de sus verijas; y Amfibia y Nereida,

una piedra de río según el peso de sus senos desnudos, que era considerable. Hicieron fila ante el faquir, le pagaron a Jaimita el peso de la entrada, y Cantaquedito se asomó a ver por el agujero y el vidrio donde estaba el enterrado, y le sorrajó el piedronón en la meritita maceta, diciéndole a su mujer: “Éste es, vieja”; y Nomeolvides se asomó, lo vio, le aventó su piedra y le dijo a su hijo Juancho: “Éste es, mhijo”; y Juancho imitó a su padre y a su madre, y les dijo a Amfibia y Nereida: “Éste es, hermanas”; y Nereida y Amfibia se dijeron, una a otra, “Éste es”, y le aventaron sus dos piedras del tamaño de sus chichis, para rematarlo.

Sin hacer parada ninguna, se fueron directamente a la iglesia, entraron al curato, las tres mujeres deschongaron a Facunda, por alcahueta, y los hombres, con sus dos ponchos y unos crucifijos tamaño natural que estaban a la mano, hicieron una hamaca, subieron en ella a Coca Cola, la bellísima adolescente que nació enlunada y de dos colores, negro y rojo, que tanto habían escondido para que nadie la ambicionara, porque era original y única con sus manchas rojizas sobre su piel morena, y que el faquir, con sus hechicerías, fue a descubrir y se la robó.

El grupo de cinco, Cantaquedito, Nomeolvides, Juancho, Amfibia, y Nereida, que eran seis contando a su hermana Coca Cola, regresaron, en fila india como habían venido, con Cantaquedito y Juancho cargando en la hamaca improvisada a Coca Cola que dormía, a su rancho. Jaimita vio la oportunidad de quedarse con todos los pesos del faquir recaudados durante la semana, le dio algo para unas misas de “cuerpo ausente” al Padre Talanquera, y le echaron tierra al difunto dejándolo descansar en paz donde ya estaba enterrado por voluntad propia. Ni una crucecita le pusieron: él ni era

de aquí, ni sabían cómo se llamaba. Más le servía el olvido que el recuerdo.

Con ese suceso tan insignificante, se acabó el año, otra vez como todos los años, en Jilotlán de los Dolores, y otra vez, a partir del Lunes de Pascua, vendría el invierno, vendría el verano, vendrían las lluvias, vendría Navidad, vendría la Semana Santa, vendrían los robos de muchachas, aparecería otra jovencita escondida con jiricua, y vendría otro faquir o un curandero o un vendedor de ollas... Porque en Jilotlán de los Dolores nunca pasa nada, todo se repite, y por eso la gente se aburre, en la cantina de don Cuco, en la cantina de don Fulgencio, en la tienda de don Chito...

21. ¡Cómo pasa el tiempo!

Vino el invierno...

—¡Mana! —Le dijo Chihuahua a Funámbula— ¡Parece como si de tu seno fuera a nacer una orquídea morada! ¿Te duele?

—¡Y a ti —le contestó Funámbula a Chihuahua—, parece como si de tu pezón fuera a reventar una pitaya madura! ¿Te duele?

—Es por el frío —les dijo Irenita—: con la edad, eso se cura. Para el frío del año que entra les va a doler menos; y luego, cuando envejezcan, nada.

Pidieron una canela, bien caliente, con piloncillo y alcohol, en la tienda de don Chito, y se arrimaron a tomársela al solecito mañanero.

—Tú tás morao, Zeferio —dijo Juventino—, y yo tengo las patas congeladas del frillazazo.

—Ora sí nos parecemos en algo: en el color —dijo Zeferio, recordando lo que le convenía políticamente: ser medioshermanos.

—Mejor eso que la vergüenza que está pasando Epitafio —dijo Ramsés, castañeando los dientes—, se busca los güevos del pajarito, y nada, ni pío, nomás las plumas le quedaron, y anda asustado.

—¿Qué esperaban para echarse el primer tequila de la mañana, el de “hacer las once”? No, si hasta se les estaba haciendo tarde, ya eran casi las diez. Y don Fulgencio sirvió cinco tequilas, porque ahí estaba también Cástulo, y él, que, como todos los demás, sentía cómo el frío le mordía las orejas.

Vino el verano...

—¿Tienes calor, Poncianillo? —Preguntó Melquíades, con su chamarra de cuero.

—Nadita —respondió Poncianillo, sudando la grasa gorda de su obesidad debajo de su poncho.

—Tamos entrenando pal infierno, ¿verdad, Padre? —Dijo Antioco, que traía puesto un sarape de lana.

—¡No digas herejías, Antioco, que te vas a condenar! —Dijo el Padre Talanquera; tenía el alzacuello empapado de sudor, y bajo la sotana le corrían goterones de agua caliente: Dios le estaba dando una probadita de lo que sería su condena, en carne propia, por sus pecados en carne ajena.

Eso no era nada: vieron pasar a Cunegunda, la madre de Chihuahua, con abrigo de pieles y estola. Iba dejando, tras sus pasos, agua; adentro del abrigo más parecía que hubiera una barra de hielo y no una persona. Uno podía seguir su ruta viendo la dirección del hilito de agua en el suelo, antes de que se evaporara por el calorón.

Don Cuco les preguntó si querían un tequilita. “¡No!”, le respondieron todos, impulsivamente: lo que se les antojaba, nomás por pura ocurrencia, no se fuera a pensar otra cosa, eran unas cervezas bien heladas.

Vinieron las lluvias...

—¡Ora, no charpiés! —Le gritaba, risueña bajo la lluvia, Fuensanta a Justina.

—¡No te vaya a mojar la ropa! —Le contestaba Justina a Fuensanta.

—¡No huyas, cobarde! —Le gritaba doña Refugio Cáritas a don Esteban Cáritas, mientras lo perseguía, bajo la lluvia, con un balde de agua, para empaparlo.

Jaimita, con la cara para el cielo y tragando agua, le contó un secreto a sus amiguitos: que su más grande sueño de niña, en este temporal, se le había cumplido: bañarse desnuda con su papá, don Jaime. No la entendían, porque los niños no entienden a las niñas: toda la energía se les va en hacer crecer la cosa ésa que les crece abajo, y se quedan tontos de los sentimientos.

—¿Y eso qué tiene de...? ¿Qué tiene? —Le preguntó Simploncillo, hijo del difunto Gervasio (el que se ahorcó por Chihuahua) y Naguasflojas (por la que Doménica mató a su marido Juanoto).

—¡¿Cómo que qué tiene de qué?! —Le contestó, enojada de su atolondrez, Jaimita. Luego, sencillamente, le dijo—: Es que tú no sabes lo padre que es tener un padre.

—Sí —dijo él, tristeando—, ha de ser muy padre tener un padre.

—Ey... —dijo Jaimita, que se estaba entrenando para ser cruel, como todas las mujeres, porque algún día sería grande—, lo feo que es ser huérfano, como tú.

—Tú también eres güérfana, porque no tienes madre —dijo Simploncillo, aventándole con el pie agua sucia de un charco.

—Y eso qué tiene: lo feo es no tener padre —dijo Jaimita, escupiéndole en la cara el chorro de agua de lluvia que guardaba en sus cachetes para el ataque final.

—Sinecuanón, el hijo de don Chito y de la esposa de don Chito, sabiendo que él tenía ventaja, quiso entrarle al pleito y vencer.

—¡Éjele, yo no soy güérfano de nada, porque tengo papá y mamá, lero-lero!

No sabía con quién se metía. Nomás a Simploncillo calló, pero no a Jaimita.

—A ver, si tanta madre tienes, ¿cómo se llama tu mamá?

Sinecuanón no supo responder. Y se echó a llorar.

Las mujeres son terribles, desde chiquillas, en Jilotlán de los Dolores, por eso traen en chinga a los hombres, según se ha visto ya.

Vino la Navidad...

—Qué desfachatez —dijo Tercicio— ¿en qué cabeza cabe un Nacimiento de encuerados? Y ahí anda mi sobrina Funámbula... Ay, entre más buenas más pendejas...

—¡Dios va a castigar a este pueblo con su rayo justiciero por burlarse de su Pesebre de Belén! —Dijo, verdaderamente asustado, el Padre Talanquera.

Nabor, que andaba muy llevadito últimamente con Talanquera, le dijo:

—Acá entre hombres, Padre, ¿a poco a usted nunca se le antojó ver a la Virgen desnuda? Pos ahí la tiene, nomás voltié pal Jardín.

Talanquera se persignó, y ahí mismito, en la cantina de don Cuco, cayó de rodillas, abatido por sus culpas.

Antioco lo remató:

—¡Ah qué bonito es ser hombre!, ¿verdad, Padre? —Le dijo, citando sus propias palabras— ¡Ora atórele a la vida, como los meros machos!

Sánscrito quiso dar su opinión:

—A mí lo que no me cuadra, lo que deatiro no me entra —dijo—, es ese ángel con chichis de hembra y pito de varón; ¡pa qué las dos cosas en uno mismo! ¿Qué les costaba poner un ángel con pito y un ángel con chichis, y así hasta tenían la parejita?

Vino la Semana Santa...

—Quel Gervasio se fue a raptar a Elfega, y don Mendo fue el ganón —contaba el hijo de Balandrón y de Nonamia, Itzael, por

los ranchos, cuidando sus palabras para que no entendieran los niños y los pollitos—. Quel Poncianillo ya no tiene sus lentes de sol y Epitafio tampoco tiene ya resortera. Que los encuerados... pues siguen encuerados; y los vestidos... pues también siguen vestidos.

—¿No hay niuna otra novedá? —Le preguntó a solas Juancho, el hijo de Cantaquedito y Nomeolvides.

—Como no sea que Romelia sigue diciendo que yo soy su hijo...

—No, Itzael —lo apuró Juancho, el hermano de Amfibia y Nereida—, ¡otra, algo otra novedad!

—¿Se te perdió algo o qué? —Empezó a desconfiar Itzael. Pero como era tan correveidile, soltó el chisme— Sí, algo que parece ser cosa del diablo...

Juancho corrió para el rancho de su familia:

—Apá, ya apareció el faquir. Está en el pueblo. Se enterró, como él sabe hacer siempre.

—Tá güeno —dijo don Cantaquedito, con su voz cantarina que apenas se oía—. Ni modo que se mueva de ahí. —Y dio la orden—: ¡Vamos por Coca Cola!

Inmediatamente encabezó la fila india de cinco personas rumbo a Jilotlán; detrás de él, Nomeolvides, Juancho, Amfibia y Nereida.

Sánscrito, desde la cantina de don Cuco, muy pensativo, veía pasar las cosas, que se van yendo, como las nubes, como el sol, como las vacas, como la hormiga que de vez en cuando viene, se asoma para

dentro de la cantina, y se va... Así, solo con sus pensamientos, vio pasar la fila india aumentada a seis, Cantaquedito, Nomeolvides, Juancho, Amfibia, Nereida, y la más chica, Coca Cola. Vio pasar a un curandero con sus yerbas para todas las enfermedades; vio pasar a un vendedor de ollas y cacerolas y pocillos y braceros de hojadelata; vio pasar al que le dicen Hilo Lacre, que vende hilos, agujas, géneros, hilazas, dedales, listones, paliacates; vio pasar a un maritatero, de esos que venden todo tipo de chucherías, pasadores, pinzas para la ropa, jeringas de inyectar, piedras pómez y piedras de amolar, resorterías, pólvora y municiones para las carabinas, sombreros, huaraches, navajas, lavativas, lentes para el sol, espejos, tintes para las canas, lápiz labial y rojo para los cachetes, rosarios de pétalos de rosa, ampolletas con sangre de Cristo o con lágrimas de la Virgen María, y suero antialacránico... Y viendo lo que veía, como si soñara, como si viera todo sin ver nada, se siguió acordando de Funámbula: si ella no se hubiera hecho del lado de los encuerados, ya estuviera él casado con ella, y hasta algún chilpayate tendrían...

—¡Válgame Dios! —Se dijo, suspirando— ¡Cómo pasa el tiempo!

22. Otras temporadas: los lentes y la guerra

Ni temporada de invierno, ni de verano, ni de lluvias, ni de Navidad, ni Semana Santa, sino una nueva temporada, nunca antes vista, vino a darse, para asombro de la meteorología: “la temporada de los lentes”. Eran las secas, tiempo de lentes de sol.

El día en que se inició, de manera oficial, esa temporada, fue precisamente cuando, haciéndose los interesantes, Poncianillo, Sánscrito, Indalecio, Antioco, Tercicio, Nabor, y Melquíades, caminaban en formación de línea, ocupando desde la banquetta hasta media calle, presumidamente, “partiendo plaza”. El Padre Talanquera, atrasito, como apenado, también iba con ellos. Don Cuco no iba, porque no puede dejar la cantina sola, aunque podría porque todos sus clientes eran todos los que caminaban,

orondos, arrogantes, sintiéndose de Ciudad, con sus lentes negros. Poncianillo traía unos lentes puestos, y otros, que le encargó don Cuco, en el bolsillo.

Le dieron la vuelta a la Plaza, igualito como hace la banda de guerra en el aniversario de la fundación del pueblo. Pasaron frente a la tienda de don Chito, donde las viejas argüenderas habían salido a ver a quién le ladraban tanto los perros, alarmados porque nunca habían visto a gente con ojos negros, igualitos a los de los fantasmas, los aparecidos, y los muertos.

En fila se pusieron, afuera de la tienda, recargadas en la pared, doña Refugio Cáritas; Balbina, la nana de Indalecio; la esposa de don Chito; Irenita, la viejita; Justina, la fea; la maestra Martelina; y Zoila, madre de Gervasio. Pasaron los enlentados peinando la calle y, al llegar a la tienda, fingiendo la conducta de un pelotón militar, voltearon la cara a un tiempo hacia ellas, como los soldados voltean a ver la bandera.

“¡Cómo no se cáin, con los ojos tapados!”, dijo Irenita. “¡Órale, éstos qué tanto nos ven!”, dijo Justina. “¡Qué nos van a ver”, dijo doña Refugio Cáritas, “si tráin puro negro delante de la vista!”. “Y entonces, ¿por qué se nos quedan viendo tanto?”, dijo Zoila, la madre de Gervasio. “Y como con gusto y revisándonos, y barriéndonos, y dilatándose en los mejores lugares de cada una”, dijo Balbina, la nana de Indalecio. “¡Zape, zape, moscardones!”, quería decir la esposa de don Chito, pero algo bonito sentía en la piel que le estaba gustando. “¡Tarugas!”, les dijo la maestra Martelina, se abalanzó hacia Poncianillo, le arrebató los lentes que llevaba en la bolsa de la camisa, se los puso, y luego hizo que cada una de las mujeres se los pusieran, vieran por sí mismas que sí se veía, ¡clarito

se veía! ¡Y hasta mejor se ve sin el encandilamiento del sol! ¡Esos cabrones se las habían estado saboreando a su gusto, y ellas de pendejas ahí, recargadas en la pared, como en vitrina de tienda, pensando que ellas los veían a ellos, vestidos, y ellos a ellas no, encueradas, mientras les habían inspeccionado, a su antojo, hasta el fundillo los hijos de la chingada!

Irenita se echó un pedo a manera de insulto, y fue como la orden de ataque porque todas se armaron de piedras y comenzaron una persecución vengadora que no terminó sino hasta el refugio militar de la fortaleza-cantina de don Cuco, donde cerraron la puerta y la ventana sobre las que seguían lloviendo proyectiles.

“¡Pocohombres!”, les gritaban las mujeres enardecidas, “¡nosotras somos damas decentes, no güilas!”. Dado que iba atrás y la sotana no le dejaba correr tan rápido como los que traían pantalones, ni tan ligero como las desnudas, al cura Talanquera le cerraron los fugitivos la puerta en las narices, y ahí mismito presintió que lo dejarían como santocristo. “¡Por Cristo, Nuestro Señor!”, dijo, y abrió los brazos en cruz. “¡Y por Su Santísima Madre!”, le contestó Irenita, y con la maña que dan los años y tanto cuinique que había descabezado en la siembra de su papá, le metió un pedradón en medio de las dos cejas y le rompió el oscuro objeto del deseo, los lentes. Y en el suelo lo siguieron lapidando. “¡Judías, musulmanas, macabeas, filisteas, súcubas!”, les gritaba Talanquera, y ya le rompían la nariz, ya le sangraban la oreja, ya le tumbaban un diente, ya le apachichaban un ojo, y a cual más intentaba inutilizarle los güevos. Pero como no entendían las palabras que él les gritaba, y repetía: “¡Judías, musulmanas, macabeas, filisteas, súcubas!”, ellas,

no sabiendo bien a bien qué contestarle, cuando ya estaba desmayado, le gritaron, en respuesta a sus insultos: “¡La tuya, cabrón!”.

Pero el coraje no se les quitaba. Ahí fue donde se les apareció Jaimita, siempre tan oportuna, que había disfrutado el espectáculo de su venganza, desde la mejor atalaya: el kiosco de la Plaza Municipal, porque se la tenía guardada al curita Talanquera, desde que le chismeó a su papá, don Jaime, en tiempos de antes de los encuerados, la confesión que ella le hizo de que le gustaría bañarse desnuda con su papá.

“¿Saben de dónde sacaron los lentes?”. “¿De dónde?”, le preguntaron furiosas. En otras circunstancias, Jaimita no hubiera delatado al maritatero, pero también se la debía: sin las jeringas que él vende, nunca Tentación le hubiera puesto a ella ese piquete que le dolió tanto. Extendió el brazo como el Ángel Exterminador, señalando hacia el portal. Desde ahí se veía el maritatero, risueño, con su boca todavía llena de dientes. Endiablada, la horda arrancó dispuesta a matarlo. Se contuvieron, momentáneamente, porque Epitafio, el suave, el caballeroso, el amable Epitafio, el fumador, estaba ahí, con su pájaro que había emplumado con los colores de las uñas de Tentempié, comprándose una resortera, “porque, sabe usted, la que tenía se la comió el faquir, y las señoras vacas opinan que sin mi resortera no parezco yo, y además no como, ni puedo llevarle sus pajaritos para la cena a la señorita Fuensanta”.

Las iracundas mujeres, doña Refugio Cáritas, Balbina, la esposa de don Chito, Irenita, Justina, Martelina, y Zoila, tuvieron tiempo de recapacitar, mientras Epitafio compraba su resortera y acababa de explicarse. ¡Qué idea tan luminosa! Cada una de ellas pidió una resortera, más otra de regalo para Jaimita que les dio la

información, las pagaron con dinero que Sinecuanón fue a traer de la caja de la tienda de don Chito (ya la esposa de don Chito les apuntaría la deuda, cuando pasara la emergencia), y acto inmediato seguido, pisotearon todos los lentes de sol que le quedaban al maritatero, le rompieron los dientes (“pa que se riera mejor”) con la mano del metate que Simploncillo trajo de casa de su mamá, Naguasflojas, lo subieron a su mula con sus tiliches, lo amarraron, le vaciaron el petróleo del quinqué de Fuensanta (era la que quedaba a la mano: estaban en su portal) a la cola de la mula, le prendieron fuego con el cigarrillo de Epitafio, y durante semanas Itzael anduvo divulgando, por los ranchos, que él había visto una centella atravesar los cerros, como alma que lleva el diablo, quemando los coamiles que amarilleaban de secos, y era, él es testigo, el mismísimo demonio, porque ningún humano ni bestia pueden correr, en medio de la noche, a esa velocidad.

Mientras los de la cantina de don Cuco, aprovechando la retirada (momentánea) del enemigo, recogían a la única baja de esa batalla, al cura Talanquera le ponían tequila en la oreja, en la nariz, en la nuca, “En el nombre del Padre”, decía Antioco, “Y en el nombre del Hijo”, decía Melquíades, “Y en el nombre del Espíritu Santo”, decía Nabor, Talanquera suplicaba que le pusieran también en la boca, “En el nombre de las Once Mil Vírgenes, que me amparen”, una copa de tequila, porque se moría de sed.

Armadas de sus resorteras, las mujeres de la tienda de la esposa de don Chito, idearon e implementaron una estrategia. Le hicieron jurar a Jaimita que se callaría. Juró. Frente a la cantina de don Cuco, como cualquier día sin novedad, lloviera o hiciera sol, fuese verano o invierno, Semana Santa o Navidad, Funámbula se paró,

chiflando, frente a la ventana. De adentro se oyeron los chiflidos y se alborotó la gallera. Sánscrito quiso abrir la ventana, pero no lo dejaron. La desconfianza, en estas circunstancias, es buena consejera. Don Cuco se asomó por un agujerito que él tiene escondido, en la pared, detrás de un calendario. Ningún ataque posible se veía, “a tiro de piedra”. Tranquilamente podían seguir tomando tequila hasta que la borrachera le quitara lo moribundo al padrecito éste al que le acaban de dar en la madurez la lección de macho que a otros nos dan en la juventud.

Indalecio, que es muy “científicamente curioso”, fue hasta el “punto de observación” de don Cuco, detrás del calendario, y regresó con una conclusión: Funámbula no estaba sola, conversaba con Chihuahua, y a las dos se les podía ver por el orificio estratégico: él, objetivamente, se quedaría con la parte de arriba de Chihuahua, y con la parte de abajo de Funámbula. “Pos si es mandada a hacer, mándala a hacer”, le dijo Nabor. “Tú qué sabes de sirenas si nunca has nadado con pescaditos”, le contestó Indalecio, pedante. “No a todos nos abre la puerta Tentempié”, lo provocó Melquíades. “Déjense de apalabramientos”, dijo Antioco, “que en el otro poste del portal, aquí enfrentito, que casi se pueden tocar con la niña del ojo de lo cerca que están, Fuensanta y Mariana, volteando pacá porque no malician que las estoy viendo por el agujerito, están de lo más, de lo más... de lo más... ¡buenísimas!”.

Eso sí que era una tentación que ninguno, por cobardía, estaba dispuesto a soportar. Se precipitaron, armas en alto, es

decir, enfundados en sus lentes, hacia la ventana y hacia la puerta, que abrieron de par en par. Un pedradón en la frente, sentó a Poncianillo con toda su gordura de nalgas en el suelo, y en la garganta un proyectil le pulverizó la manzana de Adán a Antioco. A Sánscrito le estrellaron en la mano su copa de tequila y los vidrios cortaron carne y tendones. Tercicio, desde ese día, se quedó tuerto. A Nabor se le metió por un oído una piedra minúscula que jura le salió por el otro lado. Melquíades oyó cómo una de sus costillas hacía “crac” y lo doblaba, como se doblan los árboles viejos. “¡Pecho a tierra!”, gritó don Cuco, capitán de navío, cuando ya la derrota era total: nadie quedaba de pie, únicamente las botellas que estallaban, una a una, regando su contenido, para condenar a los sitiados a padecer sed.

“¡Fuego!”, gritaba Jaimita, y una bandada de resorterazos picoteaban el vidrio, lo hacían reventarse, y el júbilo de la victoria bailoteaba en las astillas. “¡Fuego!”, volvía a oírse, y el miedo abrazaba a los caídos de la cantina de don Cuco. Entre el despiadado ataque de las resorteras, apareció Ramsés, que conocía las entradas a su casa por el corral de atrás, desnudo pero pintado de negro para que no lo identificaran sus amigos; constató que todo eran bajas y la batalla estaba perdida, y le dijo a don Cuco: “¡Usted ágachese, acá!”. Se arrastró entre las piedras que volaban agresivas y veloces, y cerró la puerta y la ventana, contra las que seguían estrellándose, con un ruido sordo, las piedras de los resorterazos de las mujeres enfurecidas.

Todos, en el suelo decían, a coro, “¡Ay!”. Sólo don Cuco, sin más preguntas en la boca que su miedo, le dijo a Ramsés, su salvador: “¿Por qué, mhijo?”. “¿Por qué no, acá?”, le contestó Ramsés y

salió corriendo, mientras se despintaba su camuflaje, hacia la trinchera del ejército enemigo, antes de que notaran su ausencia, y lo acusaran de traidor.

23. El desmayo. Poncianillo

Un día, Zeferio se encaminaba rumbo a la cantina de don Refugio, y al atravesar el Jardín de la Plaza, cerquita de donde está enterrado el faquir, azotó de repente. La mancha en el gaznate por la que lo reconocemos se le volvió más mancha. Y se quedó quieto, tirado de espaldas, con el pito pal cielo, aunque inconsciente también él.

—¡Ah, caray! —Les dije a todos.

—¿Qué?, ¿vas a decir que ya estás pedo, Poncianillo? —Me preguntó Tercio.

—¿O que ya llegó Navidad y hay un Nacimiento de encuerados? —Dijo Antioco.

—Pior, creo —les dije.

—¿Qué puede haber de peor que tener un pueblo dividido absurdamente entre encuerados y vestidos? —Preguntó Indalecio.

—Una nueva epidemia —le dije, serio, porque lo que yo acababa de ver desde la ventana ellos todavía no lo veían.

—¿Se prepara otro ataque del enemigo? —Preguntó Nabor.

—Como no sea otro pleito entre encuerados y vestidos por querer, los unos, vestir el Cristo del templo, y los otros desvestirlo —dijo el Padre Talanquera—. Lo tuve que esconder.

—Se me hace que va a haber problemas... —les dije.

—Ya suéltala, Poncianillo, ¿por qué te gustará tanto hacerle al misterioso? —Me dijo Sánscrito.

—Azotó Zeferio. Miren.

Melquíades se asomó y, efectivamente, vio a Zeferio azotado.

—¿Y? —Dijo.

—Ques mala señal —les dije a todos.

Fueron hacia la puerta, y regresaron diciendo: “Sí, ahistá tirado”, “sí, se ve tieso”, “sí, como dormido”, “dirás, como muerto”, “o como perro asoleándose”, “será como lagartija panzallena”...

—Vamos a ver qué es lo que es —propuso Indalecio, objetivamente.

—¿Y si es una trampa? —Preguntó Nabor.

—Pa que salgamos y agarrarnos a resorterazos en descampado —dijo Tercicio.

—Todo puede ser... —dijo el Padre Talanquera, que era el que más miedo tenía porque fue el que salió más mal parado en la última batalla.

—Yo veo la cosa muy fea —les dije—, muy fea.

—¿Y eso, por qué tanto? —Me preguntó Melquíades.

—Porque —les dije a todos alzando la voz—: se acuerdan que primero se encueró Juventino, y no pasó nada. Ahí murió la cosa. Capricho de rico y punto. Pero cuando se encueró Zeferio se desató el contagio: la gente empezó a encuerrarse, hombres, mujeres, y niños...

—Curas no —dijo el Padre Talanquera, haciéndose el chistosito.

—Pos eso dirá usted, pero según sabemos, cuando menos de la cintura pa bajo sí se encueró uno que yo estoy viendo, y delante del Cristo mudo del templo, a quien pongo por testigo, y a Facunda, que sí habla —dijo Nabor, que cada vez le cargaba más la mano al padrecito, quien se puso colorado.

—Total, que desde que se encueró Zeferio, empezaron a encuerrarse los demás... —les dije, pensativo.

—¿Y cuál es tu conclusión? —Preguntó Indalecio.

—¡Ey...! —Dijo Antioco, provocándome.

—Pos que malicio que si las cosas se repiten, y en Jilotlán de los Dolores siempre se repiten, ahora nos va a caer una epidemia de desmayados —les dije, inquieto.

—Y entonces, según tú, —dijo Indalecio— ahora iríamos a tener una nueva división, o subdivisión, entre desmayados y no-desmayados. ¿Me equivoco?

—¡No, qué va! —Dijo Sánscrito, burlón— ¡Tú nunca te equivocas!

—¡Nomás se calla! —Completó Nabor— Como cuando los lentes de Poncianillo.

—Oigan —intervino don Cuco desde detrás de la barra—, en lugar de tanta platicadera y tanto buscarle explicaciones de aquí pal

futuro, ¿no convendría que se asomaran pa ver si el Zeferio vive o muere?

“Sís cierto”, dijimos todos, y sin medir el peligro fuimos a ver al Zeferio, que estaba rojo por el sol, pero respiraba.

—Muerto no está —dijo el Padre Talanquera.

—¡Pues échele la bendición pa que diuna vez se muera y se vaya al cielo! —Le dijo Nabor al Padre.

—¡Al cielo no van los encuerados! —Respondió, furioso, Talanquera. Y le echó agua bendita.

—¡Ahdió!, ¿a poco las almitas entran al cielo vestidas? —Dijo Antioco.

Mientras algunos le hacíamos “casita” para protegerlo del sol, y discutíamos, con los tragos en la mano, otros, más prácticos, se movieron: Indalecio fue a avisarle a Elfega, la mamá de Zeferio; Melquíades fue por su mujer, Tentación, que sabe ayudar en los partos y poner inyecciones; y don Cuco vino con un pañuelo con agua fría y un trapo con tequila.

Primero llegó don Cuco, le puso el pañuelo en la frente, y el trapo en los labios.

—¡Eso es remedio pa crudos, no pa desmayados! —Lo criticó Tercio.

—Mejor póngale tequila en el pito pa que le arda y se despierte —dijo Antioco—. A los dormidos les hace uno así, y se despiertan y echan a correr, y no paran hasta el río.

Tentación llegó como ambulancia, y le puso, sin voltearlo, en el muslo cerca de los güevos, una inyección de suero antialacránico.

—Yastá —dijo—. Si le picó un alacrán no se va a morir.

—Pero si ni siquiera sabemos si le picó un alacrán —dijo Antioco.

—Pos por eso le puse la inyección —dijo Tentación, la esposa de Melquíades—, así lo vamos a saber: si no se muere, era eso; y si se muere, pues quién sabe qué sería.

—A lo mejor que ya le tocaba —dijo, solemne, Sánscrito.

Cuando los encuerados empezaban a rodear el Jardín con desconfianza, temiendo que le estuviéramos haciendo algo a su desnudo Zeferio, llegó, rompiendo el cerco, Elfega, con Indalecio.

—¿Qué tienes, mhijito? —Le decía, sacudiéndolo.

—Señora —le dijo Indalecio—, ¿cómo quiere que le conteste, si está inconsciente?

Y ella, que estaba fuera de sí, le contestó, a gritos:

—¡A una madre un hijo le responde siempre, esté o no esté, ande lejos o a su lado, vivo o muerto, a como dé lugar le tiene que decir: “mande usted, amá”!

Obdulia, la guapa Obdulia, se abrió paso para verlo a su gusto, le miró lo de abajo y se le salió decir, como una receta de médico:

—¡Pos el difunto bien vale mi parcela! —Lueguito se dio cuenta de la metida de pata, y se fue taconeada pa su casa, a encerrar su vergüenza, pa que no le diera el aire de la maledicencia.

Como aquello ya anunciaba alerta de resorterazos, con gente que iba y venía, y gritos, y uno tirado en el suelo que parecía una baja, los policías abandonaron la siesta y se resignaron a intervenir. Eran nomás dos, los policías de Jilotlán de los Dolores, y a cual más de inútiles, Mariguana mentaban a uno, y Narcotráfico al otro, porque los dos le prometían, a cada reelección de don Mendo, controlar la mariguana y acabar con el narcotráfico: acabar

con el narcotráfico, pa que la mariguana ya no saliera del pueblo; y controlar la mariguana, pa venderla nomás ellos: a Irenita, pa las reumas, y que se la fumara; a Cunegunda, la mamá de Fuensanta, pa que la pusiera en alcohol y se la untara en la cara que quiere que se le destuerza, de las dos que tiene.

—Permiso —dijeron—, que la Ley llega.

—¿Cómo no dijeron eso cuando nos atacaron a mansalva las resortereras de las encueradas? —Les preguntó Indalecio.

—La Ley es respetuosa de las desaveniencias civiles —le respondieron.

—¿Y de las *desaveniencias* bélicas? —Les replicó Indalecio.

Ninguno de los dos conocía la palabra “bélica”, así que procedieron a examinar, en directo, al NN Masculino, que se presume responde al nombre de Zeferio, aunque en sus ropas no se le encontró ninguna identificación.

—Ni ropas —dijo Nabor.

El acontecimiento vació primero nuestra cantina, la de don Cuco, porque, arriesgando el pellejo, fuimos a auxiliar a un enemigo; luego vació la cantina de don Fulgencio, porque ellos pensaban que estábamos tomando de rehén a uno de los suyos, a Zeferio; después vació la tienda de don Chito, porque las viejas seguían buscando pretexto para agarrarnos a resorterazos. Tanto escándalo rebotó hasta la casa de Mardoño, el Juez de Paz, que corrió a la casa de don Mendo para quejarse de que en este pueblo ya no se podía dormir tranquilo a la hora del día que uno quisiera, y se encaminaron al Jardín, a poner orden.

—Que lo metan a la cárcel, que lo encierren —dijo don Mendo, contrariado.

—Ahí se le pasará el soponcio —dijo Mardoño—, y mañana podrán sacarlo a barrer.

—¡Que barra tu madre! —Le gritó Elfega.

—Respete a mi madre, señora, que está muerta —le dijo Mardoño.

—¡Se habrá muerto cuando vio que le nacías tú, engendro! —Vociferó Elfega, porque Mariguana y Narcotráfico arrastraban de los pies a Zeferio, raspándole la espalda y la maceta en el empedrado.

Don Mendo quiso justificarse ante los presentes:

—El muchacho es mala sangre —dijo—, ya nos ha causado muchos problemas.

—La malasangre que trae tuya, cabrón. La única malasangre que ha entrado en mi vientre —dijo Elfega.

Como total respuesta, don Mendo dijo:

—Mañana será otro día...

Elfega le contestó, mirando al pueblo entero, vestidos y encuerados por parejo:

—Si los gatos volaran...

Nadie supo si había que responder o no, hasta que oímos la voz de Epitafio quien, de nuevo con su resortera al cuello, pero ahora con los lentes de sol que se compró aprovechando que los vendía el mismo maritatero, dijo:

—Si los gatos volaran... ¡Pues no habría pájaros!

Como ya ninguno de nosotros tenía nada qué decir, cada quien se regresó a su refugio: las de la tienda de don Chito, pallá; los de la cantina de Fulgencio, pallá; y nosotros, los de la cantina de don Cuco, pacá.

24. Los viudos

“¡Viudas las arañas!”, gritaba Elfega, a quien no se le acababa el coraje ni con el cambio de capítulo: ¡otra vez su hijo barriendo la calle! ¿Qué quería hacer el cabrón de Mendo de su hijo Zeferio?: ¿una sirvienta?, ¿un marica? ¿Así como a ella la hizo viuda, por capricho? Ella no es viuda, porque nunca ha sido casada, fueron las habladurías de Mendo, que la gente se creyó porque le creen todo, las que la hicieron viuda. “¿A ver? ¿On tá el marido? ¿On tá enterrao? Busquen de tumba en tumba en el Panteón de Arriba, y hasta en el Panteón de Pueblo Viejo, el que destruyó el volcán, y cállenme el hocico si hallan una lápida, una solita, que diga ‘Fulano, o Zutano, o Mengano, o Perengano’, ‘viudo de Elfega, muerto está aquí’, o cuantimeno ‘Fulano, marido de la viuda Elfega’. Y cuando no lo jallen, les voy a volver a preguntar, tonces, ¿dónde está la

viuda Elfega, de dónde salgo viuda yo? Puras maromas del machincuepero de Mendo pa no aceptar que me agarró nuevecita, que él me estrenó. ¡Mejor me juera ido con Gervasio, y él no le juera hecho un hijo, el Simploncillo, a Naguasflojas, ni se juera enamorado de Chihuahua, ni se juera colgao por ella, y entonces yo sí sería viuda de a deveras, viuda de Gervasio! ¡Pero no! La pendeja Elfega quería macho fino. ¡Y macho fino tuvo! ¡Todos los finos son cabrones!”.

Gritaba. Y le tomaba al tequila, directamente a la botella. Andaba tomando, decía, andaba emborrachándose, “para decir la verdad”.

—¡Viudas las arañas! —Gritaba, y se detenía de una banca del Jardín para no caerse— ¡Y de aquí no me quitan hasta que amanezca y salga mi hijo a barrer!

Ya era de mediodía para abajo y no sacaban a Zeferio a barrer, por más que Elfega les gritaba: “¡Órales, Mari y Narco, ya saquen a mhijo que tengo hartas ganas de verlo... Ay, cómo se parece a Mendo!”. Y no lo sacaban porque seguía dormido, ¿y cuándo se ha visto que un dormido barra?

Por ahí pasó Epitafio con su humo, dejando un reguero de plumas de pájaros ajenos y de su pájaro propio, y le preguntó:

—Que por qué son viudas las arañas, señora Elfega, le mandan preguntar las vacas, con muchos saludos.

—Las arañas son viudas por viudas. Y también por negras. ¿Qué no ha oído hablar de las Viudas Negras, muchacho? Eso ve y diles. —Y se echó a llorar.

Y Epitafio, muy obediente, se fue a llevarles el recado a las vacas, para que se les despejara pronto la duda.

Elfega se levantó de la banca, bajo el solazo, y atravesó la calle hasta la cantina de don Fulgencio. Ahí estaban, como siempre, Juventino, Cástulo, Ramsés, don Chito, Jaime, Tiburcio, Esteban Cáritas... “Ah cabrón”, dijo de pronto, mientras los mentaba, “¡me falta uno!”. Volvió a contarlos: “nomás veo ocho, y ustedes siempre son nueve. ¿Qué pasó? ¿Quién me falta?”.

—Falta Zeferio, tu hijo, Elfega —le dijo Esteban Cáritas, amistando.

—Tú ni me hables, cabrón, que tú sí eres viudo... viudo de nacimiento —le dijo a Esteban Cáritas.

Luego, riéndose súbitamente, les dijo a los demás:

—Este cabrón que no ha parido nunca me quiere dar consejos de lo que yo ya sé: ¡cuándo se le va a escapar a una madre que el que falta en la cantina es su hijo! —Y, sin transición, cambió de semblante: se puso sombría— ¿Y saben por qué Esteban Cáritas no preña a Refugio Cáritas, su mujer? ¿No saben? ¡Pues porque no tiene apellido que heredar!

Mentía, y sabía que mentía, y lo hacía por ofender: Esteban y Refugio Cáritas tienen una hija, Emilia Cáritas, y de ella un nieto, Título Cáritas.

Se quedó silenciosa. La miraban feo, pero ella no se daba cuenta de que estaba hablando con los encuerados, los enemigos, y que ella era una vestida. “El mundo se está volviendo al revés”, dijo, en un suspiro.

—Vete a la cantina de don Cuco, Elfega —le aconsejó, paternalmente, Tiburcio, el loco, para evitar un enfrentamiento entre encuerados y vestidos, que habían prometido no dirigirse la palabra entre ellos.

—El mundo se está volviendo al revés, Tiburcio: las mamás se desesperan, se preocupan, y lloran, porque su hijo está en la cantina; yo me desespero, me preocupo, y lloro, porque mi hijo no está en la cantina.

Nadie le contestó, para que ahí acabara la plática y se fuera con su borrachera a otra parte.

—Daca pacá una botella de tequila, Fulgencio —dijo, y no le hicieron caso—. Tengo con qué pagarte, ¿a poco también se tragarón la habladuría de que Mendo me tiene abandonada y no me da dinero? ¿Iba yo a vivir del aigre, o qué, teniendo un crío del merito Presidente Municipal?

—Vete pa la cantina de don Cuco —le dijo Ramsés, el hijo de don Cuco—, tú eres de aquel bando. Nosotros ni siquiera te tendríamos que hablar.

—Ah, cabrón, ¿y eso por qué? Ora qué les hice —dijo Elfega, sinceramente despistada.

“Por borracha”, le tuvieron que explicar, para que se fuera:

—Esta cantina —le dijo Jaime, el padre de Jaimita— es de encuerados, de encuerados, ¿qué no ves?

—Ah, cabrón, pos si están todos en pelotas... Y ninguno la tiene como el Juancho de grandota... —se rascó la cabeza, luego constató—: ni tan chiquita como Mendo...

Juventino, el hijo de don Mendo, se sonrojó. Los otros nomás le vieron la cara, para que no se apenara de sobra.

—Y tú estás vestida, mujer —le aclaró don Chito—, así que tienes que irte a la cantina de los vestidos, la de enfrente, del otro lado del Jardín.

—¡Nhombre! —Protestó Elfega— ¡Si con trabajos llegué hasta aquí! ¡Ni a gatas llevo hastallá!

—Pos aquí no servimos a vestidos —le dijo don Fulgencio, con su autoridad de dueño de la cantina.

—¡Faltaba más! ¡Eso se arregla! —Y empezó a desvestirse con torpeza— Tá más fácil que me encuere a que vaya hasta el otro lado del Jardín.

Y se encueró todita, menos las tobilleras, porque ella es muy friolenta de pies.

Estaba buena todavía la Elfega, se dijeron unos a otros con los ojos.

—¿Eh, cabrones, qué tal? —Les preguntó, mejor dicho, les afirmó, orgullosa de su cuerpo— Ora sí, cabrón, dame una botella de tequila, y vámonos poniendo a platicar.

Ya nadie pudo contradecir nada. Con la condición de que se quedara afuera, porque en las cantinas no se admiten mujeres, le entregó don Fulgencio la botella, a la que Elfega le dio un trago largo de sedienta, se secó las babas con la muñeca de la mano, y se le dibujó una sonrisa divertida: “¡La cara que va a poner mi hijo cuando salga del bote y vea que su madre es una encuerada, que se puso de su lado!”.

—¿Y por qué decías hace un rato, Elfega, que Esteban Cáritas era viudo o algo así, cuando todos sabemos que tiene a su mujer, doña Refugio, y vive todavía? —Le preguntó Cástulo, el feo, por sacarle conversación, puesto que ella ya era de los suyos, y había que hacerle caso, aunque estuviera borracha.

—¿No le hallas? —Le preguntó Elfega— En este pueblo de chismosos todos se hacen güeyes: como si no supieran lo que saben.

Esteban Cáritas se quería ir. Pero, ¿para dónde? En Jilotlán de los Dolores sólo había dos cantinas: la suya, a la que él pertenecía; y la otra, la de los vestidos, donde no lo iban a dejar entrar. ¡Ni modo que se fuera con las viejas a la tienda de don Chito! Se tenía que aguantar que Elfega le dijera lo que todo el mundo dice, pero nunca se lo ha dicho nadie delante de él, hasta hoy.

—¿Pos qué no ven que Cáritas no es un apellido que venga de padre? —Comenzó a explicar Elfega— Es como un sobrenombre... un... ¿cómo le dicen? Pa que me entiendan... Es como decirte a ti, Cástulo el de Justina... O a ti, Jaime, el padre de Jaimita... O a ti, Juventino, el diecinueve. ¿Me entienden? Qué casualidá que aquí en el pueblo todos nos decimos nomás por nuestro nombre, que Tiburcio, que Fulgencio, que Zeferio, sin otro apelativo; entonces, qué casualidad que él siempre dice de él “Esteban Cáritas”, completo, y de su mujer “Refugio Cáritas” también completo.

Era cierto, pensaban todos, pero no se habían fijado.

Ya se le estaban cayendo a Elfega los párpados de la plática; las niñas de sus ojos ya se querían ir a dormir. Así que apuró la lengua, para terminar antes de quedarse tirada ahí afuera de la cantina.

—¡Pos es que los dos vienen de un güerfelinato! ¿Y el güerfanatorio ése onde los recogieron y los criaron lo cuidan una monjas que les llaman “Cáritas”, por la caridá que hacen a los niños que andan vagamundeando como perros sin dueño!

Esteban Cáritas hacía pucheros, como de angelito regañado.

Elfega remató:

—Por eso les decía —dijo, aunque no les hubiera dicho; ya se le enredaban las ideas entre los entramados de la borrachera— que por más que busquen en el Panteón de Arriba, en el Panteón

de Pueblo Viejo, y hasta en los entierros de la iglesia, no van a encontrar jamás nunca un letrado que diga “aquistá el papá, o la mamá, o los dos, de Esteban Cáritas, o de Refugio Cáritas”, o de los dos, porque según yo sé son hermanos...

Hubo un silenciamiento general. Hasta los caballos se callaron, para no hacer ruido con los cascos, y oír.

—Por eso les decía que son viudos como yo... como las arañas... como las Viudas Negras... ¿me entienden...? —Vio que su botella se la había terminado, y apenas alcanzó a decir—: ¡Ah cabrón!, se me acaba de acabar. —Y se quedó roncantemente dormida, tapando la puerta de la entrada a la cantina.

Esteban Cáritas lloraba, quedito...

25. Indalecio

Poncianillo y Sánscrito se echaron un volado. Ignoro para qué. Pero seguro estoy de que estaban tramando algo. Poncianillo perdió. Y con toda paciencia, se pusieron a esperar, hablando de cosas deshilvanadas y volátiles. Que cuál y de quién había sido el toro más bravo que se haya visto por aquí, Que desde hace cuánto no se aparecía un fantasma en el pueblo, Que exactamente qué día se fundó Jilotlán de los Dolores, Que desde cuándo no graniza... Luego se contestaban uno al otro, como si estuvieran solos en la cantina, o nosotros pintados en la pared, “pader” decían ellos.

—Semos pa ellos una “ilusión ótica”, Indalecio —se burló de mí Melquíades, quien normalmente solía respetarme.

Que el toro más bravo del que se acordaban, juntando la memoria de los dos, era uno de Tomasillo, el papá de

Funámbula y esposo de Numismática; un toro al que mentaban “El Sangroncito” porque siempre estaba de malas, enmohinado, el mismo que le puso una corretiza a Juanoto, el padre de Chihuahua, y que corneó en la axila a don Cablote, el acá medio-suegro de Antioco, porque es papá de Fuensanta, “¿Te acuerdas, Poncianillo?”. “¿De qué, Sánscrito?”. “De los lentes”. “No, ya no me acuerdo. Cuando quiero acordarme, se me atraviesa la imagen de una muchacha muy bonita, encuerada”.

—¡Llevados! —Les dijo Antioco— A la Fuensanta me la dejan en paz, o yo te recuerdo, con detalle, pelos y señales, de lo que me acuerdo de la Funámbula, Sánscrito.

Que el último fantasma que se había aparecido en el pueblo, que a ellos les constara, vino a ser allá por los tiempos en que todavía no había escuela...

—Los fantasmas no existen —les dije.

—Tú qué sabes, Indalecio —me contestó Tercicio—, tú llegaste al pueblo con la escuela... ¿No estás oyendo que eso fue antes, mucho antes?

—¿Verdád que sí existen los fantasmas, Padre? —Preguntó Nabor.

—No, claro que no existen —dijo el Padre Talanquera.

—¿Y entonces las ánimas en pena y los ángeles de la guardia tampoco existen? —Contrató Nabor.

Poncianillo y Sánscrito seguían haciendo caso omiso de nosotros. Ellos continuaban en lo suyo: fue un fantasma de dar tanto miedo, que por poco y se queda vacío el pueblo. Casa en la que se aparecía una noche, casa que amanecía sin gente: echaba a correr toda la familia, abandonando perros y gatos que, muertos de

miedo del muerto, los seguían por montes y laderas, y no paraban de correr sino al dar la vuelta a aquel cerro que apenas se ve allá a lo lejos, desde donde ya no se divisa Jilotlán. Cuentan que cuando el susto era de no resistirse, largaban hasta a los bebés de brazos y a los chiquillos que no supieran caminar, para no ir cargando bultos que los retrasaran... para que luego los recogieran las monjas de la caridad que había entonces.

Nabor, que era el más viejo, quiso externar sus dudas mientras acomodaba su memoria.

—Así fue como don Mendo se hizo de tantas casas. Y buenas. Tú que eres estudiao, Indalecio, ¿en qué estaría que ese fantasma nomás espantaba en puras casas buenas, nunca en un jacal? ¿Sería que era un Catrín, de los de antes, al que le daba grima la pobreza?

—¿Y si el fantasma no actuara por su cuenta, sino por órdenes de un superior? —Le dije.

—¿Dios, quieres decir? —Me preguntó Nabor, perplejo.

—No. Don Mendo. ¿No es don Mendo a quien más asco le da la miseria en este pueblo?

—Sí —contestó Melquíades.

—¿Y quién es el único en el pueblo que tiene empleados? —Les pregunté a Nabor y a Melquíades.

—Don Mendo —me contestó Nabor—; tiene al Narcotráfico y a Mariguana.

—De aquí para adelante —les dije a Nabor y a Melquíades—, ya pueden seguir pensando por su cuenta. Acaban de aprender a pensar con el método de la mayéutica, inventado por Sócrates, un sabio de la Antigüedad.

Aunque pararon oreja, Poncianillo y Sánscrito continuaban fingiendo que ni oían ni veían a nadie en la cantina. ¿Que desde cuándo no granizaba? Desde que se fundó Jilotlán, que a ellos les conste, sólo ha granizado una vez, cuando ellos eran chiquillos. ¡La primera fundación de Jilotlán o la segunda? La segunda, dicen, en este pueblo en el que estamos; al otro, lo destruyó el volcán, y de ahí sí nadie se acuerda si granizó o no. Aquí, en el Jilotlán éste donde nosotros dos vivimos, Poncianillo y Sánscrito, cuando éramos chamacos comenzó a caer hielo de las alturas. Nuestras mamás nos mandaron a llenar cubetas de aquella bendición fría y redonda, porque ellas ya traían en su memoria de nacimiento, que heredaron de sus propias madres, quienes lo heredaron de sus abuelas, que también ellas mismas lo heredaron, que con el granizo se pueden hacer gelatinas. Así que aquella vez comimos gelatinas, que no hemos vuelto a comer más que con el pensamiento. ¿Y cuándo fue, pues, cuando se fundó Jilotlán de los Dolores? Uy, hace mucho tiempo. Tanto, que ninguno de los vivos se acuerda. Sólo que les preguntáramos a los muertos...

En esa frase, Sánscrito se distrajo de su ensimismamiento, y como si repentinamente se diera cuenta de la presencia de Nabor, le dijo:

—Nabor, ¿te podemos hacer un encargo?

—Depende de si puedo —respondió Nabor, desconfiado.

—Sí puedes. Ira, cuando veas a alguno de los muertos que fundaron el pueblo, le preguntas que cuándo fue, y ya, eso es todo, pa salir de la duda —le dijo Sánscrito.

—¡Joder! ¡Yo qué voy a andar viendo muertos! ¡Si ni al fantasma le gustó mi casa pa venir a sacarme y quedársela! ¡Cuándo voy a ver muertos yo, pues!

—Prontito, Nabor, prontito vas a ver muertos: en cuanto te mueras.

—¡Aquéhijuelá! —Alcanzó a decir Nabor y a punto estaba de tirarle un manotazo cuando Poncianillo dijo “¡ssshhh!” , para que todos se callaran porque quería alcanzar a oír lo que se pregona desde allá enfrente, de la cárcel. Nabor contuvo entonces la gantada, para no hacer ruido con la mano.

Y gracias al silencio, oyeron a Narcotráfico y a Mariguana pregonar.

—¡Ya se despertó Zeferio!

—¡Zeferio ya se despertó!

—¡Vengan a reclamarlo porque no se puede ni parar!

—¡Tá completamente guango!

—¡Vengan por él!

Tentenpié, haciéndose el aludido, se dijo a sí mismo: “ái te hablan”. Y se fue corriendo a reclamar el cuerpo, vivo, de Zeferio.

—Bendito sea Dios —dijo Tentempié. Y fue por Zeferio para llevárselo a su casa, seguramente para cojérselo y para que Zeferio se lo cojera a él, porque de las dos cosas sabe, de las dos cosas tiene, y las dos cosas le gustan por parejo.

Pero los de la cantina de don Fulgencio lo interceptaron.

—¿Ónde vas, manfloro, con esa pisada de animal grande?

Tentempié pegó un grito de gallo-gallina, soltó a Zeferio que cayó desmoronado, y corrió a esconderse en el tapanco de su casa,

no lo fueran a quemar como hacen con sus semejantes en otros pueblos bárbaros de la región.

Entre Cástulo, Ramsés y Chito, se lo llevaron cargando a Zeferio hasta la cantina de don Fulgencio, y ahí lo acomodaron en un equipal, con la ayuda de Esteban Cáritas y Tiburcio. Jaime y Juventino no alcanzaron a acomedirse. Elfega, que seguía tirada tapando la puerta de la cantina de don Fulgencio, alcanzó a incomodarse cuando le pasaron con su hijo por encima. Medio se incorporó, y dijo:

—Ah, cabrón, se me antoja otra botella.

Luego, desde su borrachera, vio a Zeferio.

—Ah, cabrón, ahistá mhijo, ya volvió. —Y luego le dijo a don Fulgencio—: Dame una botella de las que no hacen sufrir. Ora voy a celebrar. Y ponle un trago a ese buenmozo del equipal, que es mhijo, ¡y salió tan chulo como su padre!

Y luego, sin transición, dijo: “Ah, cabrón, tá’ciendo frío”, pero no se dio cuenta que estaba sentada en sus orines, que le habían empapado las tobilleras.

—Perdites el volao —le dijo Sánscrito a Poncianillo—, te toca pagar.

—Vamos a hacer como que vamos a ver, por disimulo —propuso Poncianillo.

—Orita venimos —le dijeron a Antioco, a Tercicio, a Nabor, a Melquíades, a Talanquera, y a don Cuco, haciéndole seña de que a la vuelta le pagaban las bebidas pendientes—. Vamos a ver qué vemos.

Poncianillo y Sánscrito se encaminaron hacia la cantina de los enemigos, los encuerados, temerariamente. Los demás temían que

provocaran una tragedia. Por fortuna, a medio Jardín, en el mismo lugar que Zeferio, Poncianillo se desmayó.

—¡Esto es cosa del diablo! —Dijo el Padre Talanquera, y apretó un retrato de Fuensanta que llevaba en el bolsillo.

Desde la cantina de don Fulgencio, Tiburcio se asomó, y dijo, sin alarma:

—Esto ya parece competencia.

Así como un par de días atrás los encuerados de la cantina de don Fulgencio le hicieron rueda a Zeferio, por si había que improvisar alguna protección, así ahora los vestidos de la cantina de don Cuco le hacían rueda a Poncianillo.

—¿Respira o no respira? —Le preguntó Melquíades a Nabor.

—¿Respiran los muertos? —Le preguntó Nabor a Melquíades.

—¿Respiran los vivos? —Le preguntó Melquíades a Nabor.

—Pero, total, ¿quiénes respiran más, los vivos o los muertos? —Le preguntó Nabor a Melquíades.

—Qué carajos están disvariando —los regañó don Cuco, que llegaba con la emergencia de un trapo empapado de alcohol y una copa de tequila.

—No estamos disvariando —dijo Melquíades—, sino aplicando la mayética que nos enseñó Indalecio y me echaron la bolita a mí.

—¡Mayética mis güevos, y abran cancha! —Les gritó don Cuco, tan preocupado como todos los demás por la nueva epidemia.

—¿Serán mayéticos los güevos de don Cuco? —Se preguntaron Melquíades y Nabor, mayéuticamente.

Narcotráfico y Marihuana dedujeron que tenían que llevarse a Poncianillo a la cárcel, porque como cometía el mismo delito de

desmayamiento que el Zeferio, merecía el mismo castigo... Pero no se animaban a declararlo bajo arresto, porque calculaban que no iban a poder cargar un bulto tan gordo...

—Permiso —dijo con autoridad Mariguana—, que la Ley llega.

—Permiso —dijo desanimado Narcotráfico—, que la Ley se va: estamos ante una desaveniencia civil.

Don Cuco le colocó un trapo empapado de alcohol en la frente a Poncianillo, y él ni se movió (el que no paraba de moverse y bailotear era Sánscrito), enseguida le puso un caballito de tequila bajo la nariz y próximo a la boca: “Esto levanta hasta al más difunto”, dijo, y sí, de un belfazo Poncianillo asió la copa de tequila, se la bebió, sacudió la cabeza como los caballos espabilándose y se levantó, risueño, pidiendo la del estribo. Los vestidos aplaudieron; los encuerados refunfuñaron: ¿No se estarían burlando de ellos?

—¡Milagro, milagro! —Gritaba Sánscrito— ¡Poncianillo resucitó, Poncianillo resucitó! —Y el coro de carcajadas se oía hasta Los Ranchos.

El Padre Talanquera opinaba que era una herejía burlarse de la Sagrada Resurrección, a la que sólo asistiremos el día del Juicio Final.

Yo estoy en desacuerdo. En estos pueblos donde no hay nada qué hacer, en algo se tiene que divertir esta gente sencilla. La tristeza es mala consejera; la alegría, no.

26. Juventino

Mi apá don Mendo estuvo enojado toda la noche. El ruido de sus botas, paseándose por la casa, no dejó dormir a nadie en el pueblo. Los perros ladraban con los ladridos con los que ahuyentan al diablo, pero luego que paraban mejor la oreja, daban en comunicarse que no, con el rabo, que no podía ser el chamuco, porque el diablo nomás trae una bota, y no dos, y cuando camina en la oscuridá, se oye en un paso el andar de un pie de gente, y en el otro el de una pata de chivo. Él es así.

Y mi apá es de un modo muy bien quién-sabe-cómo. La gente lo ve tranquilo, pero cuando se arrebatá es muy arrebatá. Si se topara con el diablo, yo no sabría a cuál irle. Por eso mi amá lo dejó.

—En efeuto —dijo don Chito, pa no contradecirme, aunque él sí sabe bien a bien por qué mi amá dejó a mi apá, don Mendo. Yo

lo que entrevero es que en mi casa hay un cuarto cerrado con doble llave en permanente eternidá, y desde niño me contó Balbina, la nana que trajo Indalecio a Jilotlán, ya grande él, y como yo sí necesitaba nana y él ya no, me la alquiló mi apá pa que la hiciera de mamá mía conmigo: “Son las habitaciones de tu señora madre”, me secretó, dequedito, “y están llenas de elegancia; hasta un piano hay”.

Apenas cantó el primer gallo, el más mañanero de todos, mi apá se asomó al balcón de la calle y gritó: “¡Sargentos!”. De la calle de arriba se vio venir una sombra abotonándose la camisa; y del rumbo del río venía una persona acabando de fajarse el pantalón mientras corría. Eran Mariguana y Narcotráfico, y ambos dos se apuraban a amarrarse un paliacate azul con la bandera nacional en el brazo. Mi apá les dice “sargentos” pa que se sientan importantes. “¡A la orden!”, le dijeron, presentando armas, por más que las únicas armas que ellos portan sean unos bordones cabezudos que Mardoño les enseñó que en la polecía reglamentaria de la Ciudad les nombra tualetes.

Taban listos pa cualquier misión, Mariguana y Narcotráfico. Que fueran, les dijo mi apá, a hacer una redada absoluta por todo el pueblo, y le trajeran de donde estuviera o lo encontraran, en calidá de urgente, a Mardoño, el Juez de Paz. A unos sagüesos como ellos, se dijeron, no había huyente que se les profugara. ¿Quería que se lo trajeran cargando, por la juerza, o por su propio pie caminando por la buena?, le preguntaron, porque mi apá estaba echando lumbre sin ser propiamente el diablo. ¡Que se lo trajeran vivo o muerto!, gritó mi apá, y ellos entendieron que caminando.

Sin pensarlo mucho, se fueron derechitos a un “domicilio conocido”, que era el más conocido de los domicilios en Jilotlán de los Dolores.

—En ca Naguasflojas, en ca della —que me dice don Jaime, el padre de Jaimita.

—Esátamente —que le digo yo.

—Se ve que lo frecuentas, y por eso sabes ónde es —que le dice Tiburcio.

—Sé ónde es porque te veo entrar allí muy de continuo, muy —que le contesta don Jaime, el padre de Jaimita.

—Y ni te tardas porque, tando encuerao, no andas con la perdedera de tiempo de desvestirte y vestirte —que le avienta Esteban Cáritas, el esposo de doña Refugio, del mismo apellido.

Pos pallá se jueron, Mariguana y Narcotráfico, a la casa que mi apá le renta a Naguasflojas, y allá lo hallaron, mediodormido todavía. “¡Abran de parte de la Ley!”, dijeron Mariguana y Narcotráfico, golpeando con sus tualetes el zaguán de Naguasflojas. “¡Aquí no se admiten uniformados!”, que les grita Naguasflojas, sabiendo que ellos ni a uniforme llegan, pero les da por sentirse uniformados por el paliacate azul que se anudan al brazo y que trái tan mal pintada un águila que parece zopilote con viruela. “¡La Ley soy yo!”, que les grita Mardoño. “¿Y don Mendo entonces ques?”, que lo reta Mariguana, pa provocarlo a la inobediencia legal. Pero Mardoño es más mañoso que un licenciado con copete, y que le contesta: “Don Mendo es más Ley que yo”. Y Narcotráfico soltó una frase que él solito había hecho, hacía mucho, y que se sabía de memoria: “Pues de parte dél venimos, que lo manda llamar, que se apersona más rápidamente que orita mismo en su casa”. “Pos voy volando”, dijo,

muy barbero, Mardoño, por algo era el Juez de Paz. “¡No, así no!”, gritó alarmao el Mariguana, “¡tenemos órdenes estritas de llevarlo andando, y no podemos desobedecer!”.

Y andando lo acompañaron hasta la casa, mientras le contaban, por el camino, las últimas novedades: que ya habían liberao a Zeferio, que Elfega seguía borracha, quel Poncianillo se desmayó y lo revivieron con tequila... y en eso llegaron, porque Naguasflojas vive casi enfrentito de onde vivimos mi apá y yo, nomás calle de por medio.

Mi apá seguía en el balcón, endiablao. Don Mendo, desde arriba, les dijo a los sargentos que pararan abajo de él a Mardoño, y le preguntó si sabía escribir de corrido un mandato que iba a dictarle. Escribir sabía, y con buena caligrafía aunque no muy rápido, ahistaban las actas de nacimiento y defunción del pueblo entero testimoniando, aunque, pa no mentirle como nunca, él escribir escribir sí sabía, pero no tanto como Indalecio.

—No, bueno, como Indalecio nadie —dijo Cástulo, con la idea meticulosa de que a Indalecio lo volvieran Juez de Paz, porque él sí lo casaría con la Justina, por más feos que estuvieran los dos, no como el amdrógino de Mardoño (y dijo la palabra “amdrógino”, porque con ésa ofenden al Tentenpié, y el Mardoño también se ganó que lo traten de ojete).

—Ni la maestra Martelina, ques maestra de la escuela... —dijo don Jaime, padre de Jaimita, que es alumna de Martelina.

—Sí, pero qué vas a comparar una maestra con un director —dijo Ramsés, el hijo de don Cuco.

—Es como echarle una sota a un rey —dijo Tiburcio, el loco.

—Quedrás decir a un as —dijo Esteban Cáritas.

—Eso quise decir —dijo Tiburcio.

—Pues cuando quieras decir lo que quieres decir, dilo —dijo Esteban Cáritas.

—¿Y entonces pa qué te tengo a ti? Si yo dijera todo bien dicho cuando hablo, tú estarías desocupao, de balde —dijo Tiburcio, el loco.

Tábamos en lo de mi apá, digo yo, Juventino, y los callo. Mi apá, don Mendo pa la demás gente, en su vestidura de Presidente Municipal Vitalicio de Jilotlán de los Dolores, carraspeó pa empezar a dictar. Los chiquillos, avisados porque las abejas dejaron su runruneo pa oír mejor, se arremolinaron detrás de Mariguana y Narcotráfico que custodiaban a Mardoño, los vestidos y los encuerados revueltos, en plena calle, arriesgándose a que los atropellara un coche, pero seguros porque en Jilotlán de los Dolores no hay coches, sólo caballos, y los caballos, cuando ven un niño, le sacan la vuelta prudentemente pa no hacerle ningún dañamiento. Dice Epitafio que las vacas les han estado dando lecciones de urbanidá a las yeguas, pa que ellas alinien a los caballos, y eduquen a los potrillos, pa que no vuelva a sucederles otro desprestigio como el que al Jalisco le aconteció con su amo el Juanoto, aunque se diga que fue un falso que le levantaron al presumido bailador que acabó en jamelgo bailado.

“Edicto y dicto abolir”, dijo *mi padre* (porque en ocasiones tan solemnes y históricas yo no lo trato de *apá*), “que en este soberano pueblo libre de Jilotlán de los Dolores, que me honro en representar, sean abolidas, del verbo abolir, las borracheras, y por lo tanto, los borrachos que, desde el día de hoy, desde este momento, quedan prohibidos. He menester y mando, en consecuencia, que

borrachos y borrachas regresen a la normalidad, y acaten y atajen el orden público que entre todos debemos proteger, como un jilote de maíz tierno, símbolo de nuestra unidad municipal, y de nuestra indiosincrasia antivolcánica, que nos hará sobrevivir. ¡Vivan los encuerados! ¡Vivan los vestidos! ¡Viva yo!”.

Los niños encuerados aplaudieron cuando don Mendo les echó “vivas”, y los niños vestidos aplaudieron cuando don Mendo les echó “vivas”. Mariguana y Narcotráfico aplaudieron cuando don Mendo se echó vivas pa él mismo. Sólo Mardoño no pudo aplaudir, porque se quedó atorado en su escribidera: “¿*abolir* va con hache?”, les preguntó a Mariguana y Narcotráfico. Ellos le contestaron que estaban a la orden, ¿cuál era la orden? Mi apá cerró su balcón, seguro de haber hecho lo que cualquier hombre hubiera hecho en sus circunstancias: buscar la forma de que Elfega, todavía tirada de borracha frente a la cantina de don Fulgencio, no siguiera desprestigiándolo, como ya otra mujer tantamente lo desprestigió cuando yo nací.

—No digas eso, muchacho —me dijo don Chito—. Un hijo nunca debe juzgar a su padre.

“¿Qué corresponde hacer?”, preguntaron Narcotráfico y Mariguana a Mardoño, quien de todo el discurso de mi apá apenas copió las tres primeras palabras, porque se le atoró una hache en *abolir*, según dijo, y ya no le fue posible salir de la zanja, que comprendieran, ¡una noche con Naguasflojas es una noche con Naguasflojas!, pero arrempujes pa transmitirles lo que acababa de dictaminar don Mendo todavía le quedaban.

Que dictaminara, dijeron los sargentos.

La dictaminación consistía en que, en palabras que todos los ciudadanos entendieran, quedaba vetado, interdicto, prohibido, emborracharse, y en consecuencia, en consecuencia, beberlo, ingerirlo, o chupárselo, venderlo o comprarlo o distribuirlo, séase ésta bebida de alcohol o cerveza, lo que incluye el tequila.

“¿Y a quiénes tenemos que avisarles ese aviso?” le preguntaron Narcotráfico y Mariguana a Mardoño, pa calcular si con esa insospechada misión alcanzarían a ir a almorzar a sus casas, porque con tanto trabajo tan mañanero y peligroso, ya les andaba de hambre.

“Avísenles a don Cuco y a don Fulgencio, con eso hay”, dijo Mardoño, y como el trabajo era mucho, se lo dividieron. Por eso acaba de llegar el Mariguana a la cantina onde estamos nosotros, los encuerados, se acaba de parar en la puerta, y nos está diciendo: “Que a partir de orita, quedan prohibidos los tragos, en nombre de la Ley, y de parte de ella”. Escupe una escupida pal suelo, se quita la cachucha, y dice: “Y de mi parte, que tengan buenos días, y buen provecho, ques hora de almorzar”.

Desde aquí se veía que Narcotráfico estaba, en la cantina de don Cuco, dándoles el mismo recado, en representación de la Ley, a los vestidos de la cantina de don Cuco, así que pa qué repito las palabras que les dijo Narcotráfico, si son las mismas que Mariguana nos acaba de decir a nosotros, hasta con almuerzo y todo, porque uno ganó parriba y otro ganó pal río, saboreándose sus tortillitas calientes.

Elfega, medio enderezándose, alzó su vaso vacío y le gritó a don Fulgencio: “Ah, cabrón, ya no hay nada, ¡llénamelo, que traigo pa pagar! Y sírvele al buenmozo que está arrinconao allá, de parte de su madre”, “Ya no te puedo servir, Elfega”, le dijo don Fulgencio,

suavecito. “¡Ah, cabrón, ¿y eso por qué?!” le preguntó Elfega. “Porque lo acaba de prohibir don Mendo, el Presidente Municipal”. A Elfega se le metió una angustia tan pa dentro que desde fuera se le veía, y era tan fuerte que me trasportó hasta las habitaciones también prohibidas de mi madre, y sentí la sanguijuela que escupía su voz:

—¿Qué ese cabrón nunca me va a dejar en paz?! ¡Ese cabrón es el mismísimo diablo!

27. Jaime

Y entonces, vimos desde nuestra cantina, clarito vimos, cómo don Cuco se sentó en el portal de su casa (ques donde tiene su cantina), a aburrirse. Lo acompañaban, aburriéndose también con la compañía, Indalecio, Poncianillo, Sánscrito, Antioco, Tercicio, Nabor, Melquíades, Talanquera, siempre los de siempre.

—¡Qué feo es no sentirse ser hombre! —Gritaba el Padre Talanquera.

—Feo es —confirmaba Antioco.

—Muy feo —terciaba Melquíades.

Yo tenía la boca seca, completamente sedienta de alcohol. Y, como siempre, con los de siempre, en la banqueta de la cantina de don Fulgencio, estábamos Juventino, Zeferio, Cástulo, Ramsés, Chito, Esteban Cáritas, Tiburcio, y yo, que soy el más sediento,

según creo, pero ellos a cual más me contradicen. De vez en cuando pasaba el Mariguana, vigilando, nos espantaba las moscas, y hacía un gesto con los hombros que significaba que “la Ley es la Ley”. El mismo rondín ejecutaba el Narcotráfico, en la cantina de enfrente. Andan muy atareados los dos, por la veda que dictó don Mendo.

Nos teníamos lástima unos a otros. Los vestidos nomás se nos quedaban viendo pacá, con la mirada juida de la ausencia de alcohol, a ver si en nuestros movimientos se nos adivinaba el anuncio de que se acababa la prohibición... ¡Como nosotros estamos más cerquita de la Presidencia...!

—Oye, Juventino —que le digo al Juventino—, ¿por qué a tu apá le dio por prohibir, así, esa prohibición de la bebida?

—No es porque sea mi apá —que me contesta la respuesta el Juventino—, sino porque es el Presidente Municipal.

—Ah, eso sí —me di por satisfecho, aunque insatisfecho.

—Y tú, ¿cuándo vas a ser Presidente Municipal, Juventino? —Que le pregunta el Cástulo a Juventino, con la esperanza de que ya empoderado, Juventino cambie alguna ley que haigara que cambiar y a él se le permita casarse con la Justina y ofrecer mucho trago en su boda.

—¡Pos cuándo va a ser! —Que bosteza don Chito, amodorradísimo por la falta de diversión—, ¡pos cuando se muera su padre!

—Y pa eso... —que interviene entorpecidamente Ramsés—: ¿como cuánto falta?

—Sabrá Dios —que dice Esteban Cáritas, como pa que entendieran que ese secreto de la muerte de cada uno es un secreto. Luego, que dice, como calculándole un tanteo—: Todavía se ve juerte.

—¿Y en tu calidá de futuro presidente de este pueblo, no le puedes decir a don Mendo que le baje tantito... que ponga, es un por ejemplo, un día de bebida sí y un día no, pa descansar...? —Que propone su propuesta el Tiburcio.

—No. No. No. —Que repite precauciosamente la negativa Juventino— ¡Qué tal si se pone como endiablao y me para una chinga a chicotazos!

—Él siempre ha sido de ideas muy arrebatadas —que confirma don Fulgencio.

Elfega ya hacía mucho que se había levantado, y viendo que por aquí no había mucha diversión en qué distraerse, agarró a su Zeferio, bastante turulato todavía, y se fue pa su casa diciendo que se le antojaba una lechita, caliente. Que se la iba a encargar a cualquiera de los Motis.

Los de la cantina de don Cuco también igualmente la estaban pasando mal. Taban como mudos, como guardando en silencio la poca saliva que les quedaba en la boca, no se les juera a trabar la quijada. Y es que ninguno, ni de ellos ni de nosotros, calculábamos que nos alcanzara ni pa un escupitajo, de lo que se nos estaba escaseando la saliva. Tábamos tan agostados que ni pensar un pensamiento, chiquito cuando menos, se antoja... Bueno, ¡hasta los chistes dejan de tener gracia sin alcohol de por medio! Y nos sentimos como desocupaos. Si tan siquiera...

Sin ningún interés, vimos cómo en la cantina de don Cuco, afuera de la cantina, empezaban a hablar, sin ningún interés.

—Hay que hacer algo —decía Poncianillo.

—¿Qué?, ¿nostás a gusto sin hacer nada? —Decía Sánscrito.

—La verdá no, vale: siento las manos muy de balde, sin mi caballito de tequila —decía Poncianillo.

Y más o menos así decían y decían, sin ganas de decir nada. Hasta que a Indalecio se le ocurrió una ocurrencia:

—¿Alguien tiene idea de por qué don Mendo prohibió el consumo de alcohol en el pueblo?

—¿Esa pregunta es pa más mayética? —Que pregunta el Nabor.

—¿Qué otra cosa puede ser una pregunta, Nabor, sino mayética pura? —Que le contesta preguntando el Melquiádes.

—No halló otra forma de quitarle la borrachera a Elfega. Estaba avergonzado —aseguró el Padre Talanquera, haciéndose el listo porque esa madrugada había confesado clandestinamente a don Mendo.

—Ha de ser eso —dijo don Cuco, sin abrir mucho la boca, pa que no le entrara aigre seco.

—Ey... —dijo Tercicio, gastando poquitísima saliva.

—Ey... y re-ey... —dijo Antioco, algo más desperdiciao.

No sé aclararme bien a bien de qué cantina llegó o fue, la proposición que proponía discutir el problema que compartíamos en conjunto. Pa parlamentar, ellos mandaron a Indalecio, pero nosotros lo ojetamos: ¡qué ventajosos, nos quieren mandar al más listo!; y nosotros mandamos a Juventino, y ellos lo ojetaron: desconfiaban dél porque está muy cercano al poder. Entonces quedamos en el nivel de mandar caballada flaca, y cuando se vio nuestra buena voluntad porque mandábamos a Tiburcio, que está medio loco, ellos mandaron a Poncianillo, que está cojo.

La junta jue en terreno neutro: en el Jardín de la Plaza, que queda en medio de las dos cantinas, al pie de onde está enterrado

el faquir. Y ahí se vieron nuestros representantes: era la primera vez que un encuerado y un vestido se hablaban entre sí directamente a la cara.

—Ustedes son muy mañosos —empezó la parlamentación.

—Ustedes también son muy mañosos —siguió la parlamentación.

—Pos ya nos vamos entendiendo —continuó la parlamentación.

—Yo creía que iba a ser más difícil —terminó la parlamentación.

Creían que iba a ser más difícil entenderse... Y eso fue porque cada uno por nuestro lado dimos instrucciones a nuestros representantes.

—Ira, Tiburcio —dijimos nosotros—, tú háblale al Poncianillo a calzón quitado.

—Ira, Poncianillo —dijeron ellos—, tú fájate bien los pantalones.

Eso fue lo que ayudó a que llegaran a un acuerdo; y el acuerdo en que quedaron nos dejó satisfechos a encuerados y a vestidos:

—¿En qué quedaron? —Le preguntamos a Tiburcio.

—En que queremos que se acabe la prohibición.

—¿En qué quedaron? —Le preguntaron a Poncianillo.

—En que queremos que se acabe la prohibición.

En ese momento, Epitafio pasó, fumando. Ya se nos había olvidado que Epitafio fumaba, pa que se le devisara desde lejos, por el humo, como se nos había olvidado el ruido que hacían sus guaraches porque desde que se encueró ya no usa guaraches ruidosos. Pasó, pues, fumando, y nos dijo a los de las dos cantinas, como si fuéramos uno, sin hacer distingos:

—Las vacas les mandan saludos, que a ver cuándo pueden ir a echarse un pajarete.

No nos enojamos por la burla, porque se nos hizo agua la boca por un pajarete de leche calentita, con alcohol... pero nos dio quién sabe qué ver a Epitafio fumando a gusto, tan campante.

28. La decadencia y la discordia

Cuando se corrió la voz de la prohibición, el pueblo quedó profundamente conmovido. Y aunque los únicos que bebían en Jilotlán de los Dolores (aparte de Elfega, la culpable de la medida tendiente a “rescatarla de las garras de un vicio tan impropio de una mujer”, según Mardoño), eran los de la cantina de los vestidos, alrededor de don Cuco, y los de la cantina de los encuerados, en torno a la cantina de don Fulgencio, y sólo ellos sufrían (Indalecio, Poncianillo, Sánscrito, Antioco, Tercicio, Nabor, Melquíades, y el Padre Talanquera; Juventino, Zeferio, Cástulo, Ramsés, Chito, Esteban Cáritas, Tiburcio y Jaime), los daños colaterales se hacían sentir en el ánimo de la población entera: las mujeres se preguntaban, ¿Qué clase de pueblo humillado es un pueblo que no tiene a sus hombres, como debe de ser, emborrachándose en sus cantinas?, ¿Qué ejemplo les daban a los

niños y a las niñas, qué modelo de conducta a seguir en el futuro?, ¿Dónde se iba a conservar la memoria del pueblo sin borrachos que la elevaran hasta el rango de epopeya?, ¿Cómo iba a obedecer doña Refugio Cáritas a su marido Esteban Cáritas, si no venía de vez en cuando de en ca don Cuco, su tocayo de ella, borracho, y le daba una paliza “pa que aprendiera a respetarlo”?, ¿Con qué pretexto válido se largaría don Chito a la cantina el día entero dejando a su mujer y a su hijo Sinecuanón (“pa que aprendiera a trabajar”) cuidando la tienda?, ¿Ora ya quién iría, haciéndose el que de tan borracho ya no alcanzaba ni a llegar a donde no se acordaba qué rumbo, a casa de Naguasflojas, y se quedaba a dormir ahí, y ella con eso pagaba la renta a don Mendo y sostenía a su hijo Simploncillo, o de qué iban a vivir?, ¿Quién inventaría ahora los chistes y vagancias que a Poncianillo, sin beber, se le dejaron de ocurrir?, ¿Qué va a hacer Tentación, la esposa de Melquíades, con un marido que no tiene ni ánimos de levantarse de la cama, ni de bañarse, ni cambiarse de ropa, de lo alcaído que anda?, ¿Y qué hará Justina, ahora que de abstemio, Cástulo la procura menos porque ha descubierto que sin andar “entonaos” ella es deatiro fea: se va a quedar de solterona?, ¿Qué esperanza tenía Tentempié, de que en la borrachera pasara Juventino por su casa, el sabroso Juventino, el de las buenas nalgas, de carrerita, a chingarse un tentempié?, ¿Y el Padre Talanquera, que apenas empezaba a hacerse hombre y se quedó como a medias del proceso y empicado, cuándo volvería a pronunciar aquellas homilías enardecidas y piadosas, casi místicas, que le inspiraba el tequila de “las once”?, ¿Y la educación?: ¿con qué excusa Indalecio seguiría dando el día libre en la escuela, cosa que tanto les gustaba a los niños?: y la maestra Martelina, ¿a dónde llevaría de aquí pa delante a sus alumnos,

encuerados y vestidos, para que observaran, en un ejercicio didáctico, lo que los varoncitos harán cuando sean señores, ir a la cantina, y las hembritas, cuando sean señoras, a esperarlos en sus casas?, ¿Y los amores de Antioco por Fuensanta, y los amores de Sánscrito por Funámbula, y todos los amores que fueran saliendo en el futuro, en qué sitio los irían a llorar los enamorados?, ¿Quién le iba a devolver la tranquilidad a la anciana Fulgencia, la madre de Nabor, ahora que no tiene la seguridad, como antes, de que su hijo está en la cantina, emborrachándose con sus amigos?... ¡Una verdadera tragedia! ¡Una cadena de tragedias!

Y por si eso no bastara, con la abstemiez vino la desconfianza, y una paranoia efervescente. A los que antes hermanaba el alcohol, como a Poncianillo y Sánscrito, como a Zeferio y Juventino, digamos, ahora los distanciaba el recelo: ¿Por qué, si eran tan amigos, Poncianillo tardó tanto en prestarle los lentes de sol a Sánscrito? ¿Por qué Juventino vivía en una mansión, y llegaría algún día a Presidente Municipal, y él, Zeferio, habitaba una casa modesta y cuando mucho aspiraba al puesto de Tesorero, si eran de la misma sangre paterna, hijos los dos de don Mendo? Por desgracia, el rechazo no se quedaba en el resentimiento de la vida pública, sino que invadía con la imaginación la intimidad: ¿era o no doblemoral que los encuerados anduvieran provocadoramente desnudos durante todo el largo día, y en la noche se pusieran pijama para dormir?; ¿habrase constatado mayor hipocresía que los vestidos se escandalicen de la desnudez de los desvestidos, y luego, cuando anochece, se vayan a la cama, y se encueren? Ya nadie puede confiar en nadie, por eso, en Jilotlán de los Dolores, ya nadie confía en nadie.

Siempre que los adultos caen en los excesos, contaminan a los niños, y de eso no hay quien se escape.

Sinecuanón, hijo de Chito, fue el que explotó primero contra su padre, don Chito. Fue hasta la banquetta de la cantina de don Fulgencio, donde su padre estaba con sus amigos, sin beber, y lo enfrentó: A ver, que le dijera: ¿por qué lo bautizó con ese pinche nombre tan ridículo? ¿Por qué Jaimita tiene un nombre tan normal, y Alicia en el País de las Maravillas uno tan bonito?, ¿por qué, padre desnaturalizado, lo fue a joder a él? ¿Se les hacía tan trabajoso mirar un calendario, y de ahí sacar algo menos peor? Él merecía mejor padre, o mejor dicho: su padre no lo merecía a él. Ahistá la explicación de por qué él, Sinecuanón, no se encuera, como su papá, y prefiere seguir el ejemplo de su mamá, que anda vestida y es decente, no como uno que él está viendo, con las talegas de fuera... Antes, don Chito le hubiera puesto unos buenos cintarazos, pero como ya no bebe, ni ánimos de enojarse tiene con el hijo que está malcriando su mujer.

Jaimita le reprocha a su padre que ande encuerado, ¿qué no le da vergüenza, ya no digamos con sus aburridos amigotes, sino con ella y las demás mujeres del pueblo? Que Irenita se encuera, pase, por chocha y medio zafada, ¿pero un hombre como él, que todavía está macizo, y tiene una hija, ella, por quién responder, que sí tiene decencia y no enseña sus nalguitas bien paradas y sus chichitas a punto de reventar?, ¿qué no le da nadita de vergüenza?

Jaime, su padre, que la quiere mucho, le explica pacientemente, que ella ya está encuerada, desde hace tiempo, y no se da cuenta porque ya se acostumbró.

Simploncillo tiene una queja parecida a la de Sinecuanón, aunque se alegra de no llamarse Caraemula como Caraemula, el hijo de Tomasillo y Numismática, y hermano de Funámbula, al que su madre le puso Caraemula porque tiene la misma cara de necio, de enmulao, que su padre. Simploncillo va al cementerio, a reclamarle al difunto Gervasio, el que lo procreó con Naguasflojas, para decirle que aunque esté muerto lo tiene que oír: ¿qué cabronada chingarle a uno la vida con ese nombre de menso, Simploncillo? Y Caraemula, que lo acompañó al Panteón de Arriba para que no le diera miedo ir solo, le pide que ahora él lo acompañe a decirle en su mera jeta a su mamá que Caraemula lo será ella y todos sus antepasados (por línea materna, nomás).

Alicia en el País de las Maravillas, la hija de Mardoño, el Juez de Paz, está contenta de tener un nombre tan bonito, pero el que no le gusta es su papá: le molesta que sea así, tan aguado, tan valemadrista, tan indiferente. Ni siquiera se anima a preguntarse si le gustaría desvestirse o no, le dice a Título, quien se está quejando de su horrible nombre con Alicia en el País de las Maravillas: Título Cáritas, y además de que no sabe ni quién carajos es su padre, tiene que aguantar las burlas de que él es nieto de dos hermanos, Esteban Cáritas y Refugio Cáritas, que son sus abuelos y sus tíos abuelos al mismo tiempo, y es hijo de una mamá que se llama Emilia Cáritas Cáritas, para acabarla de joder, osea que él es Cáritas por todos lados: Título Cáritas Cáritas, dice la maestra Martelina cuando nombra lista. ¿Qué tal si se encueran los dos, propone Alicia en el País de las Maravillas, para darles una lección de valentía y de buen gusto a nuestros progenitores? Pos órale, ¿quién primero? Y deciden que los dos al mismo tiempo, e irse de la mano a pasearse

por enfrente de las dos cantinas, para que los vean los hombres, y por enfrente de la tienda de don Chito, para que los vean las mujeres y los niños.

La discordia llegó hasta Los Ranchos, según los informes que trajo Itzael: cansada de que la escondieran como a una jiricuenta, y todavía enojada porque se la quitaron al faquir, que le había prometido llevarla a conocer el circo, lejos, Coca Cola les dijo a sus padres, Cantaquedito y Nomeolvides, que ella tenía la piel más bonita que sus hermanas Amfibia y Nereida, que eran de un solo color, como en blanco y negro, una prieta y otra güera, mientras que ella era de colores, y su piel se tornasolaba con los cambios de luz y con la temperatura del aire, y que de una vez les advertía: ¡ya no se pensaba dejar esconder!, y el domingo entrante verían esos presumidos de Jilotlán de los Dolores lo que era una piel de hembra de raza, porque pensaba ir a misa en cueros, ¡como que se llamaba Coca Cola!

En la desesperación de la abstemiez, y ante tanto acontecimiento, el Padre Talanquera aventó su propia cruz, para descansar: les confesó a encuerados y vestidos que él, de nombre de pila, se llamaba Zacarías Papa, por culpa de su madre, que lo parió un veintidós de marzo, día del Papa Zacarías, pero en el calendario decía: “Zacarías Papa”; y el que lo arruinó con el apellido fue su padre: Teófilo Talanquera, por lo que me llamo Zacarías Papa Talanquera, ¡pa servir a Dios y a quien se me atraviese!

Las cosas, definitivamente, no podían seguir así.

Y tampoco convenía que empeoraran.

29. Una bocanada de humo fresco

Pasó Epitafio fumando.

Lo vieron pasar, con abulia, los de la cantina de don Fulgencio.

Él se detuvo, como si les fuera a dar algún recado de sus amigas, las señoras vacas. Pero no, sin quitarse el cigarrillo de la boca, empezó a repasar, con su experiencia en vacas, a las desnudas, y a calcularles la edad:

—Chihuahua está todavía vaquilla, no se le han acabado de ensanchar los cuadriles, así que tendrá, a lo más, unos diecisiete años.

Irenita, camino de la iglesia, acompañada de Jaimita, atravesó el Jardín.

—Irenita ya está horra, así que andará rebasando los cien años. Pero Jaimita apenas tá becerrita, de destete reciente, así que debe de estar por cumplir los once.

Los tenía impresionados, aunque ni esa demostración les quitaba la modorra: Jaime, el padre de Jaimita, sabía que su hija cumpliría once años la semana entrante. Juventino, en su entrenamiento para cuando fuera Presidente Municipal, le había pedido a Mardoño el acta del habitante más viejo de Jilotlán: le desempapeló la de Irenita, que para las próximas secas cumpliría cientoún años. Un poco más atentos, por la exactitud de las cuentas de Epitafio, le empezaron a preguntar, entre bostezo y bostezo, para calarlo:

—¿Y Fuensanta? —Le preguntó Ramsés.

—Ya está de primer parto, en su punto. En cualquier momento la preñan. Andará rozando los veinte.

—Me acuerdo de cuando nació —dijo Tiburcio, queriendo confirmar la exactitud.

—¿Y de Funámbula, qué nos dices? —Preguntó, a gritos, desde la cantina de don Cuco, al otro lado del Jardín, Sánscrito.

—Por más que tenga ubres como de segundo parto, al que sabe no lo engaña: tá llenita nomás. Ésa no pasa de los dieciocho.

—Son los que tiene —confirmó Sánscrito, quien hacía tres años, desde la fiesta de sus quince, en la que él fue chambelán, la pretende.

—¿Y Tentenpié? —Se animó a preguntar Juventino.

—Tentenpié es mitad vaca y mitad toro, y a eso no le hallo yo. Además, tando vestido no le sé calcular —dijo Epitafio, y casi automáticamente, le tendió su cigarrillo, bastante babeado, al que le quedaba más cerca, que era Zeferio.

Zeferio le fumó, y por instinto o molicie, le pasó el cigarrillo a Cástulo, que le fumó y se lo pasó a Ramsés, que lo circuló hacia Chito, luego la fumada fue de Esteban Cáritas, de Tiburcio, de Jaime.

Después de esa ronda, se echaron todos a reír.

¿Qué estaba sucediendo?, se preguntaron los de enfrente, en la cantina de don Cuco, porque ya habían olvidado a qué sonaba la risa. Sonaba a llovizna cayendo sobre los techos de teja. ¿De qué se estaban riendo los de la cantina de don Fulgencio? De nada, se reían nomás de reírse, sin motivo alguno.

Epitafio no quiso que la envidia les fuera a provocar un retortijón a los vestidos, y se fue para allá a darles de probar de su humo, y les dio de probar a todos, y les gustó, y el agrado lo externaron riéndose. De Poncianillo a Talanquera se reían; de Sánscrito a Melquíades; de Nabor a Antioco. Hasta que Indalecio, para darle un toque cultural al acontecimiento, acotó, en latín:

—*Cannabis Indica*.

Y Tercio, que le daba el golpe como un experto, corrigió, en inglés:

—*Golden Jilotlan*.

A Epitafio le daba flojera discutir asuntos que no incluyeran vacas, así que zanjó definitivamente:

—¡Las dos cosas!

Desde entonces, todo el cielo del pueblo fue una nube de humo que amenazaba tormenta pero no llovía.

Cuando desapareció Epitafio rumbo a sus vacas, aparecieron para surtirlos el Narcotráfico y Mariguana. Uno, se colocó al lado de los que se estaban riendo en la cantina de don Cuco; el otro, en la cantina de don Fulgencio.

—¿Se les ofrecía algo? —Les preguntó Mariguana a don Cuco, Indalecio, Poncianillo, Sánscrito, Antioco, Tercicio, Nabor, Melquíades, y Talanquera.

Le dijeron que sí y le repitieron que se les ofrecía más de ese humo, y desde ese día el Mariguana empezó a construirse una casa, por el lado de arriba del pueblo, con las utilidades.

—¿Se les ofrecía algo? —Preguntó Narcotráfico a don Fulgencio, Juventino, Zeferio, Cástulo, Ramsés, Chito, Esteban Cáritas, Tiburcio, y Jaime.

Le dijeron que sí y le repitieron que se les ofrecía más de ese humo, y desde ese día el Narcotráfico empezó a construirse una casa, por el lado del río, con las utilidades.

A todos se les ofreció, y todos, felices de nuevo, pidieron un cigarrillo, lo pagaron, dijeron salud con el humo levantando su fumada en alto, chocaron las brasas como antes chocaban los caballos de tequila, y se echaron a reír de nuevo, como orates.

Jilotlán de los Dolores se cubrió de una nube de humo, sin que nadie tuviera la más mínima esperanza de una copa de lluvia. Al contrario, aquello era pura risa.

30. Al derecho y al revés

Aquella mañana, el Padre Talanquera amaneció asustado: la Virgen lo había estado regañando toda la noche. Y no en sueños, no, en persona. A las doce de la noche, tocaron a la puerta del curato, por el lado que da al templo.

—¿No cerraste la puerta de la iglesia, mujer? —Le preguntó Talanquera a Facunda, que dormía encuerada a su lado, y él vestido.

—¿Pos no me dijistes que tú te ibas a quedar a rezar un ratito, que tú cerrabas, y que me adelantara pa que me juera desvistiendo?

—Le contestó Facunda.

Volvieron a tocar, más fuerte.

—La verdad es que no me acuerdo —dijo Talanquera.

—¡Esa fumadera tá acabando contigo, Zacarías! —Le dijo Facunda— ¿Crees que no huelo que en eso te entretienes en la iglesia, y no rezando? Hastacá me llega el jedor a petate chamuscado.

Una vez más tocaron.

—¿Quién? —Preguntó Talanquera, esperando, deatiro, que le respondiera Satanás.

—Yo —le contestaron desde atrás de la puerta.

—¿Y quién es “Yo”?

—Abre, pa que veas, porque si te digo quién soy no me la vas a creer —le respondieron, con acento indígena.

Le temblaron los huesos a Talanquera: ¿y si fuera el Arcángel San Miguel, patrono de Jilotlán de los Dolores, el que viniera por él en persona, para llevárselo a purgar su condena en el infierno?

—Ve a ver quién es —le dijo Facunda—, ¡no seas collón y poco-hombre! —Luego agregó—: ¡Nomás les quitan la bebida y parece como si los castraran!

Para calarle si era el Arcángel San Miguel, que siendo gente del clero sin duda hablaría latín, el Padre Talanquera se dirigió al desconocido de atrás de la puerta en latín:

—*Quidam sunt hic?* —Le dijo, o sea: “¿quiénes andan áii?”.

—Déjate de babosadas —le respondieron, y la puerta se abrió sola—. Toqué como la gente —le dijo el intruso— y no me abriste. Quien me envía no es de hacerse esperar, te lo advierto, Zacarías Papa Talanquera.

—Pa servir a Dios —dijo Talanquera, asustadísimo.

—¡Mal le sirves, Zacarías Papa...!

—¿Y tú quién eres, pues? —Le preguntó Talanquera.

—Soy Juan Diego. ¿Tanto te has apartao de la fe que no me reconoces?

Sin saber para dónde llevar la conversación, el Padre Talanquera le dijo torpemente:

—¿Pos qué tú no hablabas náhuatl?

—¡Qué atarantado eres, Zacarías Papa! Con los años que llevo oyendo eternamente los rosarios que las beatas elevan hasta el cielo, hubiera aprendido hasta a ladrar como sapo.

—¡Los sapos no ladran! —Dijo, desde las cobijas, Facunda, que había crecido en el campo.

—¡Tú qué sabes! —Le respondió Talanquera— Este hombre viene del cielo, y lo que él diga hay que creerle.

Hizo una pausa, orgulloso de su defensa de la divinidad.

—Lo manda llamar la Virgen —le dijo a Talanquera, secamente, Juan Diego.

—¿Cuál Virgen? —Preguntó Talanquera, rebotando de un atondramiento a otro.

—¿Cuál va a ser? —Le replicó Juan Diego, como si hablara con un bobo—: ¡Pos la mismísima Virgencita de Guadalupe!

—No, bueno... —se explicó Talanquera— es que aquí tenemos otra, la Virgen de los Dolores...

—¿Y? —lo interrogó retóricamente Juan Diego.

Y como, precisamente, Retórica era la materia que Talanquera había reprobado en el seminario, en lugar de responder preguntó:

—¿Y, qué me quiere?

—Ah, jeso yo no sé! A mí poco me informan —se quejó Juan Diego—. En la Corte Celestial, pa lo único que les gusté fue pa mandadero.

Dispuesto a soportar la divina visión de la madre de Cristo, el Padre Talanquera traspuso el umbral de su recámara, e ingresó al templo, donde la Virgen, sentada en el altar, y con la pierna cruzada, le daba un toquecito de barniz a las uñas de sus pies: una blanca, una verde, una roja...

—¡No te tardes! —Le alcanzó a gritar Facunda a Talanquera.

La Virgen de Guadalupe fue directa: venía, desde el cielo, a hablar seriamente con él, estaba cansada de un viaje tan largo, le hormigueaban los pies, y tenía muchísima prisa, así que le ordenaba que se arrodillase y, por nada del mundo, la interrumpiera.

—Hágase Tu voluntad —dijo Talanquera.

—¿Te vas a tardar? —Le gritó desde el curato Facunda—, porque si no vas a querer, mejor me duermo.

Sin hacerle a la pendeja como cuando se aparece, la Virgen de Guadalupe le dijo, de sopetón, al Padre Talanquera, la anunciación que le encomendaba Diosito Santo hacerle: De tanto dale y dale con su cosita que Dios le dio, y sin que interviniera el Espíritu Santo, era su deber anunciarle que Facunda estaba embarazada. El mensaje era ése. Y su pensamiento el siguiente:

—¿Qué nunca pensó en el desprestigio para la Iglesia?, ¿eh? —Le dijo la Virgen de Guadalupe—: ¡O lo arreglas tú, a tu manera, o te mando quién lo arregle desde los infiernos a su manera!

—¿Vale que le eche la culpa al Cástulo? —Preguntó, desesperado, el Padre Talanquera.

—Órale, te la valgo, pa que veas que jalo contigo —le dijo la Virgen de Guadalupe. Se sopló las uñas para que se le secara la pintura, y se fue caminando de puntitas sobre los talones, rumbo al cielo.

Talanquera, con el entrenamiento eclesiástico que traía, le prometió que él lo arreglaba, que no hacía falta molestar a nadie de los infiernos, no había para qué.

Y al día siguiente mandó a Jaimita a que le trajera, urgentemente, a Cástulo para confesión absolutoria confidencial, con oferta de indulgencias plenarias.

—Ave María Purísima —le dijo el Padre Talanquera en el confesionario.

—Sin pecado concebida —le replicó Cástulo.

—¿Desde hace cuánto que no cojes?

—Desde que nací.

—¿Por qué?

—Por feo.

Que era un hombre sincero, y valiente, le dijo Talanquera. ¿Quería cojer? Se lo merecía. Pero él no sabía cómo, le confesó Cástulo. Que él lo guiaría, en nombre de los Sagrados Sacramentos de la Fornicación, le dijo Talanquera, y que hoy por la tarde después del rosario, cuando Irenita se fuera (siempre es la última que se va), se ocultara abajo del Santísimo y a las doce, a las doce en punto, tocara a la puerta del curato y dijera que era Juan Diego, de parte de la Virgen de Guadalupe, de la de Guadalupe, no de la de los Dolores, ¿comprendía?

—A medias.

¿Quería cojer o no?

—Entonces ya entendí —dijo Cástulo.

El Padre Talanquera le dijo a Facunda que se acostara, desnuda como siempre, que él se pensaba tardar tantito rezando. Que por él que se durmiera, que al cabo que si se le ocurría usarla, ella estaba acostumbrada a que se la disfrute dormida. Escondido en el templo, Cástulo temblaba de frío.

Cuando el reloj de la torre dio el último de los doce golpes de las doce de la noche, Cástulo tocó.

—Ha de ser otra vez Juan Diego —le dijo Talanquera a Facunda—, voy a ver, tú mejor duérmete.

Le castañeaban los dientes a Cástulo.

—Orita se te quita el frío, en cuanto sientas en tu piel cuerpo de mujer desnuda, calentita —le dijo el Padre Talanquera—. Jálale pa lo oscuro; la cama está a la derecha, junto a la ventana.

—¿Y qué hago? Usté me dijo que me iba a enseñar... —dijo, pelando los ojos, Cástulo.

—Tú nomás métete bajo las cobijas, repégate a la Facunda, y lo demás viene solito —le indicó el Padre Talanquera—. A la hora de la hora, todos le hallamos.

—¡Deme cuando menos la bendición, Padre! —Le rogó Cástulo, y el Padre Talanquera le puso con los dedos la cruz en la frente, “en el nombre del Padre, del Hijo...”, y ahí se detuvo, porque esta vez la obra no sería del Espíritu Santo.

Dos días después, porque el asunto urgía, el Padre Talanquera mandó llamar, con Irenita, para que mandara a Jaimita, a Cástulo.

—¿No qué no sabías, mentiroso? —Le dijo.

—Verdad de Diosito Santo, Padre, que yo nunca había hecho eso —dijo Cástulo.

—Pos pa ser la primera vez eres un suertudo: sacaste premio
—le dijo Talanquera.

—¿Cómo es eso? —Preguntó Cástulo.

—Que te tocó “el monito de la rosca”... —le dijo el Padre Talanquera, pero vio que no entendía, así que fue más preciso—: Que la embarazaste a la Facunda.

—¿La qué...? Yo... —Seguía sin entender, Cástulo, por lo desacomunado que está a las palabras finas.

—¡Que la preñaste, zoquete, que la Facunda está *cargada* de ti! —Le dijo Talanquera, jalándolo de la patilla, como reprimenda.

—¿O sea que salí buen garañón, Padre? —Dijo Cástulo, quien con esa explicación sí entendió re bien.

Y que abriera las orejotas, para que entendiera lo que seguía, según manda la ley de Dios: se tenía que casar... y se tenía que vestir, porque el onceavo Mandamiento dice: “Te casarás vestido y ya, ¡obedientemente!”.

El domingo entrante, todos fueron a misa, por presenciar el morbo de aquella boda. Los vestidos, adentro; los encuerados afuera. Los De Los Ranchos vinieron, y entraron al templo (Amfibia y Nereida se taparon el seno al aire con un rebozo, y Juancho se tapó lo destapado con un pañuelo), menos Coca Cola, quien causó gran admiración con su piel de coralillo y con su atuendo: traía un anuncio de Coca-Cola de los viejos, en forma de corcholata, en la cabeza, y se veía “tan mar-gnífica” que Tentenpié propuso que la declararan Patrimonio Natural de la Humanidad.

Sólo Facunda y Justina no compartían el alborozo. Si Zacarías la tenía que casar, ¿por qué le buscó al más feo del pueblo?, pensaba Facunda, ¿qué le hubiera costado traerle al Juventino, que tiene

buenas nalgas, o al Juancho, que dicen que su pajarito es del tamaño de un guajolote? Justina, por su parte, está desilusionada: le quitan al único hombre con el que ella pudo haberse casado. Se quedará a vestir santos, ella, que quería desvestir borrachos, para eso la entrenó la maestra Martelina. Tanto ir a la escuela para nada, puro desperdicio fue su instrucción... Pero deveras que Justina no estuvo en la boda porque no alcanzó a estar lista, ¡tenía mucho que llorar! Que la perdone Cástulo, ¡le hubiera tantísimamente gustado asistir, ella de novia en lugar de la Facunda! Pero como Cástulo preñó a la Facunda, y no a ella (que por mensa no se le ocurrió ese camino), ¡qué remedio quedaba en las costumbres, ¿a ver?!

Estaba feo el Cástulo, la mera verdad. Hasta vestido de novio y recién peinado se veía feo. ¡En cambio la Facunda!... ¿cómo se fue a fijar en él? El Padre Talanquera por ahí llevaba su sermón: Dios era misericordioso hasta con los pecadores, ¿no había pedido Cástulo, hace pocos meses, en la cantina de don Cuco, que le hiciera el milagro? ¡Pues el milagro estaba hecho! Ahora él, Cástulo, tenía que corresponderle a Dios llevando una vida santa, alejado de la lujuria y del pecado carnal. Para eso, desde ese instante, y frente a toda la grey reunida en ocasión tan solemne, lo nombraba sacristán, y responsable de las campanas, con derecho a casa y comida, para él y para su familia.

—Y vieja pa él, pa Talanquera —le dijo Poncianillo en voz baja a Sánscrito.

—Por algo no le gusta su nombre, Zacarías —agregó Sánscrito, como si rezara—, él más bien quisiera llamarse Meterías.

¿Nadie se oponía a ese enlace, verdad?, preguntó el Padre Talanquera. Y sin dar tiempo a que alguien hablara, dijo:

— ¡Entonces cállense todos para siempre!

Y apuró la ceremonia:

— ¿Lo tomas así como está, Facunda? Di que sí.

— ¿La tomas así como la dejaste, Cástulo? Di que sí, que qué otra te queda.

El Padre Talanquera le dio su mano derecha a Facunda, y su mano izquierda a Cástulo, en señal de casamiento, y remató, solemnemente:

— Cástulo, dando fe de que renuncias al pecado y a la condenación eterna, por el bien de tu alma y el de tu esposa, Facunda, y para huir del mal y santificar a tu familia, como lo hizo el Señor San José con la Virgen, ¿prometes ante Dios no volver a tocar nunca, ¡nunca!, a esta mujer que se te confía como esposa?

Cástulo se quedó atónito. No captaba lo que debía responder. En la banca de los vestidos de la cantina de don Cuco, se alborotaba la risa en los pechos y las bocas, queriendo salir.

— ¡Di “sí prometo”, tonto! — Le secreteó Facunda.

— Sí prometo, tonto — dijo Facundo.

“Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe, y etcétera”, carraspeó el Padre Talanquera, y convidó a todos, vestidos y encuerados (que al cabo Cástulo pertenecía a los dos), a una taquiza en el atrio, que él ofrecía en su calidad de padrino, y etcétera otra vez.

— Ándenle, síganlo haciendo hombre... ¡Y ái tán los resultados! — Dijo Antioco, nadie supo si de malas o de buenas, y se salió a fumar a la calle.

— A ese paso, le va a ganar a don Mendo a cabrón — dijo Irenita, rascándose la cicatriz de un aborto de juventud.

31. Humaderones y humillos

Mardoño, el Juez de Paz, que como no va a ninguna de las dos cantinas, nunca se entera de los chismes de hombres, le presumía a don Mendo, mientras fumaban en la Presidencia Municipal, su buen ojo para los casamientos.

—Ya ve —le decía—, no quise casar al Cástulo y a la Justina, pa que no se nos disparara el número de feos en el pueblo, y ahora, ahí tiene... El hijo de la Facunda lo más que puede salir es mitad feo, y eso ya es mejorar la raza.

—¿Y la Justina...? —le preguntó don Mendo.

—Pos se quedará de quedada, qué más —respondió Mardoño.

—¿Y por qué no le haces tú el favor, Mardoño?, la Justina todavía está nueva.

—No, don Mendo, yo no como carne de zopilote.

—¿Y la mamá de Alicia en el País de las Maravillas era pavoreal, guacamaya, gaviota, águila, o qué? —Dijo don Mendo, y le dio una fumada, larga, a su cigarro, como invitándolo a que él también siguiera fumando, sin pena.

—Era güilota, güila, y usted lo sabe bien, don Mendo, porque usted mismo autorizó que pa esas fiestas de San Miguel se instalaran en el Portal mujeres de alquiler, ¿se acuerda? —Y respondió con otra fumada, larga, al convite.

—Y me acuerdo también que cuando terminó la temporada una de ellas, menor de edad, se fue diciendo que tú la habías premiado... —agregó don Mendo, y se detuvo para que Mardoño continuara esa historia que tantas veces se habían contado juntos.

—Al año entrante, me trajo un arriero a una chiquilla de meses, con un papel que decía que era mi hija, y que se llamaba Alicia en el País de las Maravillas, como su madre...

—Y es que todas se ponían nombres curiosísimos: Remedios La Bella, Concha de Fierro, La Maga...

—Dulcinea del Toboso, La Hija de Anacleto Morones, Madame Bovary...

—Y ellas se fueron, y tú te quedaste... empicao, te quedaste empicao con las putas, te hiciste cliente perpetuo de Naguasflojas, y nunca, que yo sepa, te has acostado con una mujer decente, y menos con una nueva.

—¿Ya ve, don Mendo, por qué no puedo hacerle el favor a la Justina?

Agotada la orden oficial del día, el Presidente Municipal y el Juez de Paz, sin nada que agregar, siguieron fumando. De cualquier manera, la lengua se les estaba poniendo pastosa, y los ojos

pesados. Narcotráfico y Mariguana, que saldrían a hacer su rondín de abastecimiento a las dos cantinas, les arrimaron más yerba, para que no les faltara si se les ofrecía.

Se encontraron a la maestra Martelina en la puerta. Les estaba enseñando a sus alumnos, encuerados y vestidos, los edificios públicos de Jilotlán de los Dolores, su pueblo, que eran dos: uno, el que visitaron antes, la casa de don Mendo, y otro el que tenían a la vista, la sede del poder ejecutivo, y cárcel. Después de una mañana tan laboriosa, les propuso que se tomaran un descanso en las bancas del Jardín, en la sombrita, mandó a Sinecuanón por refrescos a la tienda de don Chito, su padre (pa que no se los cobraran), y pasaron a una clase práctica de trabajos manuales: ¿cómo hacer un carrujo sin desperdiciar yerba, despepitándola y apartando los tupitos? “Se deja la pura hojita, niños”, les decía, y les ponía la muestra. Como el futuro y las expectativas de futuro habían cambiado, desde que se prohibió la bebida, la maestra actualizaba la formación de sus alumnos con las nuevas tendencias. Cuando ya todos fumaban sin toser, y daban correctamente el golpe sin atragantarse, pasaron a un ejercicio de zoología en el laboratorio natural que es la naturaleza: fueron a un hormiguero donde cuenta la leyenda que se detuvo a descansar la Virgen de Guadalupe, que vive lejos, una vez que vino a visitar a su comadre, la Virgen de los Dolores, que vive aquí, y les indicó a los vestidos, que se quitaran los zapatos o los huaraches o lo que trajeran (los dos, si era el caso), y que vestidos y encuerados se pararan, sin dejar de fumar al máximo, patarráiz, en el hormiguero, y que comprobaran personalmente que fumando esta yerba mágica las hormigas no picaban. ¿Ven cómo no les pican? Y ellos confirmaban que no, que no les estaban

picando, aunque los pies se les hinchasen como panza de burro muerto, porque no sentían nada... Como Martelina era la profesora, ella no participaba en el experimento más que tomando notas en su libreta de biología animal.

—¡Vieja mula! —Reclamaba la esposa de don Chito— ¡Mira nomás cómo le dejó las patas a mi muchacho!

—No te quejes, mujer —le decía don Chito, y le pasaba un carrujo para aplacarla—, tú qué sabes de enseñanzas educativas. Los tiempos cambian y las maneras también: más antes les daban a los niños de reglazos, o los desgredaban... ahora en la modernidá los paran en los hormigueros. ¡Y mira lo que aventaja la escuela: él, tan chiquito, ya hace tan bien los carrujos, hasta mejor que yo, que le pido que me haga los míos, de lo bien que le salen!

En las dos cantinas, todo era humo. En la iglesia, humo. En la tienda, humo. En las casas, humo. Era un pueblo perfumado de humo. Escondido en el humo. Humaderones donde se reunía la gente acompañada, humillos en los rincones de los solitarios. En la silla de Fuensanta se oía cantar una voz de mujer detrás del humo; en la Plaza, una nubecilla de humo, pizpireta, escondía a Funámbula; Irenita y Jaimita eran un humote y un humito rumbo al rosario; de la torre de las campanas salía el humo de Cástulo; por las calles se paseaba un humo que dejaba reguero de plumas: era Epitafio.

Cuentan que un viajero que hacía mapas para otros viajeros pasó por Jilotlán de los Dolores, bordeó el río, lo dibujó, y asegura que no vio por los alrededores ningún pueblo: eso sí, mucho humo, una bola de humo, como un volcán humeante y denso. Sin duda eran emanaciones tóxicas, porque cuando lo olió le salió la

bailarina que llevaba dentro, echó a correr río arriba con la pupila dilatada, huyendo del humo que se lo quería tragar, y no paró hasta que lo detuvo un unicornio en las puertas del Paraíso, y le dio señas de para dónde escapar.

Itzael, que vino al pueblo de incógnito (nomás de sus padres era incógnito, porque en el pueblo todos lo saludaban) a visitar a Romelia, que siempre le daba su domingo fuera el día de la semana que fuera, se encontró con la moda del humo, y regresó para Los Ranchos a llevar la novedad del humo.

—No —les decía a Juancho y a su papá Cantaquedito—, si en Jilotlán ya están retemodernos: abandonaron la bebida, y ahora fuman de lo más elegante.

—Daca acá eso que trais echando humo en el hocico —le dijo Cantaquedito.

Abrió el carrujo, lo examinó, lo probó con la punta de la lengua.

Impaciente, Itzael le dijo:

—Eso se vende. Uno lo compra como el tequila o la cerveza. Mariguana y Narcotráfico lo venden. Si quieren yo les traigo, en una vueltita mía, pa alguno de mis pendientes...

—Esto es planta que se da —dijo Cantaquedito, viejo ranchero y campesino—. Se da como el maíz, el frijol, o la planta pal agua de jamaica.

—¿Y eso qué, apá? —Preguntó Juancho que, estando joven, quería vivir modernamente, como la gente de Jilotlán.

—Que uno nomás debe comprar, muchachos —les dijo a Itzael y a Juancho, sermoneándolos—, lo que la tierra no da: los machetes, los sombreros, las cubetas, las sillas de montar, los refrescos, las mujeres, y otras cosas indispensables... Pero lo que la tierra da,

es tarugada comprarlo, ¡viveza de la gente de Jilotlán pa seguirnos chingando!

Separó, de la yerbita que se había puesto en la palma de la mano, unas semillitas, le dijo a Juancho que trajera unas cinco macetas con tierra de la que prepararon con estiércol de murciélago, y las plantó, y las orientó para donde daba el sol de mañanita.

—Ora sí —dijo—, de la cosecha, una matita es para cada quien: pa Itzael una, ques como quien dice mediero porque él trajo la semilla; otra pa ti, Juancho; otra pa Amfibia, otra pa Nereida, otra pa Coca Cola; ¡pa que se les quite el brete de la juventud, y prueben! Y sin gastar.

—¿Y tú y mi amá? —Le dijo Juancho.

—Ái nos dan un toquecito de lo que les sobre —le dijo—, nosotros, a nuestra edad, ya no semos tan avorazados.

32. Los vestidos atacan. Cástulo

Pos arresulta ser que tábamos en la cantina de don Fulgencio los que siempre estamos. Yo me había bajado del campanario porque después de tanto año de todos los días juntarme con mis “comertulios” (palabra del Padre Talanquera), pos me sentía solo allá arriba, fumando entre las campanas, que no paran de hablar de puras necedades de vidas de mártires y santos.

Y como no tenía en qué divertirme, porque juré que no volvería a estrenarme con la Facunda, y ella ya tenía la costumbre de dormir en el curato, yo me aburría...

Y me bajaba del campanario, me encueraba pa que vieran luego luego que yo no era enemigo, y me iba a platicar a la cantina de don Fulgencio, donde verdaderamente me sentía como en mi casa. De mi mujer y de mi hijo por nacer ni me preocupaba, pa eso estaba

el Padre Talanquera: todo el día se la pasaba dándoles, a los dos, al querubín que pronto vendría al mundo y a Facunda, “auxilios espirituales”.

Me bajaba y divisaba, entre el humo pero reconocibles, a todos los encuerados de la cantina de don Fulgencio: ahistaba Juventino, ahistaba Zeferio, ahistaba Ramsés, ahistaba Chito, ahistaba Esteban Cáritas, ahistaba Tiburcio, ahistaba Jaime, ahistaban todos, los mismos de siempre, que me preguntaban siempre lo mismo de siempre:

—Así que te casates, Cástulo.

—¿Cómo ven?

—¿Quién lo juera a crer?

—¿Ni tú te la créibas?

—Ni yo.

—Y tonces, ¿cómo jue que te juites a apergollar a una muchacha de tan buen ver?

—Jue por milagro.

—Milagro y alguna maña que tú tengas.

—Alguna he de tener, sin duda, digo yo.

Como no hay plática nueva y yo no tengo nada nuevo qué platicar, Ramsés me saca plática, ahumándome y ahumándose. Que qué pienso de lo que acaba de hacer Justina.

—¿Qué acaba de hacer? —Le pregunto— Aunque es una pregunta nomás por no parecer malcriado, porque pa mí la Justina es cosa marchita en mi corazón.

—Pues en el corazón de ella reverdecas —me dijo Esteban Cáritas.

—Y hasta pueque alguna fruta madure en esa huerta —dijo Tiburcio, el loco.

—¿Qué pues lo ques? —Les pregunté, ya entona, porque con los nervios me había puesto nervioso y estaba a fume y fume.

—Como chacuaco —dijo Jaime, que sí fumaba como chacuaco desde que su hija Jaimita había renunciado al padre que era él y se había ido a vivir con Irenita, una mujer entera, verdadero ejemplo de la anciana que ella quería ser cuando estuviera vieja.

—Los chacuacos no fuman, ahuman —corrigió Juventino, que estaba en diplomacias con Indalecio pa que le dejara ver, en dificultades de dudas, su diccionario, por el bien presente y futuro del pueblo, y de sus habitantes.

—Lo que era que era —me dijo el Zeferio, porque él sí sabía lo que era que una mujer sufriera por la perdición de un hombre, como había sufrido su madre cuando lo perdió a él—, es que Justina se puso, por él, por Cástulo, un luto en la cara que no se le quitará nuncajamás: el Tentenpié le hizo un tatuaje de una lágrima cayéndole del ojo con el que te amaba, Cástulo, y cuando uno ve la gota de la lágrima, de cerquita, eres tú el que se refleja en ella, tú mismito, pero en guapo.

—¡Eso sí que es amor del que yo nunca había visto! —Dijo don Chito.

—Ni del que vivió don Mendo cuando encerró a la mamá de Juventino en su casa para que no se le fuera —se le salió decir a Tiburcio, que según eso se sabía que él no sabía.

—Qué informadito estás... —le dijo al aire de su humo Ramsés a Juventino.

—¿De qué? —Preguntó Juventino.

—De las actividades de Tentenpié, Juventino.

—Acá mi carnal, me tiene al tanto... —se defendió Juventino, turnándole el caso a su hermano Zeferio, para que aprendiera a cubrirlo cuando lo nombrara Secretario Particular de la Presidencia.

—Tesorero —corrigió Zeferio.

—Eso dependerá de los tiempos políticos —le replicó Juventino—: si la emergencia es financiera, serás Tesorero; si la emergencia es personal, serás Secretario; ¿entendiste, bróder?

Otra vez aquello iba rumbo al aburrimiento. Mismamente lo mismo. Y para rematar, Elfega, completamente drogada, con las calcetas negras y apestosas, de vez en cuando levantaba el pico de su copete despeinado para gritar:

—¡Y no me voy a quitar las tobilleras hasta que mi hijo no reconozca, por escrito, que no le da vergüenza que su madre sea yo, y que le da vergüenza que su padre sea Mendo! ¡Por escrito!

En eso estábamos y estábamos en eso, cuando los vestidos, muy mañosamente, hay que reconocérselo, atacaron. Quien dio la alarma, sin saberlo, fue Tiburcio.

Dijo, pendejamente, con la voz del lelo al que le acaban de dar el premio de la mensorrería:

—Ah, cabrón, ya estoy mariguano.

—¿En qué te lo notas, y por qué? —Le preguntó Esteban Cáritas, al que le daba por imitar a Indalecio cuando de plano ya estaba pasadísimo de mota.

—Lo noto en que estoy viendo al Poncianillo encuerao —le respondió Tiburcio.

—Entonces, conclusoriamente, la mayética es una ciencia, y yo también estoy mariguano, porque yo también estoy viendo a Poncianillo encuerao...

...A Poncianillo, a don Cuco, a Indalecio, a Sánscrito, a Antioco, a Tercicio, a Nabor, a Melquíades, y hasta al Padre Talanquera, que abandonó sus obligaciones con mi mujer, Facunda, ¡pa venir a encuerarse! ¡Qué van a pensar la Virgen y Juan Diego! Me entra la desesperación. Ya no se puede confiar ni en los padrecitos, pa venir uno a gusto, sin preocupaciones, a enfumarse a la cantina.

Si esta fumadera maldita no nos estaba salpicando de agua zarca los ojos, a todos los estábamos viendo encuerados, y los estábamos viendo a todos.

¡Jilotlán de los Dolores se había convertido en un pueblo de encueraos! Ni un vestido quedaba. ¿En qué se distraerían las mujeres, en la mañana, sin tener que ir a lavar al río la ropa; y en qué se distraerían en la tarde, sin tener ropa que planchar? Apenas de recién casado y ya con problemas tan enormes.

Indalecio se nos acercó a la ventana, encuerao, y nos dijo, en nuestra mera cara:

—¿No será una ilusión óptica?

Lo dudamos. ¿Y si fuera eso, y nosotros ilusionándonos?

—Ilusión ótica mis güevos —dijo Antioco, agarrándose los—. Son de verdá.

—Entonces, ¿serán una ilusión ótica los güevos de Antioco?
—Preguntó Zeferio.

—¡Ésos serán los de Tentenpié, que se acomodan para donde te les acomodes, Zeferio, porque son ambidiestros, o sea pallá y

pacá! —Gritó Melquíades— Los míos son de una palabra, a tus órdenes.

Taban todos mariguanos, pero lo que decían era cierto...

Tanto tiempo de andarse peliando, si todos habían crecido juntos, daban ganas de abrazarse. La encueradera los enemistó, a lo tonto.

Ora, los de la cantina de don Cuco, desvestidos en son de paz, se arrimaban, modositos y como borregos trasquilados, a la cantina de don Fulgencio, desnudados de cuerpo presente, ¿qué más queríamos pa perdonarles su ofensa de andar vestidos, de necios, sin reconocer la verdad?

Así les hablé, y levanté los brazos en cruz, porque siendo ya sacristán, y oyendo misas de continuo, aprendía sermones, y palabras, y signos de señales de lo que de sagrado hay, y me estaba volviendo devoto.

No me sirvió de nada mi devoción.

Muertos de risa y vivos de alegría, los de la cantina de don Chito nos dijeron que ¡lero-lero, los encuerados son pendejos y culeros, nalgas de fuera y fríos los güevos...!, y que era veintiocho de diciembre, día de los Santos Inocentes, y don Cuco, Indalecio, Poncianillo, Sánscrito, Antioco, Tercicio, Nabor, Melquíades, Talanquera, el propio Padre Talanquera, ¿qué pensar de él?, ¡un santo hombre al que se le aparece el mismísimo Juan Diego, en persona!, se empezaron a vestir, volvieron a carcajearse, y en nuestra mera cara de nosotros se convirtieron en vestidos, pa más burla que nos doliera que, por un momento de ilusión...

—De ilusión ótica...

los consideramos de los nuestros, gentes que no peleaban unas con otras, en Jilotlán de los Dolores, como antes.

Ellos se pusieron a fumar, y nosotros nos pusimos a fumar. ¡Qué otro consuelo había!

Por más que yo ahora fuera parte de la iglesia, sacristán de oficio, no me sirvió de nada mi beatitud. Y empecé a sospechar de los milagros.

33. Esteban Cáritas

Sí, bueno, aunque no me consta, dicen que mi esposa Refugio es mi hermana, ¿pero cómo querían que fundara una familia?, ¿yo solo? Mi papá, según de los recuerdos que me acuerdo, mató a mi mamá cuando la Cuca y yo tábamos apenas en la edad de jugar a las comiditas. No sé muy bien cómo fue aquello, pero en pesadillas vislumbro al padre de los Motis, que una noche cerrada de oscuro trajo una yegua con vendas en las patas, y nos dijo: “Salven su sangre, pélese o los van a matar”. Y nos montó en el animal, adormilados, lo chicoteó, y nos advirtió que cuando llegáramos a donde llegáramos, que la bestia sabía llegar, le dijéramos a la monja que nos abriera la puerta, Motis como él, que nos protegiera por orden suya, y que por caridad nos cambiara de apellido.

A ca don Mendo, se dice que mi apá llevó a mi amá. No le estaba enseñando un camino que ella ya conocía.

—Ahistá tu perra —le dijo mi apá a don Mendo, aventando por las greñas a mi amá en el piso recién trapiado.

—¿Y pa qué me la traís? —Le dijo don Mendo, con mucha entereza.

—Pa que le hagas lo mismo que le haces mientras yo ando, allá arriba, en el cerro, escondiéndome de los rurales, pa cosechar, de temporal, una mariguanita ñenga que les dé de comer a mis gemelos —le dijo mi padre.

—Ella viene por su cuenta, Refugio —le dijo don Mendo—, y yo no la obligo a nada.

De todas maneras qué méndigo.

—La obliga la necesidá —dijo mi padre, enrabiado: tiene dos hijos.

Y mi padre hizo algo que don Mendo nunca pensó que alguien fuera capaz de hacer:

—¡Mujer con mujer se paga, Mendo! —Dijo, y se fue siguiendo la música del piano, y ahí mismo balaceó y dejó muerta a la mamá de Juventino, un amor tan de primera que cuentan que don Mendo la había traído de importación del extranjero.

Entonces, pa desquitarse, don Mendo mató a mi mamá.

—¿Yastamos a mano? —Le dijo mi papá.

—Todavía no —le contestó don Mendo, y le disparó a mi papá.

Esa noche, el fantasma se apareció en nuestra casa, pero nosotros ya no nos asustamos porque en medio de la oscuridad íbamos escapándonos a vivir... Cuando muchos años después regresamos, como marido y mujer, con la Emilia chicampianita, no dijimos

que la casa de nuestros padres era la que don Mendo le rentaba a Naguasflojas, y le alquilamos otra, que tenía desocupada.

Muchos años después —y según Tiburcio hasta el día de hoy—, una mujer muerta sigue tocando el piano en las habitaciones de la casa de don Mendo que nadie abre. Juventino opina que es su mamá, Refugio y yo creemos que es la nuestra. Toca la canción “Solamente una vez...”.

Melancolías aparte, acabo de ver pasar al faquir, al que dizque mataron: ¿era él tan maje pa enterrarse en el calorón de una tumba mientras la piel fresca y de colores de Coca Cola padecía de ausencia en el curato?

Iba vestido de rayas azules y rojas. Traía un letrero por delante y otro por detrás: en el de adelante decía: “se compran fenómenos”, en el de atrás decía “o monstruos”; y en un cartel que llevaba como estandarte, decía: “Y se alquilan cualesquiera de los dos”. Con fines estrictamente comerciales.

Se me antoja rentarle al Título. Pero aparte de que se duerme parado, de que tiene un ojo de cada color, y de que hace un ruido como de grillo cuando mueve las costillas, nada que deje dinero sabe hacer, como pa venderlo.

En este pueblo no hay futuro. Ni oportunidades.

Una vez se me ocurrió que entre todos hiciéramos una alberca. ¿Y pa meternos a nadar habrá que ponerse traje de baño, renunciando a nuestras convicciones?, me replicaron los encuerados.

—Que cada quien se meta como quiera, mientras pague —les dije.

—O sea que estás proponiendo la anarquía —me dijeron—, y que el poder de compra esté por encima de la democracia. ¿El dinero sobre la dignidad de las personas, Esteban, es lo que quieres decir?

Fracasé como empresario.

Y como líder social.

Pero para el trago fui bueno, mientras estuvo permitido, y ahora fumo tanto como cualquiera para no salirme de la historia de este pueblo, donde cada quien tiene algo que aportar.

¿Quieren saber lo que se siente acostarse con su hermana?

Eso me lo tienen que preguntar a mí.

34. Zeferio, fuera de broma

Yo me encueré porque nunca me había visto encuerado. En serio. Lo digo en serio. Hubo los que se desvistieron para pertenecer a los encuerados y ver de cerca a las desnudas, porque así como yo nunca me había visto a mí mismo sin ropa, ellos jamás le habían dado el gusto a sus ojos de contemplar con sus pupilas a una mujer desnuda. Es en serio.

Mi mamá, Elfega, desde chiquito me tapó. Me llenó de trapos, me a-trapó, todo entero para ella, el único hombre suyo, de su propiedad, que le había tocado en la repartición de hombres en el mundo, dice ella. Pero eso no es tan cierto: Gervasio la escogió y ella no quiso. Y luego hubo otros que la buscaron, con buenas intenciones o con malas.

—Yo fui uno de los que la buscó —dice Tiburcio—. Y con buenas intenciones.

—Sin ánimo de ofender a ninguno de los presentes, yo hasta le llevé una serenata, con músicos de fuera —Dice don Jaime.

—¿Han notado que en este pueblo no hay música? —dice don Chito.

—Ni músicos —dice Ramsés.

La única música que hay por aquí es nomás la de los balazos que echa Tercicio cuando se enamora, y eso no es muy seguido.

—Pero está la banda de guerra —apunta Juventino—, que fundó mi apá don Mendo.

—*He ahí* un buen proyecto municipal de campaña, pa cuando tú vayas de candidato a presidente, en cuanto se muera tu apá... mi apá... nuestro apá —que le digo.

—¿Y ése qué proyecto sería?, señor Tesorero —que me dice.

—Un mariachi, con serenatas gratis para todas las muchachas solteras, Señor Presidente —que le digo, en mi calidad de Secretario, que era lo que yo aspiraba a ser, desde que supe que en Jilotlán de los Dolores nadie pagaba impuestos.

Una vez los sargentos Narcotráfico y Mariguana quisieron calarle a la cobrada de impuestos. Se presentaron, oficialmente, en la ordeña de los Motis.

—¿Se les debe algo, o qué? —Dijo Motis padre.

—Yo no he sacao nada fiao, apá —dijo Motis hijo.

—Ni cuantimemos yo, jamásnunca —dijo la mujer de Motis padre.

—Tonces, ¿qué cobro es ése? —Dijo Motis padre.

Que se llamaban “impuestos”, que era una “contribución” que los “ciudadanos” hacían al “bienestar común”, repitieron Mariguana y Narcotráfico, según las instrucciones de Mardoño.

—Yo mantengo a mi mujer y a mis hijos —dijo Motis padre—, como corresponde.

“¿Y las calles del pueblo, y el agua, y la iglesia, y el mantenimiento del Jardín Municipal?” le fueron cuestionando, en serio, los sargentos, que iban, no se le olvidara, en nombre de la Ley.

Motis quiso contestarles, “la Ley mis güevos”, pero como ya había oído decir a Antioco, “ilusión óptica mis güevos”, la vez que los vestidos se burlaron, desvestiéndose, de los encuerados, no quiso repetirse, “porque eso es de mal gusto”, le enseñó Tentenpié, la noche que lo vio, encapotado, queriendo tocar en ca de Naguasflojas, y le dijo: “Pero si ya has venido antes aquí, criatura, vente conmigo pa que pruebes algo diferente”, y se lo llevó pa su casa, mejor dicho, pa la casa que mi apá don Mendo le renta a Tentenpié. Desde entonces, Motis padre bocabajea a su mujer, pero ése no era el tema, en serio, sino el del pago de “contribuciones municipales”.

—Las calles —les dijo Motis padre—, ¿son más o qué?

—No —dijo Narcotráfico—, son de todos.

—¿Y me toca a mí pagar lo de todos, eh? —Dijo Motis padre.

—Yo diría que no —opinó, apartándose de la ley, el Mariguana.

—¿Y mi queso, este queso que parece amamantado por las Once Mil Vírgenes, el mejor queso del mundo, el De Los Ranchos de Jilotlán de los Dolores, es mío o no? Pruébenlo y díganme si exagero.

—Es suyo y tá buenísimo —dijo Mariguana, probándolo.

—Está buenísimo y es suyo —dijo Narcotráfico, atragantándose.

—¡¿Y les pido yo que me paguen impuestos por mi queso?!

—Les gritó Motis, y sus hijos y su mujer cortaron tan sonoramente el cartucho de sus escopetas, que las moscas, que se atascaban de leche, se quedaron quietecitas hasta asegurarse que la cosa no era contra ellas.

Mariguana y Narcotráfico no pararon de correr hasta Jilotlán de los Dolores.

—¿Voy a pagar yo por unas calles por las que poco paso, voy a pagar yo por un agua que viene a arruinarme la siembra cuando no la pido, voy a pagar yo por un Jardín que barre Zeferio cada que lo entamban, voy a pagar yo por una iglesia donde el padre guarda a su querida y a un cornudo...? ¿Toy pendejo o qué?

—No, pendejo nostás —le dijo la esposa de Motis a Motis padre.

—Qué bueno que mi amá sabe mentir tan bien —dijeron los Motis hijos.

Y en serio, bromas aparte, Mariguana y Narcotráfico fueron con la mala noticia a Mardoño, que se moría de miedo de que don Mendo, mi apá, le dijera, otra vez: “¡Atarantado, invéntate algo!”. “¿Como qué?”. “¡Como qué, como sea, algo que sí deje... como el fantasma, que sí dejó!”.

Narcotráfico y Mariguana oían los gritos y se tapaban la frente con la cachucha:

—Misión no cumplida —le reportaron a Mardoño, enteleridos.

—¡Pueblo bárbaro! —Dijo Mardoño—, por eso nunca vamos a progresar. Ya ni los tontos quieren pagar impuestos.

—¿Y los listos? —Dijo don Mendo, por molestar a Mardoño, queriéndose pasar de listo.

—Con ellos no le hemos calado —dijeron los tontejos de Mariguana y Narcotráfico.

“Que le calaran”, dijimos los de la cantina de don Fulgencio; “que le calaran”, dijeron los de la cantina de don Cuco.

—¿Y si les ponemos un impuesto obligatorio a los desnudos?, que dice que manda decir Mardoño de parte de don Mendo, ¿a ver? —Les fue a decir Narcotráfico, a los de la cantina de don Fulgencio, reguileteando su tualete—, ¿qué?

—¡Pues nos vestimos! —Le contestaron.

—¿Y si les ponemos un impuesto obligatorio a los vestidos?, que dice que manda decir Mardoño de parte de don Mendo, ¿a ver? —Les fue a decir Mariguana, a los de la cantina de don Cuco, reguileteando su tualete—, ¿qué?

—¡Pues nos encueramos! —Le respondieron.

—¿Así, tan débiles eran sus “convicciones”? —Dijeron, Narcotráfico y Mariguana, y pa que vieran que ellos no estaban en contra de nadie, ofrecieron una ronda de medio kilo de mota gratis.

Nadie se alebrestó.

Y yo, de cierto, no acababa de decirles lo que quería explicarles a mis compañeros de cantina. Necesitaba que me oyeran, y entonces grité:

—¡Cállense, que quiero hablar!

—Loco, como su padre —dijo Chito.

—Loco, como mi padre —dijo Juventino.

—Loco, como su madre —dijo Tiburcio, el loco, que sabía mejor que nadie de dónde me venía lo loco a mí, pero no quería decírmelo.

Hablé, cuando se callaron, que fue inmediatamente. Dije lo que estaba diciendo, al principio de la plática, porque detrás del humo de su fumadera las palabras eran un escurrimiento pegajoso.

Mi mamá me tapaba, desde que yo era niño. Me tapaba tanto que yo tardé mucho en saber si yo era niño o niña; taba bueno por delante y por detrás, era por eso, me lo aclaró Tentempié.

Pero como mi mamá no quería que me viera, había roto todos los espejos. Cuarto por cuarto, con un martillo, fue rompiéndolos uno por uno, creyendo ella que yo no me daba cuenta que las astillas hacían blanco en mi cuerpo.

¿Por qué mi madre me envolvía como tamal a los cinco años? ¿Por qué me mandaba a la escuela del profesor Indalecio, con la maestra Martelina, con sarape y cobija y poncho, pa que no me viera nadie a mí, su hijito consentido, en cueros?

Por eso me desvestí, y por eso me desmayé.

Pa identificarme y solidarizarme con Juventino, mi hermano, me desvestí, envidioso de su atrevimiento. Pa ser único y diferente, me desmayé. Primero en algo, ser el primer desmayado, y eso nadie me lo quita, en serio.

Me desmayé, en presencia de todos, pa llamar la atención de mi madre; y me encueré cuando Juventino, el hijo de mi padre, se encueró, pa que entendiera mi padre que éramos hermanos, de la misma sangre, los dos, y dejara de hacer distingos, y nos tratara igual.

Esto lo digo en serio, fuera de bromas.

35. “¿Cuánto, oiga?”. Naguasflojas

Yo le daba sólo al que me daba, y al que no me daba no.

—Dale sólo al que te dé —me enseñaron que aprendiera las güilas que vinieron a la función de San Miguel, que no daban nada si no les daban algo.

Antes, yo las daba por nada.

Porque no sabía.

Era una ranchera de Jilotlán de los Dolores. Que, como todas las demás, que no sabían leer, nunca se le hubiera ocurrido que su cuerpo valiera algo, y mucho menos que alguien lo pagara.

El que presume haber sido el primero, o cuando menos uno de los primeros, es Tiburcio, quezque porque haciéndole al loco se ganó mi confianza, y órale me desnaguó atrás de unas matas por el lado del río; que él cuente lo que quiera, y yo lo niego, pues ese

privilegio no se lo reconoceré a nadie, porque me desvalúo. ¡Me he vendido tantas veces como primeriza, que ya ni me acuerdo a cuántos he enseñado!

Casi al mismo tiempo, el fantasma asustó a mis papás, y llegaron las güilas para las fiestas del patrono San Miguel. Que mi casa estaba embrujada, dijo la municipalidá, de parte de don Mendo, y por escritos de Mardoño; y el Padre Talanquera la roció de agua bendita, y con unas palabras en latín yo me quedé en la calle, y me fui a una banca del Jardín, a llorar.

—¿Qué tienes, hija, si lo tienes todo?

—Catorce años —contesté como tonta.

—Entonces tú no tienes ningún problema, lo que tienes es una mina de oro, mi vida.

Y me aceptaron, como aprendiz, pa que no me quedara a dormir en la calle, las güilas de la canela, porque vendían canela pa disimular ante el Padre, quien, sin disimular, se servía de nuestra rajita de canela.

Por ahí pasaron Nabor, Poncianillo, Ramsés, Chito, Antioco, Juventino, Jaime, jóvenes y viejos revueltos, pa la probadita de promoción, gratis, por principio de fiestas, y les gustaba, porque yo estaba chavalilla y dura de todas partes. Luego volvían y entonces tenían que pagar por viejas bastante mayorcitas y aguadas, que fue lo que le pasó a Mardoño, que volvió otra vez quemándose, y le explicaron que la promoción se había acabado, y que escogiera de las otras alguna que le apagara el incendio, con un costo suplementario porque se trataba de un caso de emergencia... y que lo aguadito de la que le tocara era porque la única durita era yo, y yo no estaba en venta: ¡era un producto promocional!

Cuando ellas se fueron, yo me quedé, porque yo era de aquí.

Si no me sacó de aquí un fantasma, ¡menos un atajo de putas!

—¡Te vas a arrepentir! —Me maldijeron.

—¿Y qué si me arrepiento? —Les dije, cuando ya se iban, desgraciadas todas: Sin una teta una, La Maga, porque se le acedó y se le quedó pachiche, debido a que Melquíades se la estuvo chupando dos días seguidos, y se lo tuvieron que despegar, a la fuerza, entre todas; casi se moría la pobre. Sin dientes otra, porque Tercicio, el hijo de Cartapacio, se enamoró de ella y sacó la pistola, y ella pensó que pa matarla pa que no fuera a ser ya de ningún hombre, pero no, Tercicio lo que quería era echar bala, pero viéndola tan asustada, se aprovechó y le pidió de recuerdo un diente, en prueba de amor, pa presumir en la cantina de don Cuco, y de tanto ir a visitarla y pedirle pruebas de amor, la dejó tan completamente chimuela sin ningún diente ninguno, que ya no parecía persona sino bruja. Y a la otra, a la que mentaban Dulcinea del Toboso, uno de Los De Los Ranchos, creo que fue un Motis o Balandrón, aunque nunca se supo bien a bien, quién sabe qué cochinada de yerba maldita le untó en sus partes, porque todo el santo día se repegaba a cualquier palo que viera, árbol, cerca, horcón, falsete, y hasta el molinillo se metía la condenada... El Poncianillo le decía, maloso: “¡Ándale, Dulcinea, te presto mi bordón pa que lo disfrutes...! Salió bueno, ¡¿no ves que es bordón de cojo?!”. Y de tanto tallarle, se le peló refeó la cola, le sangraba a la pobre ingrata. A la que pior le fue, si pior hay, fue a Concha de Fierro, que nombraban así porque ni los más curtidos y jariosos y sobrados conseguían abrirse paso entre sus piernas: nomás pujaban y sudaban, y era una burladera en las cantinas, y apostaban: creo que no hubo uno solo que no le hiciera la lucha,

y a todos vencía... Hasta que hubo quién la desfondó, ¿adivinan quién?, pues claro, el Juancho, ¿quién más? Y cuando digo que la desfondó es porque de veras la desfondó: ¡pegaba unos gritos Concha de Fierro!, pero aquel animalón la tenía bien agarrada, pa que no se le pudiera escapar pa los lados, y otro empujoncito, y mientras Concha de Fierro aullaba y lagrimeaba como marrana en el matadero, el Juancho, concentrado en lo suyo, de centímetro en centímetro, se la fue dejando ir toda... Luego, pa sacársela, ¡fue un problemón! Los tuvimos que jalar entre todas, como cuando los perros se quedan pegados. Pobre mujer: ya no pudo volver a caminar nunca, y se sienta esquinadito...

A La Hija de Anacleto Morones, le pegaron una enfermedad (no se sabe quién porque eso nunca se dice), y de repente se le empezó a caer el pelo, un pelo diatiro bonito; le brillaban los lamparones en la calva. Ni un méndigo cabello le quedó; y era tan feo el mal, que le fue bajando por el cuerpo: se le cayó una oreja, luego la otra oreja, luego la nariz, las uñas de las manos... ¡Bueno, hasta la baba se le caía a la desdichada! Por el rumbo de las parcelas de Obdulia, encontraron a un hombre tirado, podrido, sin pelo y sin orejas: se había pegado un tiro con su propia pistola, así que se piensa que a lo mejor fue él el que contagió a La Hija de Anacleto Morones, pero su nombre no lo pronunciamos en el pueblo, porque él tiene familia aquí, y hay que respetar a la gente, pa que la gente la respete a una.

Lo de Madame Bovary, aunque acabó mal, empezó como juego. Como ella soñaba con poner su propia Casa de Citas en la Ciudad, seis infelices de las cantinas de don Fulgencio y de don Cuco (esto fue antes de que hubiera encuerados, cuando todavía eran amigos

los de las dos cantinas), le dijeron a Madame Bovary que los acompañara porque iban a desenterrar el tesoro de un aparecido. ¿Y por qué de noche? Porque en la noche es cuando el alma del muerto echa luz. ¿Y por qué no echa luz de día? Porque en el día las almas están muy ocupadas en el Cielo, rezando el rosario, y San Pedro no las deja salir... Ah, qué bruta, le dijeron, ¿ella nunca fue a la doctrina o qué? Pos no, dijo ella, no hubo tiempo de que fuera, porque sus abuelos, que la criaron, la pusieron a putear desde muy chicampianilla... ¿Iba a ir con ellos, o no quería hacerse rica? Pudo más la ambición, y con ellos se fue. Y ya estando en el monte, cerrada deatiro y sin estrellas la noche, y sin luna, la agarraron entre todos, la encueraron, ella todavía lo tomaba por las buenas y les decía: “¡Órale, pa eso es pero se paga!, ¡pidan nomás y lléguenle al vicio!”. Pensaba que la querían montonear entre los seis, pero eso a ella ni le apuraba: ¡hasta a veinte les daba batalla! Se le acabó la risa cuando se vio amarrada a un árbol, desnuda, sin su medallita de la Virgen ni sus escapularios, y ellos le dijeron que el trato no era con un fantasma del Cielo sino con el merito diablo mayor de los infiernos... que pa entregarles el tesoro, él había pedido que le arrimaran una mujer pa darse una refocilada, ¡porque él siempre anda muy pero muy caliente! Madame Bovary estaba asustadísima, que ya muchachos, que se dejaran de joderas, que la desamarraran, les rogaba. Le dieron las buenas noches y se alejaron de las súplicas, los insultos, los gritos de terror que hasta el pueblo no se oían. A la mañana siguiente, le mandaron a decir conmigo a las demás güilas dónde estaba Madame Bovary. Se la encontraron invadida por los asquelines, piqueteada, con los ojos sin parpadear, y repitiendo que había fornicado con el diablo,

completamente loca. No dejaba que la tocaran porque decía que estaba sucia porque la había besado el diablo. Eso sí, repetía, ¡no hay hombres como el diablo! Yo no sé si esos cabrones se disfrazaron pa asustarla todavía más, pero de que se volvió loca, se volvió loca...

A Remedios la Bella le fue menos mal, por decir lo menos, porque la preñó Mardoño, y como jedía a podrido porque todo el día se la pasaba vomitando, ningún cliente la escogía. Se puso flaca, tilica, ojerosa, daba lástima. Y mientras ella se iba secando, la panza le crecía. ¿Cómo le vas a poner al niño, Remedios?, le preguntaba yo; y ella me respondía, vomitando tantito: Va a ser niña. Y se va a llamar Alicia en el País de las Maravillas. ¿Y eso por qué?, le preguntaba yo de nuevo, y cómo sabes que va a ser niña. Volvía a vomitar, tosía, casi se le salían los ojos, y me contestaba: ¿Qué dan las gatas?, gatas; ¿qué dan las lobas?, lobas; ¿qué dan las gallinas?, gallinas; ¿qué quieres tú que den las putas, mujer? ¡Pues putas! Ah pos sí, decía yo, que no pienso tener hijos nunca. Así que como mi hija va a nacer puta, me decía Remedios La Bella, va a tener nombre de puta desde la pila de bautizo.

Ellas se fueron, todas, y yo me quedé, guardando de ellas lo que me acuerdo.

Y no me he arrepentido, como me lo maldijeron: ¡ya me vería yo con ese puterío de viejas inútiles, chingándole pa darles de tragar a todas! ¡Qué pendeja se la hallaron!, les dije, y les aventé piedras pa que se largaran más rapidito, ¡atajo de ánimas del Purgatorio!

Les fue mal en este pueblo, a todas, lo reconozco; de algún modo todas se fueron incompletas. Pero a ver, ¿pa qué vinieron a un pueblo que no es el suyo?

Al menos, yo me quedaba completa, ya que siendo nativa de Jilotlán de los Dolores, los de aquí, que me conocen bien, y conocieron a mis padres, me usan sin abusar de mí... Nomás me gozan como se debe de gozar a una mujer, y punto. Nunca recurren a exageraciones. Y el trato, cuando hay que apalabrarse la primera vez (los que ya me han contratado antes, saben cuánto pagarme y qué les doy), es una negociación decente, y más o menos así:

—¿Qué me das?

—Y tú, ¿cuánto me das?

—Depende de lo que tú me des.

—Lo mismo digo.

Y lo mejor es, como me aseguró Mardoño, que tengo el “monopolio”. O sea que nadie más vende de la mercancía que yo tengo. Nomás Tentenpié, pero *eso* no es competencia: lo mío sí es genuino, y lo de él no; además, soy muy aseadita, y la gente lo sabe, y me respeta.

Me tratan bien todos, porque todos, tarde o temprano, necesitan mis servicios (por cierto, Cástulo, que de soltero nunca vino, nomás se casó ¡y le ha agarrado un gusto a la venidera!). Hasta las mujeres saben lo indispensable que soy para el pueblo: ¿qué harían las novias en su noche de bodas, si yo no les hubiera entrenado al novio? No iban a ser ellas las que los enseñaran, ¿verdad? Y cuando el marido anda ganoso de mucho combate, y ellas andan aflojeradas o en sus días, ¿qué harían las casadas si no estuviera yo pa aligerarles la carga?

Soy una bendición pa este pueblo. Por algo Doménica nomás mató a su esposo Juanoto, y a mí me tuvo miramientos. La prueba del lugar de aprecio que ocupo en Jilotlán de los Dolores, es que

nunca, nadie, ni siquiera los chiquillos, por travesura, me dicen “Naguasflojas”, que es apodo muy corriente. Al contrario, me tratan de *doña* y se dirigen a mí de *usted*, llamándome cortésmente: May Darling Clementine.

—Doña May Darling Clementine, ¿qué se le ofrece?

—Doña May Darling Clementine, ¿en qué puedo servirle?

—Sí, doña May Darling Clementine, ¡no faltaba más!

Y a veces, algunos hombres agradecidos, me mandan a sus mujeres pa que me ayuden en el quehacer de la casa.

36. En este pueblo todos somos cómplices

Algo andaba mal, pensaba don Mendo. Y no lo pensaba porque el piano, últimamente, sonara a desganado. Sino porque de pronto, bajo la nube de humo, escuchó el silencio. Ni el aire silbaba palabras con su voz. Vio jugando a niños a las canicas, unos desnudos y otros encuerados, con su cigarrillo en la boca, sin festejar cuando ganaban, sin protestar cuando perdían. Pasó por el portal de Fuensanta, que cosía, y no la oyó cantar. En la tienda de don Chito, las mujeres no hablaban: con los ojos se hacían preguntas, que se respondían con los ojos.

Los sargentos Narcotráfico y Mariguana le hicieron una seña con la mano al sombrero (¿ahora traen sombrero?, ¿y la gorra reglamentaria?), mudos, que sin novedad, que todo estaba en orden. Ya hasta los policías se creen gente respetable, y usan sombrero. En la

cantina de don Cuco, Indalecio estaba sentado sobre Poncianillo que, a cuatro patas y en el suelo, le servía de banca; Sánscrito estaba sentado de la misma manera sobre Antioco; Tercicio sobre Nabor; Melquíades sobre el Padre Talanquera; fumando todos. Sólo sobre don Cuco no había nadie: banca vacía. ¿Qué era aquello?

Tanto año de vivir aquí, recluido en ese pueblo al que lo mandaron, y no entender. Pueblo de blancos, no de indios, ¿dónde estaba la complejidad que no le hallaba? Para completar el rompecabezas, fue a la otra cantina, la de don Fulgencio. Atravesando la Plaza, se tropezó con el faquir que deshojaba una margarita albina: ¡eso ya era demasiado!, quiso gritar, pero se le taponeó el gaznate con una libélula que, buscando salir de Jilotlán, se aprovechó de esa boca abierta para huir.

En la cantina de don Fulgencio, todos seguían encuerados, así que de no ser por el silencio y algunos detalles mínimos, parecería que la normalidad no se había roto... Sólo que unos a otros se espulgaban, sin que constara en los archivos municipales ninguna pandemia de piojos. Don Fulgencio, en un bule, recogía la colecta como Cástulo recoge la limosna en el templo: Juventino, en buen hermano, le sacaba los piojos a Zeferio; Ramsés, que era menor, a don Chito, que era mayor; Esteban Cáritas a Tiburcio, el loco, que se retorció porque le daban cosquillas que le hurgaran la cabeza, porque se le revolvían las ocurrencias; y Jaime, el padre de Jaimita, con los dedos en el vacío, buscaba imaginarios feos piojotes en la fea cabezota de Cástulo, que ya no venía a la cantina porque estaba trabajando medio tiempo de sacristán y medio tiempo de cornudo, por lo que su empleo con el Padre Talanquera debía considerarse de tiempo completo.

—¿Estás o no estás de tiempo completo? —Le decía el Padre Talanquera, queriendo quitarle un soldado al enemigo.

—¡Estoy, Padre! —Contestaba Cástulo, bajando los cuernos y poniéndose a tocar las campanas, aunque no hubiera misa, pero algo tenía qué hacer para que su tiempo fuera completo... que, por cierto, eran campanas que no se oían...

¿Para dónde ir, entre tantísimo silencio?, se preguntó el Presidente Municipal, don Mendo.

Para donde van los elefantes cuando saben que van a morir.

Fue a su casa. Le hizo una seña a Balbina, la nana de Indalecio y la nana de su hijo, que le abriera, en silencio para no molestar, las habitaciones de la señora. ¿Qué señora era ésa, la madre de Juventino o la esposa de don Mendo, o la madre de los gemelos Esteban y Refugio Cáritas? Imposible saberlo sin palabras. Fue a sentarse a un sillón, le dijo a la mujer que estaba ahí que tocara, pero ella no lo oyó.

—¿Me amas? —Le dijo don Mendo.

Ella no escuchó la pregunta pero no necesitaba escucharla: años, años, y años, todas las noches que llevaba encerrada, Mendo venía todas las noches con lo mismo, y ella le respondía todas las noches lo mismo.

—No, y tú lo sabes.

Pero esta vez fue el silencio el que respondió. Porque el silencio, viendo las necedades que se cometían con las palabras en Jilotlán de los Dolores, había decidido que sólo se escuchara él: el silencio.

—¡¿A qué horas sales al pan?! —Se oyó el liberador grito de Título provocando a Simploncillo, de quien entre los niños se anda

murmurando que traí sangre en las venas pa seguir las huellas de Tentempié.

—¡A la hora que me saques, guapo! —Le contestó Alicia en el País de las Maravillas, con una desenvoltura que ni Jaimita, a su edad.

Al menos se rompió el silencio, ¡el maldito silencio que estaba matándome!, se relajó don Mendo, y pudo pensar sin el corazón en la mano. Este humo nos está modificando a todos, menos a Elfega. Dicté la ley de la prohibición del alcohol cuando la vi tirada de borracha, en sus propios orines, alegre y platicadora; me la acabo de encontrar, a media calle, triste y silenciosa, drogada, en sus propios orines. Estoy como al principio. ¿Me voy a pasar la vida encerrando mujeres con pianos y prohibiendo el alcohol pa que no se embriaguen, poniendo en riesgo la convivencia ciudadana?

¡Que venga Mardoño!, gritó, feliz de que otra vez regresara a Jilotlán de los Dolores el sonido de su voz. Ahora sólo faltaba que la nube de humo se despejara, para que el sol iluminase, de nuevo, la belleza de las amapolas del Jardín, las plantas de marihuana silvestre de los tejados, las cejas de las muchachas, y la tierra del adoquín donde crecían, solícitas, las plantas de droga pa que las cosecharan los pobres y no sufrieran necesidad... sólo que en Jilotlán de los Dolores no hay pobres... Mínimo error de la naturaleza.

Y Mardoño vino, mejor dicho, lo trajeron Narcotráfico y Marihuana de en ca May Darling Clementine, para que tomara el dictado que le tenía que dictar, en carácter de urgente, su superior patrono y jefe perpetuo, hasta que a su muerte lo reemplazara Juventino, por lo que a Mardoño le convenía tener pronto un hijo,

para que alguien le sucediera en el puesto, y eso no era una amenaza, sino un consejo, porque al Zeferio se le ven ambiciones, y que escribiera:

—Nomás así, porque me da la gana, y porque yo decreto lo que yo decreto cuando me da la gana: Sígnese, que venda alcohol quien quiera, bajo forma de tequila, trago, changuirongo, coctel que le dicen los estirados, rebajado o cerveza, a la hora que quiera del día o de la noche, a persona adulta o mayor o de edad escolar, sin discriminación de ciudadanos.

¡Y además, Narcotráfico y Marihuana ya se creían los dueños del pueblo, cuando el propietario legítimo era él, don Mendo! ¡Qué insubordinación, pues, era ésa! En reconocimiento a los servicios rendidos, no se les quitaban sus derechos, nomás se les restringían...

Nadie interpretó esa nueva disposición como una buena noticia, pero la acataron. Y, aprovechando esas ventajas legales, se pusieron a beber.

Y a hablar, ¡porque ya les andaba de contarse unos a otros la cantidad de cosas de las que se enteraron, y las que vieron por sí mismos, mientras ese pinche humo los mantuvo en silencio!

37. ¿Y quién acabó con el pueblo?

No, nadie, nadie acabó con él: el pueblo sigue aquí, sólo que ya nadie lo visita.

Bueno, antes tampoco: a este pueblo nunca lo visitó nadie.

Nadie viene a él, nadie se va de él.

Como no sean las güilas, que vinieron para las fiestas de San Miguel y luego se fueron; como no sea Indalecio que vino a dirigir la escuela y se quedó; como no sea el Padre Talanquera que aquí se hizo hombre... O como no sea Alicia en el País de las Maravillas que, bien mirado, es de aquí como cualquiera de nosotros, de Jilotlán de los Dolores nadie se va, y nadie llega.

Casi ni se ve el camino de ida y de vuelta.

Y ya ni los muy viejos saben a dónde va el camino o de dónde viene.

Si los arrieros, los que andan en busca del Paraíso Terrenal, los forajidos, los que perdieron su pasado, los profetas, los maritateros, los solitarios, los ajenos a sí mismos, pasan, de casualidad, por aquí, es que andan perdidos.

Entran sedientos, echan un vistazo, ven cómo está todo, toman agua, y se van.

Los niños desnudos de la maestra Martelina los abrazan, para su lección de recibimiento de forasteros; el faquir come clavos y escupe golondrinas para impresionarlos; Poncianillo eructa cada vez que Cástulo da una campanada; Tiburcio trae una cacerola de mascota, que ladra o hace “miau” según la hora y el clima; un rancho con sotana y sin rasurar grita que es muy bonito, requetebonito, ser hombre; otro tira balazos, dice él, en honor a Chihuahua, con una pistola que no es suya; unos encuerados, del otro lado del Jardín, se ríen, sin ganas, de algo que se acuerdan; Juan Diego y la Virgen de Guadalupe se enfrascan en una discusión, a solas, sobre el sexo de los ángeles: ¿será Tentenpié un ángel?; Naguasflojas, desde la puerta de su casa, les pregunta a los fuereños si se les ofrece algo en lo que ella les pueda servir... Hay gente encuerada y hay gente vestida que se ignora, mutuamente; los viajeros comprenden que no es un pueblo para quedarse, y se echan en estampida a campo traviesa, arriesgándose a la sed y al hambre.

Pero eso, claro, no acaba con el pueblo.

Nadie puede acabar con este pueblo.

Bueno: ¡ni su gente!

La prueba está en la fuerza de sus convicciones: los de la cantina de don Cuco, los vestidos, volvieron al alcohol, al tequila con botana de queso de Jilotlán y chile jalapeño, y a las burlas y chanzas;

los de la cantina de don Fulgencio, los encuerados, se mantuvieron firmes en la mota, fumando en su nubecita huérfana.

Con una necesidad que los enfrenta, los vestidos beben y beben y vuelven a beber; y los encuerados fuman y fuman y vuelven a fumar. Sólo Elfega va de una cantina a otra: bebe donde le dan de beber, fuma donde le dan de fumar. Y en el lugar en que le agarra el sueño, ahí se queda, tirada.

Aparte de lo que dejo de contar, este pueblo es repetitivo.

Y eterno.

38. Hasta que un día...

Un día, sin que mediara ningún acontecimiento meteorológico, sin que ningún gato pariera un pollo, un zopilote cantase como jilguero, un burro se pusiera a rezar en voz alta, Juventino apareció vestido, en la Plaza, frente al templo de Jilotlán de los Dolores.

—¡Ay, joder! —Dijo Coca Cola, que vendía dulces a los niños que salían de la doctrina.

Juventino caminó por el portal de la cantina de don Cuco, esperando que Poncianillo dijera: “¡Ah, cabrón, ya estoy pedo!”. Y Poncianillo dijo:

—¡Ah, cabrón, ya estoy pedo!

—¿Tan temprano? —Le preguntó Juventino.

—¿Hay hora pa empedarse o qué? —Le contestó Poncianillo, en tono de enemistad.

—¿En qué notas, Poncianillo, que estás pedo? —Le preguntó Sánscrito, para que no hablara con encuerados provocadores.

—¡En que estoy viendo a Juventino vestido! —Respondió Poncianillo.

—Ha de ser una visión que te dejó el humo —dijo Nabor.

—¿No será una ilusión óptica? —Sugirió Indalecio.

—Ilusión ótica mis güevos —dijo Antioco—: ¡el Juventino anda vestido, y trae la ropa de Zeferio!

—¿Se habrá volteao pa nuestro lado? —Preguntó don Cuco, esperando que nadie le respondiera.

Juventino pasó, y saludó. Dijo “Buenas tardes”, cuando todavía faltaban cinco minutos para las doce. ¡Nunca se le quitaría lo raro! Por personas como él este pueblo anda patasparriba. ¡Si todos nos pusiéramos a dar la hora que se antojara en el saludo, nunca sabríamos si es de día o de noche, si sentarnos a almorzar o irnos a la cama o despertarnos, y ni los gallos cantarían cuando les toca, ni la luna se asomaría, de noche, a mironear que en Jilotlán de los Dolores hay un ir y venir de casa de Naguasflojas, y los madrugadores, precisamente hoy, están regateando con Mariguana y Narcotráfico, de un montón de ropa cuál comprar y cuál ponerse!

Zeferio escogía la ropa de Juventino, o sea que se estaba vistiendo de futuro Presidente Municipal, Balbina traía la ropa de Mariana, la maestra Martelina la de Refugio Cáritas, Ramsés la de Epitafio, Epitafio la de Cástulo, Funámbula la de Irenita, Irenita la de Fuensanta, don Chito la de Zoila y Zoila la de la esposa de don Chito, Jaimita la de Tiburcio y Tiburcio la de Chihuahua...

La venta era al parejo, sin escoger, por kilos.

¿O quería alguno que lo encarcelaran por encuerado, lo metieran al bote, y amanecer barriendo el Jardín, según el nuevo edicto de don Mendo que dictaba: “Prohibidos los encuerados, y hay pena de cárcel”? Nomás Elfega gritaba lo mismo, estuviera borracha o estuviera mariguana:

—¡A mí me la pelan!

Elfega era la única que podía levantar la voz, y sabía por qué: como ya el hijito consentido de don Mendo, Juventino, estaba “dentro de la Ley”, aunque trajera abajo del pantalón que se puso de su hijo de ella, Zeferio, las pantaletas de Tentenpié, ¡pos ya ora sí, que se cumpla la Ley, que se restablezca el orden!

—¡Orden mis güevos! —Dijo. Y luego corrigió—: ¡Orden los güevos de Antioco, que son pura ilusión ótica! —Y siguió empedándose, con el carrujo de mota en la mano, al cabo que ella era la única en este jodido pueblo que no tenía dueño.

—Ni yo —le dijo Naguasflojas.

—¡Tú eres de alquiler —Le contestó respetuosamente Elfega—, My Darling Clementine!

—Gracias, doña Elfega.

—¡Como las mulas! —Le contestó Elfega, y se echó a correr, encuerada, ante el asombro del pueblo de ver a la única mujer desnuda que, como recuerdo de otros tiempos, en que esa costumbre hubo, quedaba.

Sé que todo esto que acabo de rememorar sucedió un día. Deveras que sucedió. Y hubo un pueblo que a lo mejor está por ahí, escondido en una nube de humo, que se llamó Jilotlán de los Dolores. O se llama todavía.

No se conservan crónicas detalladas de estos acontecimientos. Ni fotografías. Mi memoria es el único testimonio. Débil y desfalleciente memoria senil porque hay días, como hoy, por ejemplo, en que no me acuerdo de nada.

Ni siquiera de mi nombre.

Índice

- 11 1. Un día
- 15 2. Catalina
- 21 3. Otro día
- 25 4. Tercicio
- 29 5. Chihuahua, vieja
- 33 6. Chihuahua, joven
- 37 7. Fuensanta
- 41 8. Antioco
- 47 9. Talanquera
- 53 10. Tiburcio

- 59 11. Epitafio
- 65 12. Nabor
- 73 13. Mucho y poquito
- 79 14. Armonía
- 87 15. Los De Los Ranchos
- 95 16. Funámbula
- 101 17. Los lentes
- 107 18. La semana de las uñas
- 117 19. Pos ya pa qué
- 123 20. Año sin novedad, como todos los años
- 131 21. ¡Cómo pasa el tiempo!
- 139 22. Otras temporadas: los lentes y la guerra
- 147 23. El desmayo. Poncianillo
- 155 24. Los viudos

- 163 25. Indalecio
- 171 26. Juventino
- 179 27. Jaime
- 185 28. La decadencia y la discordia
- 191 29. Una bocanada de humo fresco
- 195 30. Al derecho y al revés
- 205 31. Humaderones y humillos
- 211 32. Los vestidos atacan. Cástulo
- 219 33. Esteban Cáritas
- 223 34. Zeferio, fuera de broma
- 229 35. “¿Cuánto, oiga?”. Naguasflojas
- 237 36. En este pueblo todos somos cómplices
- 243 37. ¿Y quién acabó con el pueblo?
- 247 38. Hasta que un día...



Jilotlán

de los Dolores, de

Dante Medina, se terminó de imprimir en septiembre de 2016, en los talleres gráficos de Impresos Vacha, S.A. de C.V., ubicados en Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06880. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Claudia Piña Juárez. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Aurora González de Mendoza y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

Yo me leo todo lo que Dante Medina escribe. Debería estar acostumbrada, pero no: me sigue alucinando. Dante tiene una capacidad de asombro que me asombra. Llevo veinte años estudiando a este autor con la malosa y fallida esperanza de que un libro suyo no me deslumbre.

En *Jilotlán de los Dolores* me encandiló la desnudez. Sencilla y luminosa la idea de escenificar un pueblo donde, de pronto, a alguien se le ocurre despojarse la ropa y vivir *sin nada* la vida diaria que, para los otros, es una vida de vestidos. Luego, alguien más sigue el ejemplo, otro hombre. Después, una mujer. Parece epidemia. Selectiva y optativa. Andar vestidos o desnudos se hace una opción existencial. El pueblo se divide. No entre jóvenes y viejos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sino entre *vestidos* y *desnudos*.

DOLORES ÁLVAREZ



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



GENTE QUE TRABAJA Y LOGRA
ENGRANDE